

ENRIQUE SÁNCHEZ-CABEZA EARLE

PRESENCIA DE LA LÍNEA  
EN LA GUERRA Y EN LAS PRISIONES  
DEL FRANQUISMO

ALDEPAMA, 2008



# INTRODUCCIÓN

Todas las guerras generan diásporas. La Guerra de Sucesión, la Guerra de la Independencia, la I y la II Guerras Carlistas produjeron diásporas entre los españoles. La Guerra Civil de 1936 no podía ser una excepción. Aquella guerra dejaría a España desguarnecida de hombres destacados por su humanismo y amor a su tierra. Así emergió la España Peregrina, título adoptado de una revista publicada en México por un nutrido grupo de exiliados, que recorrió América impartiendo el sacramento de la cultura, la narrativa y el pensamiento.

Hoy, avanzando el siglo XXI, los intelectuales de la España Peregrina, se encuentran redimidos ante el Tribunal de la Historia, como hombres y como españoles. Consiguieron algo tan grande como hermoso: que los pueblos de España amasados a la luz transparente de la cultura y el recuerdo vibraran en las dos orillas del Atlántico.

A esta generación de españoles de la utopía, del éxodo y el llanto perteneció el linense don Enrique Sánchez Cabeza Earle. Con todo, no tuvo reconocimientos oficiales, igual que en tiempos de Franco. Ni siquiera una mísera distinción en este pueblo que las ha otorgado hasta a algunos que lo único que hicieron fue desangrar a esta tierra. Nada de esto es grave. No creemos que a don Enrique le importara mucho. Sin embargo, en sus libros hay historia, hechos y también sueños. Sus textos desprenden una decidida admiración por la cultura y un rendido amor por La Línea. Describe, con la coherencia íntima de quien le tocó vivirlos, aquellos días, calles y personas que poblaban La Línea en los años grises, ásperos y mezquinos. Sus relatos nos enseñan como, a pesar de todo, se puede arrancar ilusiones de la desesperanza; a no darnos por vencidos a pesar de sabernos derrotados y a mantener vivo el espíritu de la subversión bajo la costra de la sumisión.

De todo eso nos habla don Enrique en su libro “Presencia de La Línea en la Guerra y en las Prisiones del Franquismo”. Por eso, ALDEPAMA, sin pretensiones políticas, críticas, éticas o didácticas, ha querido dedicarle esta edición a su autor, sólo con la pretensión de inventariar y rescatar tantas cosas desdibujadas y arrinconadas por el olvido.

De la persona, nos habla desde el corazón, sin rencor, con serenidad y ternura, Guillermo, el hijo de este excepcional linense que fue don Enrique Sánchez Cabeza Earle.

*Manolo Gil*  
ALDEPAMA



## INDICE

Breve Semblanza de Enrique Sánchez-Cabeza Earle .....	1
Al Lector .....	5
Introducción. Los Muertos de Elegía.....	7
I. Las Elecciones del 16 de Febrero de 1936 .....	15
II. La Otra Andalucía.....	25
III. El Alzamiento Militar.....	45
IV. Gibraltar, Puente y Asilo.....	55
V. En la Zona Republicana.....	65
VI. A Través de la Zona Republicana .....	71
VII. Aquella Semana de Marzo.....	81
VIII. La Línea También Estuvo Presente en las Prisiones .....	93
IX. La Hazaña de “José Luis Díez” .....	125
X. Dos Experiencias Aleccionadoras.....	133
XI. Gabriel el Bueno .....	143



## BREVE SEMBLANZA DE ENRIQUE SÁNCHEZ-CABEZA EARLE

Cuando a un hijo le piden hablar de la obra de un padre a quien siempre admiró, es meterlo en un brete, porque a pesar de las mejores intenciones que se tengan para referirse a la obra, siempre se termina hablando del padre.

Ante la disyuntiva entre el nepotismo y la objetividad, entre el amor filial y la opinión desapasionada, elijo todas. Y lo hago porque como hijo, como lector, como castellano amante de lo andaluz y, sobre todo, como español, no puedo ni debo desprenderme de nada.

Para hablar del autor de “La Línea de mis Recuerdos”, de “La Vocación Progresista de La Línea”, de la “Presencia de La Línea en la Guerra y las Prisiones del Franquismo” y de aquél “Rasgos de Mi Tierra” de sus años mozos, se debe hablar del hombre, del padre, del esposo, del periodista, del burócrata, del emigrante, del exiliado, pero también —y disculpen mi arrebató edípico— de la mujer que fue su compañera durante media centuria, en especial en aquellos momentos en los que todos necesitamos a la persona precisa a nuestro lado aunque no estemos juntos.

Mi padre, Enrique Sánchez-Cabeza Earle, “Cabecita” como le decían sus amigos más queridos, llevó a cabo la mayor parte de su obra en sus dos décadas de ceguera. Quizá no poder ver el mundo le permitió ver mejor a su entrañable Línea, como un cazador en el bosque de los recuerdos. Tal vez no poder mirar a los demás le facilitó mirarse en plenitud. Y quizás también, la falta de luz lo alejó de la oscuridad, porque debemos aceptar que, cuando observamos al mundo, lo que más nos deslumbra es la negrura que en él habita. ¿Y quién cree que le leía todos los artículos e información que re-

cibía de sus amigos desde España? ¿Quién piensan que le revisaba lo que mi padre escribía a tientas en su Olivetti mecánica? Una Señora –así, con mayúscula- llamada María del Pilar Fernández Sanz, porque mi padre fue un Señor –así, con mayúscula también- que no sólo fue amante esposo sino esposo amado. Insisto en este punto, porque creo que no se puede escribir de la vida desde la atalaya de la tristeza y de la soledad no buscada. Para hablar con justicia de la vida y de las vivencias, es requisito ser necesitado por aquellos que necesitamos, es decir, ser amado por los que amamos. Aquellos que lo hacen desde el abandono, desde el aislamiento emocional, desde el espejismo de la incomprensión ajena, sólo hablarán para vengarse de quienes no los necesitan.

Y todo esto lo menciono por ser testigo fiel del amor con el que mi padre miraba el mundo, sin importar su precoz orfandad paterna o sus carencias y privaciones juveniles. Y, claro, sin importar tampoco sus siete años en una prisión del franquismo, alejado de la mujer amada y de su hija Maricarmen, nacida dos meses después de su ingreso a presidio.

Es importante hacer hincapié en que esos años no fueron simples años. Cuando mi padre fue apresado era reo de muerte sin conocer, con exactitud, la fecha de su ejecución. Sencillamente, cada madrugada, el piquete de fusilamiento sacaba a unos cuantos presos de sus celdas para ser llevados al paredón. Todos los reclusos de esa sección se acostaban cada noche ignorando si al día siguiente podrían volver a hacerlo.

Por fortuna, en especial para mí, en esa ruleta rusa a la que fue sometido, la bala nunca se posicionó en la recámara y la sentencia de muerte fue conmutada a treinta años. ¿Qué fue lo que le permitió

salir sólo en siete? En buena medida el que jamás disparó un tiro ni blandió una espada, aunque haya sido un feroz combatiente con la pluma. Pero sobre todo, lo que lo salvó es que no todos los franquistas eran “malos”, al igual que no todos los republicanos eran “buenos”.

Sin embargo, salir de prisión no fue sinónimo de entrar en libertad. Durante poco más de un lustro mi madre, mi hermana y él vivieron en una especie de libertad apesada donde los sobresaltos abundaban y con una carga adicional: Yo, este hijo —así, con minúsculas— que llegó para disfrutar de los manjares que los otros tres integrantes de la familia se dedicaron a sembrar y cosechar. Y empezó el peregrinaje...

En el 51 llegamos al Marruecos Francés donde estuvimos tres años. Y adivinen qué...: tuvimos que salir huyendo, porque a los moros se les metió en la cabeza que los infieles franceses eran la encarnación del mal. Con singular entusiasmo se dedicaron a disparar en las calles a todo aquel que fuera francés o lo pareciera. Como no era cuestión de salir a pasear con un letrero de “NO soy francés, apunten hacia otro lado”, se optó por hacer las maletas y emprender el viaje hacia México, hacia el lugar que terminó por ser nuestra patria adoptiva. Y cuando pensábamos que las cosas estaban mejor, llegó la ceguera y, con ella, La Línea se apropió de nuestro entorno familiar de un modo que aún hoy permanece. Porque la vida de mi padre fue un continuo quehacer: rescatar la memoria, asesinar el dolor, esconder el miedo, convertir la piedra en fruto jugoso, y todo, absolutamente todo, con la firme convicción de empezar a vivir de nuevo.

Lo que he expuesto tiene un solo fin: El convencimiento de que no se puede juzgar la obra de un escritor sin conocer la vida que surcó. Sin importar lo que pensemos o digamos, cuando hablamos

de otros, hablamos de nosotros mismos. Por ello es fundamental entender qué dice un escritor de sí mismo cuando dice del mundo y las personas, al fin y al cabo, los libros son muertos que desentierran a los vivos, algo que nos evita que nuestro tiempo sangre herido de olvido.

Quien lea “Presencia de La Línea en la Guerra y las Prisiones del Franquismo”, si es buen lector, leerá el pensamiento más genuino de mi padre, y ello será, créanme su mejor apología.

Gracias.

*Guillermo Sánchez Fernández*

## AL LECTOR

Cuando di a la publicidad el último de mis trabajos “LA VOCA-CIÓN PROGRESISTA DE LA LÍNEA”, que distribuí entre familiares, amigos, bibliotecas oficiales, sociedades culturales y recreativas y algunos organismos oficiales, tenía decidido y en proceso de realización, la publicación de dos nuevos trabajos, uno bajo el título “Algunas vicisitudes de Juan Equis”, relacionado con nuestra guerra y sus consecuencias y el otro, sobre la presencia de La Línea en la Guerra y en las prisiones del franquismo. Los ochenta años que acabo de cumplir, con la ingrata secuela de la casi disminución de las facultades de todo orden, unidas a las especiales circunstancias que en mí concurren, me ha obligado a renunciar a aquella iniciativa, si no en su totalidad, sí en buena e interesante parte. De ahí, que este nuevo trabajo que hoy entrego al conocimiento de quienes tengan la curiosidad siquiera de ojearlos, sea un tanto irregular en cuanto a la unidad de su texto, al estar integrado el mismo por una primera parte, que constituye una elegía dedicada a recordar a alguna de las victimas caídas frente a los pelotones de ejecución puestos a funcionar por los sublevados, a partir de aquel 18 de julio; Los cuatro capítulos siguientes titulados “Las Elecciones del 16 de Febrero”, “La Otra Andalucía”, “El Alzamiento Militar” y “Gibraltar, Puente y Asilo”, son del libro proyectado, antes mencionado, que ya no se publicará, sobre las vicisitudes de Juan Equis, con motivo de aquellos acontecimientos de nuestra reciente historia patria, y el resto, referente a mis experiencias personales durante mi permanencia en la zona republicana con mi propia personalidad como activista político y periodista.

Hecha esta aclaración que creo obligada, me atrevo a entregar, estimado lector, este nuevo trabajo, que no tiene otra pretensión por mi parte, que la de dejar una constancia más de La Línea, nuestra ciudad, está presente en los grandes acontecimientos patrios y en todos, ocupando el puesto de vanguardia en la lucha por la libertad, el progreso y la democracia.

Gracias.

Enrique Sánchez-Cabeza Earle

INTRODUCCIÓN

LOS MUERTOS DE ELEGÍA



## I N T R O D U C I Ó N

### LOS MUERTOS DE ELEGÍA

*Entre todos los muertos de elegía  
sin olvidar el eco de ninguno  
Por haber resonado más en el alma mía  
La mano de mi llanto escoge uno.*

*(Miguel Hernández)*

Fueron muchos, son tantos nuestros muertos de elegía que nombrarlos uno a uno, la empresa sería difícil. Fueron muchos, son tantos los amigos entrañables, los simples conocidos, los linenses anónimos que fueron despiadada, absurda, brutalmente arrancados de sus hogares en nombre de “Dios y de la Patria”, a lo largo de tristes amaneceres en aquellos años terribles y ha transcurrido ya tanto tiempo que su relación sería incompleta; una relación que podría encabezar con el nombre de Ángel Mesa de la Mata, bueno, sencillo, todo corazón, entregado a su profesión de practicante, que amaba y ejercía humana, generosamente;

o Antonio Herrera Corpas, el joven oficial de infantería que condujo a la frontera y puso allí en libertad a los jefes y oficiales que se sublevaron contra la república, y a pesar de su gesto fue, días después, fusilado en Algeciras en compañía del sargento Francisco Valenzuela;

o el doctor Fermín Martínez López, al que, unos días antes de su alebosa muerte, sugerí en Gibraltar, que estimaba una temeridad su regreso a La Línea dándome por toda respuesta que su deber estaba allí, porque eran muchos los heridos que necesitaban de sus cuidados profesionales;

o los ex-alcaldes de la República Francisco Cascales Lozano y An-

tonio Ruiz Gil;

o el farmacéutico Evaristo Ramos Cadena, pionero de la investigación arqueológica en las ruinas de la antigua Carteya;

o el inspector de sanidad veterinaria Manuel Fabra Capote;

o el joven abogado Andrés Rodríguez, fusilado junto con su padre que fuera alcalde del pueblo de Marmolejo (Jaén), recién establecidos en La Línea, donde no tuvieron destacada actuación política;

o los jóvenes empleados del Banco Español de Crédito, Francisco Guzmán y Antonio Serrano;

o Adolfo Chacón de la Mata, diputado en las primeras cortes en la República del 31 y sucesivamente Gobernador Civil de las provincias de Almería, Alicante y Segovia, fusilado en Valladolid;

o el matrimonio integrado por el administrador de Correos Ramón Iglesias y la maestra nacional Gertrudis Ríos Marín, dejando en la total y más impiadosa de las orfandades a un pequeñito de escasos años de edad;

o los comerciantes Francisco Montes González, Emilio Fernández Madrid, Bartolomé Fernández, Pedro Antonio Valero Tora;

o el tipógrafo Manuel Milán, rígido defensor de los intereses del pueblo desde su escaño concejil;

o el joven libertario Joaquín Rey, muerto en las proximidades de la cárcel en nuestro populoso y popular barrios de San Pedro Alcántara, cuando intentó escapar del piquete que le sacó de aquella para ejecutarlo en el alboreal de un día del otoño de mil novecientos treinta y nueve.

Todos ellos, sin una sola excepción, individual y colectivamente son nuestros muertos de elegía. ¿Qué delitos cometieron? ¿porqué fueron elegidos para ser tan injustamente sacrificados, tan alevosa y friamente? ¿a quién o quienes hicieron daño en lo personal que justificase su inmolación en nombre de “Dios y la Patria”? Todos ellos,

empleados y obreros, profesionalistas y artesanos, militares y civiles, comerciantes e industriales, se distinguieron, en el campo de sus actividades, por su honradez y laboriosidad, por sus inquietudes políticas y sociales, por su vocación al mejor servicio del pueblo, por su entrega solidaria, generosa y desinteresada a las causas populares, en la labor anónima de cada día, con el ejemplo de sus conductas pública y privada y en la administración de los intereses generales, cuando designados para cargos oficiales o de representación popular, fueron ejemplos de integridad moral y de intachable honestidad.

Como el poeta, otra víctima del franquismo, entre todos nuestros de elegía, yo también debo escoger uno, como símbolo. Y ese uno, tal vez el más popular entre todos, porque por su profesión, que ejercía como un sacerdocio, llegó más profundamente al corazón de nuestro pueblo; Juan García Rodríguez, don Juanito el médico, como le llamaba cariñosamente el pueblo, es mi muerto de elegía, porque lo sería casi unánimemente para la gente sencilla, para los desheredados de la fortuna, para las legiones de familiares de enfermos que en él encontraron siempre, al médico totalmente entregado a su profesión, al hombre bueno y generoso.

Procedente de Los Barrios, su pueblo natal, Juan García Rodríguez, llegó a La Línea apenas cumplidos los veinte años, con su título de médico, dispuesto a ejercer su carrera, alcanzando rápidamente merecida popularidad. Sus aciertos profesionales, la bondad de su trato, su desinterés al momento de cobrar sus honorarios, la discreción y humildad con que atendía en la medida de sus posibilidades, que no eran muchas, las ajenas, cautivaron el corazón de nuestro pueblo, de cuyos labios solo salían alabanzas para el joven tímido, de hablar casi balbuceante, que era de todos, médico y amigo; más que amigo, hermano generoso de los humildes, de los

marginados, ejemplo viviente de fraternidad sincera, profundamente sentida.

Y este hombre cabal, este ciudadano sin tacha, este honrado profesional de quien no se podía hablar más que de sus virtudes, fue sacrificado un mal día por la barberie franquista villana, sádica, fríamente, cuando momentos después de ser liberado tras varios meses de encierro, se disponía a disfrutar de unas horas de paz en compañía de sus padres, que festejaban ya el regreso de su hijo, por tantas razones amado. Disfrazados de corderos, con sutilezas, pérfidamente, fue arrancado de su hogar por unos jovenzuelos que inconformes con la liberación de que acababa de ser objeto su víctima, lo asesinaron minutos después camino de Los Barrios.

La infamia sin nombre, sin posible justificación moral, pretendió justificarse en la militancia republicana y masónica de la víctima. Y la vileza llegó al extremo de acusarle de estar al servicio de Moscú y del socorro rojo internacional de cuyos fondos, afirmaban malévolamente, salían los donativos que tan pródigamente repartía entre los necesitados y enfermos.

Este admirable profesional, profundamente humano, que vivió siempre alejado de intrigas, en permanente ausencia de tertulias de casinos y cafés, de tabernas y bares, que dedicaba las horas que otros dedican a la diversión fácil, superficial, a ampliar mediante el estudio sus conocimientos científicos, que no concebía el trabajo más que como una forma de lucha por y para la humanidad, por y para el hombre, su hermano; este prestigiado médico del pueblo, que programa sus vacaciones coincidiendo con la celebración de congresos médicos que le permitirían actualizar sus conocimientos en beneficio de sus enfermos; este hombre total hombre por su humanismo, de la cabeza a los pies, fue una víctima más, entre tantas otras, de la

locura desatada, desbocada, sin sentido ni explicación racional posible, aquel dieciocho de julio de funesto recuerdo; fue un muerto de elegía, uno más entre millares, impiadosamente, victimado en aras de unos ideales “patrióticos”, bajo el signo nada español de nacionalismo hitleriano y el fascismo de Mussolini.

La vida de Juan García Rodríguez, de nuestro D. Juanito el médico arrebatada tan alevosamente a nuestro pueblo, como la de los que con él figuran en la larga lista de nuestros mártires, viven permanentemente, indeleblemente en mi pensamiento y en mi corazón. En el pensamiento y en el corazón de todos los linenses que tuvimos la fortuna de conocer y tratar a esa legión de familiares y amigos, que la desenfrenada ceguera del odio injustificable, arrebataron, en aquellos días trágicos, al trabajo honrado y fecundo, a la tarea generosa de construir una España mejor para todos, sin exclusivismo, en un mundo realmente feliz, que legar a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos.

En esta hora de la noche mexicana, cuando en ese rincón amado de la España añorada, de la patria siempre mártir, condenada por siglos a la injusticia, apenas se atisba la esperanza de un mañana mejor, yo, un hijo de esa tierra, al que las circunstancias han convertido en un nostálgico transterrado, te he elegido a ti, Juan García Rodríguez nuestro llorado Juanito el médico, porque se que habría sido el elegido de nuestro pueblo, nuestro muerto de elegía, para en tu memoria rendir el más emocionado de los homenajes, a todos nuestros mártires, a todos los que en aquellos días trágicos que siguieron al fatídico 18 de julio de 1936, fueron inmolados por la absurda sinrazón de quienes sin más fuerza que el poder de las armas destructoras, se alzaron contra el pueblo y segaron bestialmente tantas vida útiles de tantos linenses y españoles inocentes.



# CAPÍTULO I

LAS ELECCIONES  
DEL 16 DE FEBRERO DE 1936



## C A P Í T U L O I

### LAS ELECCIONES DE 16 DE FEBRERO DE 1936

Amanecía cuando Juan Equis salió a la calle aquel tercer domingo de febrero. Aún lucía, macilento el alumbrado proletario en las esquinas de las calles que todavía no alcanzaban el rango necesario para disfrutar del más pretencioso alumbrado central. Ascendía el sol, despegándose del curvilíneo horizonte mediterráneo, pretendiendo abrirse paso entre la bruma marinera. Asida a la cresta del peñón, una gruesa nube gris, sirviendo de techo ocasional a la vecina ciudad gibraltareña, contribuía a dar un tinte británico que generalmente y de modo tan peculiar, mostraba a sus visitantes la ciudad de Gibraltar.

Con paso medurado, dominando inútiles impacencias, porque la jornada sería larga y sus resultados empezaban a conocerse al caer la tarde, Juan Equis cruzó la Explanada y entró en la calle Real, centro neurálgico de la ciudad que en esos momentos comenzaba a despartirse, prestar sus gentes a ser, en el trascendental acontecimiento al que había sido convocado el electorado español ese 16 de febrero de 1936, piedra de toque que tal serviría para señalar, para bien o para mal, para marcar nuevos rumbos a la España vacilante, inquieta, con ansias de encontrarse así misma y encontrar en definitiva, un clima de paz y de concordia, de bienestar y de progreso, de justicia y libertad.

De los resultados de aquellos comicios, no sólo dependía todo eso, sino también algo perentorio, cuya solución reclamaba el pueblo, deseoso de acabar con las dolorosas consecuencias, aún remediabiles, de los sucesos de octubre del 34. Treinta mil hombres y mujeres,

forzados huéspedes de la red carcelaria de España, tenían puestas sus esperanzas en aquella jornada que sería, sin lugar a dudas, decisiva en cuanto al porvenir inmediato de los encarcelados. La felicidad o la amarga desesperanza de treinta mil hogares de España, dependía pues, de la decisión de los electores españoles convocados para elegir, aquel día, entre inmovilismo y progreso, tal vez, entre naci-fascismo y democracia.

Juan Equis, comprometido moral y políticamente, con la causa del pueblo representada en estas elecciones por el Frente Popular, estaba seguro de que, una vez más, sus paisanos refrendarían sin vacilaciones, con absoluta firmeza, mayoritariamente, su convicción republicana y democrática. En La Línea, de ello estaba convencido, el triunfo de la causa popular se podía dar por seguro. Pero ¿Qué sucedería en el resto de España y, en particular, en su propia provincia, dónde importantes zonas, especialmente Cádiz, la capital, y buena parte de las poblaciones aledañas, no se distinguían en las lides electorales, por su inclinación hacia las candidaturas de izquierda?

Con esta interrogante bullendo en su mente, entró Juan Equis en la Casa de la República, cuartel general electoral de la opción republicana progresista. La animación era evidente. Se trabajaba de modo febril en dar las últimas instrucciones a los correligionarios que en calidad de interventores de los candidatos de Frente Popular, vigilarían la legalidad de la votación y el correspondiente escrutinio, en las secciones ante las cuales se acreditarían momentos más tarde.

Así se daban los toques finales, preparatorios a la gran contienda cívica, a punto de comenzar. Batalla sin otras armas, que las blancas papeletas que llevaban impresos los nombres de los candidatos de la particular predilección del elector que ejercía su derecho, prin-

cipio esencial en que se fundamenta la democracia. Y partían, bien instruidos, conscientes de la responsabilidad adquirida, el ánimo bien dispuesto y seguros de que el resultado final que arrojaría las urnas aquella tarde, no podría ser otro que la victoria de la causa progresista.

Comprometido ideológicamente y sentimentalmente con cuanto representaba en aquellos momentos el Frente Popular, Juan Equis, sin tener un puesto definido en el operativo de la trascendental jornada, se puso a disposición de quienes, amigos todos, tenían sobre sí la responsabilidad de la dirección, desde la Casa de la República, de la contienda electoral por parte del Frente Popular.

Cercana a la hora en que abrirían sus puertas los locales en que se habían instalado los colegios electorales para dar comienzo a la votación, la Casa de la República empezó a quedar vacía, sólo quedaría en ella los representantes de los partidos del Frente Popular comisionados a tal efecto. Fuera, las calles se animaban en una entusiasta movilización de hombre y mujeres, deseosos de integrar las largas colas que se iban formando con los madrugadores electores.

Sin poder dominar en ese instante su impaciencia, Juan Equis consultó su reloj, las 7:59. Unos segundos después, el reloj de la cercana Iglesia Parroquial lanzó, armoniosas, las ocho notas que señalaban en La línea, al igual que ocurriría en el resto del país, un momento crucial en la historia de España. Minutos después, el bien organizado servicio de “enlaces” puesto ya en movimiento, produciría las primeras informaciones. Las mesas electorales se habían ido constituyendo sin novedad. La asistencia de electores era numerosa y entusiasta. La hora, pues, de la decisión suprema había sonado y, el proceso electoral, estaba en marcha. Los resultados de la votación

en La Línea se conocerían, con toda seguridad, al anochecer. Los de la provincia, algo mas tarde y los del resto del país, quizás entrada la madrugada del día siguiente.

En lo íntimo de Juan Equis , seguía escarabajando la duda. Despreocupado por los resultados de La Línea, la actitud de la dirección de la CNT, que a mediodía no acababa de definirse, en cuanto a su posición abstencionista, le inquietaba. De ella dependía, en buena medida, mucho de lo trascendental que se estaba jugando en aquellos momentos.

Sin embargo, sus dudas tendían a desvanecerse, seguro de que a la hora de la verdad, en el instante mismo de las decisiones suprema, por solidaridad de clase, porque aquellos treinta mil presos y los otros millares de trabajadores, forzados ausentes de sus puestos de trabajo, por su calidad de represaliados, eran carne de su propia carne, la orden de dejar en libertad de elección a los compañeros que todavía se mantenían firmes en su línea abstencionista, no tardaría en producirse. Y así sucedió.

Pasado el mediodía, Juan Equis, creyó oportuno acercarse personalmente donde, por la mayor concentración de casillas electorales, podía tomar con una mayor probabilidad de acierto, el pulso a la votación. Quería comprobar, en la medida de las posibilidades racionales, las optimistas informaciones que en el curso de las horas transcurridas, habían ido llegando a la Casa de la República, a través de los activos e infatigables “enlaces”. Sus primeras impresiones no pudieron ser más satisfactorias y halagüeñas. Las habilidosas encuestas realizadas por los enlaces, en la fila de votantes que aguardaban su turno en las proximidades de los locales en que habían sido instaladas las urnas, respondían exactamente al estado de ánimo, a

la inclinación entusiasta, sin asomo de vacilación, de la gran mayoría de quienes estaban allí dispuestos a cumplir con el más preciado de los derechos ciudadanos.

Un encuentro fortuito acabó, al fin, con la depresiva inquietud de sus dudas. La batalla electoral, podía darse ya ganada para la causa del pueblo. Dos excelentes amigos, saliendo de una de las secciones electorales, eran portadores de la buena nueva. Confederales de arraigadas convicciones, acababan de perder, según su propia expresión, su “virginidad” en cuestiones electorales. Fue la confesión, mitad vergonzante, mitad satisfecha de aquel niño grande, carpintero de oficio, poeta y periodista incisivo a ratos, que firmaba sus trabajos con el seudónimo de “luzbel” y de su compañero Juan popular camarero de “El Modelo”, a quién llamábamos “El Incorruptible”, con la firmeza con que, defendía sin la menor concesión a las presiones ajenas, los rígidos principios de su ideología social. Sus votos eran fiel reflejo de lo que en esa hora estaría ocurriendo en todos los pueblos de España, según empezaría a confirmar momentos después, las informaciones que el teléfono hacia llegar a la Casa de la República, desde Cádiz y Jerez de la Frontera, así cómo de otras poblaciones de la provincia.

Al fin, las cuatro sonoras campanadas cuyas vibraciones, extendiéndose sobre los cuatros puntos cardinales de la ciudad, anunciaron el final de la contienda cívica y el momento en que debían entrar en acción los escrutadores. Las urnas recibieron los votos de los rezagados, y los escrutadores comenzaron a cumplir, ante las vigilantes miradas de los interventores designados por los respectivos partidos, la misión recibida de los correspondientes organismos electorales. Y horas más tarde, ya en la Casa de la República, Juan Equis, podía comprobar con la natural satisfacción y el orgullo que

sentía por su condición de hijo del pueblo de sus amores, cómo La Línea, una vez más, había rubricado, en forma abrumadora, la firmeza inquebrantable de su vocación democrática. Así lo probaban los datos que aparecían en las actas portadas, con gesto triunfal, por los representantes del Frente Popular, en las distintas mesas electorales.

En este desfile de entradas triunfales, no podía faltar el “garbanzo negro”; en realidad un diminuto garbancito, pero negro al fin, que no cogió de sorpresa a los duchos en las lides electorales. La primera sección el distrito primera, primera circunscripción, fue la nota discordante en aquel concierto de parciales triunfos del Frente Popular en La Línea. En la lista de electores de esta sección, estaba concentrada buena parte de lo más selecto de la fuerza electoral de la derecha linense. Sin embargo, la votación resultó casi equilibrada: 152 votos en favor de la candidatura de derecha encabezada por el influente marino don Ramón de Carranza, de Renovación Española y 147 para la del Frente Popular, cuya cabeza de lista, era don Manuel Muñoz Martínez, jefe de Artillería, de Izquierda Republicana.

Recibida la totalidad de los resultados de las secciones electorales donde se celebraron las elecciones en aquella memorable jornada, los números del escrutinio global, no pudieron ser más elocuente: 9.453 votantes lo hicieron a favor del Frente Popular y sólo 926 apoyaron la candidatura de derecha.

La confirmación de este abrumador triunfo local, produjo entre la muchedumbre que llenaba el salón principal de la Casa de la República, las naturales muestras de júbilo, no exento por parte de no pocos de los allí presentes, de las reservas lógicas, porque La Línea no era toda España, ni siquiera el resto de los cuarenta y

un municipios de la provincia de Cádiz. Para esa discreta minoría, empezó a aclararse satisfactoriamente el horizonte de sus temores. El teléfono activo durante todo aquel domingo, comenzó a despejar la incógnita sobre el comportamiento de los votantes en el resto de los pueblos gaditanos, hasta que, finalmente, pudieron todos los presentes, en el que aquel día fuera cuartel general de la dirección del Frente Popular linense, aplaudir con fervorizado entusiasmo, la victoria de sus candidatos sobre los influyentes personajes que integraron la candidatura que en lo nacional y bajo el eslogan de “a por los trescientos”, había encabezado el jefe de la CEDA, don José María Gil Robles. En efecto, según los datos oficiales conocidos posteriormente, el resultado de la provincia de Cádiz fue de: 98.437 votos a favor del Frente Popular y sólo 64.325 a favor de la candidatura de derecha.

Sin embargo, la duda continuaba persistiendo en lo más recóndito de aquellos que no querían dejarse dominar, por los ya conocidos triunfos cercanos. Las primeras declaraciones gubernamentales sobre los datos que iban llegando a Gobernación, anunciaban la inclinación de los electores a favor de la opción centrista apoyada por el Gabinete presidido por don Manuel Portela Valladares, versión que hora más tarde fue debilitándose a medida que la realidad se imponía a lo largo y ancho del territorio nacional, donde la mayoría de las provincias la gente comenzaba a lanzarse a las calles para festejar el total triunfo del Frente Popular y reclamar la inmediata puesta en libertad de los presos políticos. En efecto, según los datos oficiales, conocidos posteriormente de los 9.410.414 votantes, 4.838.449 lo hicieron a favor del Frente Popular; 3.996.931 por la opción de derechas; 449.320 por los partidos patrocinados por el gobierno y 125.714 por los nacionalistas vascos, lo que en definitiva y por el sistema de mayorías y minorías establecido en la Ley Electoral,

bajo cuyos preceptos se convocaron aquellas elecciones, el nuevo parlamento quedó integrado por 286 diputados de izquierda, 132 de derechas, 42 de centro y 10 nacionalistas vascos.

La conciencia nacional podía darse por satisfecha. Se había ganado una importante batalla.

Treinta mil familias españolas, estarían celebrando ya la inmediata vuelta al hogar de sus seres queridos. En mucho millares de hogares más, se acariciaba la esperanza del regreso a sus puestos de trabajo de los represaliados de octubre. Un nuevo horizonte, un amanecer esperanzador, empezaba a dibujarse en el porvenir de España.

Nuevamente el reloj parroquial trabajó, sin saberlo, para Juan Equis, haciendo sonar en el silencio de la noche, dos vibrantes campanadas y Juan, cansado, pero feliz por el satisfactorio final de aquella tensa y larga jornada, se dirigió lenta, pausadamente, hacia su domicilio. En el camino, desde la acera contraria, la inconfundible voz, disonante y rencorosa, de un despreciable sujeto, repugnante detritus de la sociedad, dirigiéndose a él, masculló, a guisa de maldición:

- Muy contento, ¿verdad?. Pues pídele a Dios que la alegría de ahora, no se vuelvan lágrimas dentro de poco.

Juan no hizo caso. Correspondió a aquellas venenosas palabras , con el más despreciable de los silencios. Minutos después reposaba en su lecho de soltero, intentando conciliar el sueño, que parecía negársele, presa aún su mente bajo los efectos de las emociones de aquel domingo de febrero, que empezaba a hacer historia.

## CAPÍTULO II

### LA OTRA ANDALUCÍA



## C A P Í T U L O I I

### LA OTRA ANDALUCÍA

Cuando Juan Equis salió de su casa aquella mañana, la resolución estaba tomada. Tan pronto llegase a la oficina la comunicaría a sus jefes. La decisión no fue fácil. Le obligaría a un cambio total en lo que hasta entonces había sido su habitual sistema de vida. Con ese cambio no ganaba nada en lo económico; tampoco, en lo superficial pero agradable de la vida, como eran las fáciles diversiones, las diarias visitas a Gibraltar, las bellas puestas del sol contempladas desde las murallas calpenses y de vuelta en La Línea, las tertulias del Círculo Mercantil o el café “Modelo” y la casi diaria función del cine en el “Cómico” o en el “Parque” en invierno o en los diversos cines al aire libre en la época veraniega. Y la entrañable convivencia con la familia y el trato vivo, directo, fraterno en muchos casos, con amigos, que lo eran, sincera, cordialmente. Todo eso quedaría allí, físicamente lejano, con lejanía de cientos de kilómetros, aunque cercanos en el corazón y en el pensamiento. ¿A cambio de qué?. Dejaría de ser, aunque solo lo era, bien considerado relativamente, cola de león, para convertirse no menos relativamente, en cabeza de ratón. En el cambio le esperaba la secretaría de un pueblo sevillano, al que las enciclopedias, solo dedicaban estas líneas:

*“V. con ayuntamiento en la provincia de Sevilla,  
6500 habitantes, cereales y aceite”.*

Su vida, pues, se desarrollaría en un ámbito reducido, limitadísimo, en lo que se refiere en relaciones sociales y expansiones a la que hasta ahora había dedicado largo espacios de sus horas ociosas. Adiós los bellos atardeceres de nuestra maravillosa bahía, adiós el cine y

las tertulias bulliciosas, adiós al contacto con familiares y amigos. Pero, en cambio viviría una nueva y fascinante experiencia. La de acercarse de verdad, a la cruda y hermosa, así de contrastante, realidad del pueblo andaluz. Pero, ¿es que La Línea y él mismo, no eran parte integrante de ese pueblo?. Sí y no. Personalmente, él mismo era el producto de un español, andaluz, y de una hija de inglés y andaluza, se sentía cálida, fervorosamente andaluz, pero la realidad es que sólo conocía de Andalucía, la vida relativamente fácil de La Línea y su contornos. Y La Línea no era en sí, en su esencia, en la realidad cotidiana, por su forma de vida, por su obligada dependencia de Gibraltar, un pueblo andaluz, con todas las implicaciones, especialmente sociales de la realidad que vivía, día a día, el resto del pueblo andaluz. Alguien había escrito años atrás:

*“El caso de La Línea, por las razones que van expuestas, es quizás, único en nuestra Patria. A pesar de estar sentada en Andalucía, sin dejar de serlo es, sin duda, la menos andaluza de las poblaciones. Y ello no obedece a ningún fenómeno extraordinario; sino simplemente a la forma de su incubación. Esas corrientes de emigración que aquí dejaron importantes núcleos, procedían de toda España. Y la población de La Línea fue formándose por gallegos, extremeños, valencianos, andaluces, etc“.*

De esa concurrencia de gentes de los distintos pueblos de España, surgió un mestizaje, que no se detuvo en lo estrictamente regional, sino que también vinieron a aportar sus propias características nutridos grupos de otras nacionalidades, especialmente portugueses, que junto con su diaria convivencia con la población gibraltareña en cuyos servicios, comercio, industria y puerto trabajaban habitualmente más de ocho millares de residentes en La Línea, se creó

como consecuencia, un tipo de ciudadano ajeno a los problemas, en lo económico y en lo social, del resto del pueblo andaluz.

Por estas razones valía la pena la experiencia que Juan Equis inició en los primeros días de mayo de 1936. Y bien que la comenzó. Sólo a unas horas de haber tomado posesión de su cargo, cuando apenas había comenzado a conocer al Alcalde y los concejales del municipio que iba a servir, ya estaba metido en un problema que aparentemente sin importancia, no dejaba de empezar a mostrarle la triste y lamentable realidad en que se desenvuelve la vida del jornalero andaluz. Ser Secretario de Ayuntamiento de un pueblo relativamente importante, es fácil ya que carece en lo general de complicaciones, si se limita a cumplir con su deber en el ámbito de sus competencias. Desafortunadamente, no ocurre lo mismo en los pueblos pequeños, donde el Secretario, quiéralo o no, muchas veces a pesar de su resistencia a efectuarlo, tiene que asumir funciones que escapan a sus obligaciones. Por la índole del cargo, por sus conocimientos, aunque en muchos casos simplemente elementales, de leyes y disposiciones, tiene que constituirse en consejero de las autoridades municipales y en la práctica, en elemento moderador de las pasiones, que por la vía política, enconan a los vecinos del pueblo. En este caso se encontró Juan Equis, aquel su primer día como Secretario del pueblecito sevillano, cuando se disponía a hacer su primera cena en la casa donde le acogieron como huésped.

Su presencia en el Ayuntamiento fue reclamada con urgencia. Frente al modesto edificio que ocupaban las dependencias municipales en el costado derecho de la plaza de pueblo, un nutrido grupo de campesinos mostraba su impaciencia. En su modestísimo despacho, una habitación corriente de apenas doce metros cuadrados y por todo mobiliario un escritorio de pino y varias sillas, el Alcalde

le informó del objeto de su imprevista llamada.

Dos jornaleros habían acudido al sindicato pidiendo su intervención, a fin de obligar a la dueña del cortijo donde laboraron tres días, a que cubriese el importe de los jornales devengados, -quince pesetas en total cada uno-, cuyo pago pretendía demorar la empleadora hasta el sábado siguiente, alegando que era el día de la semana que tenía señalado para tales menesteres. En realidad, y en otras circunstancias, el asunto no habría transcendido hasta el extremo de plantearse con las características que presentaba en aquella ocasión. Los ánimos estaban excitados. Por un lado, el triunfo del Frente Popular, había caído como una bomba de gran potencia entre los detentadores de la tierra andaluza, de los grandes e insaciables terratenientes, por siglos dueños prácticamente, de vidas y haciendas, por el otro, generó en los desheredados, eternos explotados, un afán de justicia, que ahora intentaba exigir, por la vía rápida, sin formalismos, sin detenerse en trámites legales que a la postre, siempre habían servido a los intereses de la clase exploradora. Por eso, aunque desorbitado, aquel problema que en su aspecto económico estaba representado por una exigüa cantidad, -treinta pesetas-, podía convertirse en una absurda cuestión de orden público.

El Sindicato, presionado por sus gentes, pidió la intervención del Alcalde y éste, siguiendo la costumbre tradicional, recurrió al Secretario. Y Juan Equis, aconsejando serenidad, se ofreció a intentar convencer, mediante su gestión a la dueña del cortijo, para que diese una solución satisfactoria al asunto. Un empleado le condujo hasta las puertas de la residencia de la terrateniente.

La entrevista constituyó un desagradable duelo, sostenido con armas diferentes. De una lado, Juan Equis manejaba la de la razón,

noble, caballerosamente, de la otra parte, la terrateniente, con habilidad y artificioso señorío, acudía a todos los recursos que creía tener a su alcance, para mantener su actitud, hasta entonces irreductible, de retrasar el pago de las treinta pesetas, causa del problema. Cuando ya un tanto desarmada por los argumentos de su interlocutor, se vio prácticamente en notable inferioridad y a un punto de perder la partida, acudió al recurso de alegar la falta de dinero en ese momento, para liquidar el importe de los jornales reclamados. Conciliador, Juan Equis, se ofreció a resolver el problema anticipando las pesetas reclamadas por los jornaleros, que la obstinada y recalcitrante señora le reintegraría cuando pudiese. El inesperado ofrecimiento terminó por desarmarla y fingiendo recordar que su administrador la estaba esperando en la cocina, rogó a Juan Equis la esperara unos minutos, transcurridos los cuales, regresó a la salita portando el dinero en aquellos relucientes “duros” que circulaban entonces como moneda normal, y entregándolos al Secretario, cuando este se despedía, le dijo sin disimulada reticencia:

“Ya sabe; a tomado posesión de esta casa, pero por favor, que su próxima visita no sea para llevarse mi dinero”. La reacción de Juan Equis no se hizo esperar. Depositó sobre la mesa las seis monedas de plata, que aún tenía en la mano y replicó indignado: “ahí tiene usted su dinero, señora. Y entiéndalo perfectamente, no vine a llevarme “su dinero” sino simplemente a hacerle un favor. Aténgase pues a las consecuencias”.

La terrateniente, comprendió que había actuado imprudentemente, y sin vacilación quiso enmendar su error, apelando a la caballerosidad de Juan Equis, quien, porque así convenía a sus intereses, entró en el juego y dio por terminado el incidente. Minutos después éste quedó totalmente saldado. Los dos jornaleros recibieron de ma-

nos del Alcalde las quince pesetas que a cada uno de ellos correspondían y Juan Equis pudo, por fin, retirarse a descansar, sino feliz, porque dentro de él culebreaba, sin lograr olvidarlo, el amargo recuerdo del final de la entrevista, al menos contento por lo logrado.

Contra todo lo supuesto por Juan Equis, el final del problema que había reclamado su intervención el primer día de su estancia en aquel pueblecito sevillano, lo dictó y consumió la siguiente mañana, la terrateniente. Llenó unas cuantas maletas, llamó a su administrador, a quién dió órdenes concretas que éste cumplió fielmente, de despedir a los jornaleros que aún laboraban en sus fincas, sin importarle perder las cosechas, y se trasladó a la residencia que poseía en la capital andaluza. ¿Decisión temeraria?. ¿Tanto como apedrear su propio tejado?. Nada de eso. Era un riesgo calculado. Seguía el camino de otros muchos terratenientes, que se habían anticipado en la decisión. Sólo se jugaba unos miles de pesetas. Una contribución que pagaría gustosa si como esperaban los enemigos de la República, con ello lograban desestabilizar al Gobierno del Frente Popular.

Aún con esa lección dolorosa, no empezaba mal el aprendizaje que se había propuesto nuestro Juan Equis. Fue un aleccionador punto de partida que al mostrarle la verdadera faz de la conducta humana, propio del grupo social dominante en lo económico, con el que desde aquel día tendría que enfrentarse, le advertía de lo difícil de la lucha que le aguardaba. Y dispuesto a dar la batalla, que se anunciaba dura, por lo taimada, se entregó con buen ánimo, bien templado el espíritu, a asimilar todas y cada una de las diarias lecciones derivadas de su convivencia sin prejuicios, con la gente de aquel pueblo, experiencia fascinante que no podía desaprovechar.

Y pronto aprendió que en los atardeceres de aquellos días prima-

verales, podía disfrutar también de bellísimas puestas de sol en las que éste, en su despedida, se ocultaba jugueteando entre los lejanos verdes olivos. Y en las noches, descubrió igualmente que, a falta de cine, sustituyéndolo con ventaja podía disfrutar de otro espectáculo, siempre renovado, que gozaba con deleite en sus largos paseos por cualquiera de las carreteras que cruzaban o partían del pueblecito sevillano. Maravilloso espectáculo, nunca antes saboreado por él, en el que la voz joven, vibrante y viril, de un hombre de esta tierra soñadora, quebrando la majestad de la noche, lanzaba al aire la poética y musical armonía de una de esas coplas en las que el pueblo andaluz, jugando con la magia de unos versos sencillos y luminosos como su espíritu, vierte el sin igual tesoro de alma, dolorida y esperanzada.

Y supo también que en la otra Andalucía, que para dolor de él mismo, sólo conocía, lamentable y vergonzosamente, a través de lecturas no siempre bien elegidas, o de un folklorismo comercial, denigrante y abyecto, existía una juventud obligada a llevar una vida resignada, hipócrita, porque así estaba establecido, quién sabe por que razón o reglas morales, a la que por toda distracción pública sólo le estaba permitido prácticamente, gozar de unos paseos nocturnos en la plaza del pueblo, los jueves y los domingos mientras una media docena de músicos improvisados actuando como banda municipal, interpretaban sin mucho lucimiento algunas piezas populares; en un pueblo, en donde en las tertulias masculinas, cuando no se discutían las cuestiones políticas candentes, preocupación principal en aquellos días, el tema más socorrido era el sexual en su manifestación morbosa, consecuencia de la represión brutal padecida secularmente por el macho andaluz; en este pueblo, en el que una muchacha corría el peligro de quedarse soltera, si tenía la poca fortuna de fracasar en más de un noviazgo, porque eso era tanto como

haber perdido la virginidad; en fin, en un pueblo donde era posible que se manifestase aún viva, insultante, la reminiscencia de la época feudal, en la que un hermano ilegítimo, con pleno conocimiento de su origen, llegada la adultez, trataba de usted y “señorito” al hijo legítimo, no obstante conocer los lazos de cierta consanguinidad que les unía.

Y vió también como la gente del pueblo, incluída la clase media modesta, reforzaba su economía, cuando no era su base principal, con labores de palma, fabricando tomiza, soplillos, cestos, serones de uso industrial, etc., que en la práctica tenían el valor de moneda corriente, ya que en la mayoría de los comercios se aceptaba como tal en pago de mercancías que necesitaban adquirir. Esta forma, en lo individual y en lo familiar, de allegarse unos modestos recursos, daba un carácter peculiar al pueblo, un cuyas calles resultaba pintoresco ver a la gente trasladarse de un lugar a otro, mostrando su habilidad en el tejido de la palma, o bien sentados en la puerta de las casas, solitarios o en grupos, cuando el tiempo así lo permitía, entregados a esos menesteres.

Y hasta en esto, a veces, mostraba su despreciable faz la máscara siniestra del caciquismo y sus serviles lacayos, persiguiendo, quemando los aparejos de sus bestias y encarcelando a los desgraciados que no tenían otro medio de vida, osaban entrar en las tierras abandonadas, huérfanas de todo cultivo, tratando de recoger la materia prima, base de su labor artesanal. ¡Hasta esa especie de limosna, les era negada a quienes necesitaban para llevar a sus hogares un mísero mendrugo con que distraer un hambre de siglos!

En otro orden de cosas, también pudo conocer Juan Equis, otro espectáculo, hasta entonces sólo conocido por él por referencias pe-

riodísticas o literarias. Me refiero al deprimente mercado de brazos en que, periódicamente se convertía la plaza del pueblo, a la que llegaban de mañana, muchas veces con la esperanza fallida, de encontrar un patrón propicio, que les asegurase ganar unas pesetas en agotadoras jornadas de sol a sol.

No había día, que no proporcionase a Juan Equis un nuevo conocimiento o una fructífera experiencia.

Una noche que el sueño se resistía a otorgarle el descanso que necesitaba y la nostalgia se obstinaba en traerle añoranzas de otros tiempos, nada lejanos, que no tenía interés en revivir de momento, se dedicó como terapia, a repasar mentalmente lo más destacado de sus recientes vivencias.

Y recordó la de aquella mañana en la que al atender una llamada telefónica y reconocer la voz del sargento de la Guardia Civil que preguntaba:

-¿Está “El Rubio”?

... Juan Equis sabía que así era conocido el Alcalde en el pueblo, por ese alias en labios de quién por los propios reglamentos del Cuerpo a que pertenecía estaba obligado a ser respetuoso con todos los ciudadanos, y por tanto, aún más, si ese ciudadano personificaba a quién, por la autoridad que encarnaba y le agradase o no, estaba subordinado, ese alias, imprudentemente pronunciado por el jefe del puesto de la Guardia Civil, advirtió a Juan Equis que algo funcionaba mal allí. Era evidente, que la modestia que en lo personal caracterizaba al Alcalde, hombre de oficio primario, desmerecía a los ojos del galoneado servicio público. Rápidamente, sin titubeos, Juan Equis expresó su extrañeza por la llamada, ya que no conocía

en el Ayuntamiento a ningún rubio. El Sargento se creyó obligado a aclararle que se trataba del Alcalde y ante tal aclaración, el Secretario recalcó, que él acostumbraba llamar al señor Alcalde por su cargo o por su nombre; es decir, don Antonio. Desconcertado, el Sargento se limitó a explicar el objeto de la llamada telefónica. Acababa de llegar el teniente, su jefe, en visita rutinaria y quería ver al Alcalde, a cuyo efecto le rogaba pasase por el cuartelillo.

Juan Equis explicó al Alcalde el motivo de la llamada y aunque la intención de don Antonio fue acudir a la cita, los razonamientos del Secretario frenaron su impulso y lo dejó en manos de su asesor, la respuesta.

- El señor Alcalde lamenta mucho no poder acudir a saludar al teniente, porque está ocupado en resolver asuntos que no puede desatender. Sin embargo, si el teniente tiene interés en ello, puede venir a la Alcaldía y con mucho gusto lo recibirá.

El sargento informó a su jefe, quién sin vacilación, tomó el teléfono y se puso al habla con Juan Equis.

- Buenos días señor Secretario. ¿Tendría la bondad de preguntar al señor Alcalde, si podría recibirme y a qué hora?.

Tras simular la consulta, Juan Equis contestó.

- Señor Teniente, me dice el señor Alcalde que a la hora que usted pueda estará a su disposición, aquí en la Alcaldía.

- Muchas gracias. Voy para allá.

Minutos después, hacían su entrada en el Ayuntamiento, el teniente y el sargento de la Guardia Civil. La visita tuvo una primera parte bastante significativa. Cuando el sargento quiso entrar en el despacho de la Alcaldía tras el teniente, éste, autoritario, le ordenó:

- Usted me espera aquí. Y pasó sólo a entrevistarse con el Alcalde que estaba acompañado por Juan Equis.

El teniente te apresuró a disculparse. Fue una oficiosidad del sargento, y reconoció que “lamentablemente, todavía existen en el Cuerpo, gente que no entiende que los tiempos, por fortuna, han cambiado”. A partir de ahí, la entrevista se desarrolló en términos cordiales, y en ella se puso de manifiesto la sinceridad de los sentimientos republicanos de aquel oficial de la Guardia Civil sinceridad que rubricaría unos días después, cuando iniciado el alzamiento militar, ofrendó su vida, de modo heroico, en defensa de la República cuando moros y falangistas, asediaron y conquistaron la ciudad cabecera de la zona.

Continuó el desfile de hechos que fueron plasmando en su concatenación, el panorama real de la vida de aquel pueblo maravilloso, que podía ser y lo era en efecto, reflejo fiel de la existencia que, por siglos, arrastraban la mayoría de los pueblos andaluces, agudizado en esos días como consecuencia de la agitación que cundía a lo largo de todas las tierras de España, enfrentadas en una guerra, que podría alcanzar las características de una lucha a muerte, que terminaría produciéndose sólo unos días después, entre los que todos poseen obstinándose en no ceder ni una pizca de sus privilegios y, los que nada tienen y sólo aspiran a una vida digna, social, económica y política.

Y el suceso, por fortuna sin graves consecuencias, no por esto dejaba de revelar el clima de nerviosismo que dominaba el paisaje español, en las vísperas del trágico 18 de julio de 1936.

Igual que en el caso anterior fue Juan Equis el que atendió el

teléfono. La llamada provenía del Gobierno Civil de Sevilla y era el propio Gobernador quien estaba al otro lado del hilo telefónico. Sin disimular su nerviosismo, en tono airado, autoritario, reclamaba, con amenazas de sanciones gubernativas, por el hecho que acabada de serle denunciado desde Madrid, la invasión de un grupo de campesinos, del cortijo propiedad de la esposa del Embajador de una República sudamericana. Juan Equis, sorprendido y sereno, aseguró a su enfadado interpelante que en el Ayuntamiento no se tenía noticia alguna respecto a aquella invasión de tierras. Estaba seguro se trataba de uno de tantos “bulos” utilizados por los enemigos de la República para mantener en tensión permanente a autoridades y gobernados. Por tanto, podían asegurar, que la noticia era totalmente falsa, ya que, hasta ese preciso momento, en todo el término municipal, reinaba una paz absoluta, sin asomo alguno de inmediata inquietud en ningún sentido. Movilizados Alcalde, Secretario y otros miembros del Ayuntamiento, quedó comprobado plenamente, se trataba, una vez más, de una noticia lanzada sutilmente, implicando al terrateniente consorte, embajador de su país en el nuestro, con lo cual se mantenía el clima de inseguridad y nerviosismo, que convenía a los intereses y propósitos desestabilizadores de los “patriotas” empeñados en “salvar a España”. Porque España eran ellos y sus fortunas, tan presurosamente puestas a buen recaudo en cuanto su liquidez y fácil transportación lo permitían, en el extranjero.

En ese desfile de hechos aparentemente banales, pero que en la realidad configuraban la auténtica fisonomía de un pueblo merecedor de mejor suerte, no podía faltar la anécdota edificante, en la peor de las acepciones de esta palabra, mostrando a Juan Equis la verdadera personalidad, miserable y ruín, de algunos personajes y personajesillos de la vida política española, llegados al poder en la mayoría

de los casos por la usurpación o el clásico dedazo. Este era el caso del ex-Alcalde de la CEDA, uno de tantos “salvadores de España”, ricachón millonario de pesetas de las de antes de la Guerra, que a la hora de confeccionar el padrón de cédulas personales, se había hecho inscribir con la cuota mínima -una peseta cincuenta céntimos-, como si se tratase del más desafortunado de los jornaleros. Pues bien; este “honrado” ciudadano, elemento destacado en lo provincial, de su partido, que lo presentó como candidato a Diputado en las últimas elecciones, era además uno de los tantos deudores de la hacienda local, por el concepto de repartimiento. Juan Equis cumpliendo con su deber, le requirió, junto con los demás contribuyentes que estaban en el mismo caso, con el objeto de que cubriese sus adeudos. El sujeto, con fama de avaro, acudió presuroso a solicitar un plazo para pagarlos, alegando que carecía de dinero en esos momentos, ya que estaba en dificultades económicas. Hubo largo forcejeo entre el funcionario y el deudor, que se resolvió accediendo el primero, asqueado por la actitud servil e indigna del ricachón, que logró también el mismo aplazamiento para el descubierta de su madre, de la que se decía administrador. Y se fue tan satisfecho de su ruindad, y acariciando mentalmente, los varios centenares de pesetas cuya posesión podría disfrutar unos días más. ¿Sólo unos días, o quizás no las pagaría jamás?. Porque lo que no podía imaginar Juan Equis en ese momento, es que unos días después, el “Glorioso Movimiento”, triunfante en Sevilla, enquistaría nuevamente al mendigante ricachón, en la Alcaldía del pueblo sevillano; mucho menos, que el informe que el flamante Alcalde enviaría años después a la prisión de Burgos donde cumplía Juan Equis una fuerte condena por “adhesión a la rebelión militar” costaría al ingenuo y condescendiente funcionario unos meses más de cárcel.

Terco, el insomnio se adueñó por completo aquella noche de Juan

Equis, y éste tuvo tiempo, para dar un repaso a la situación del país, sin duda alguna, nada tranquilizadora. Tanto en Andalucía como en el resto de España, la agitación franca o solapada, se generalizaba; las bandas de pistoleros proseguían su acción criminal, destacando las acciones de los grupos armados por la reacción, que culminaron a principios de mayo con el asesinato en Madrid, del Capitán Faraudo, de sólidas convicciones republicanas; se incrementaban las huelgas, tanto en las grandes ciudades como en el campo. En éste, las invasiones de tierras, facilitaban la acción, cuidadosamente preparada, por los grandes y medianos propietarios, para sabotear los planes justicieros del Frente Popular. Una tras otras, se sucedían las provocaciones hábilmente manejadas, saltando de una ciudad a otra, creando una atmósfera de intranquilidad y descontento general y, lógicamente, provocando el indudable quebranto de las instituciones republicanas. La dolosa noticia de los caramelos envenenados, reparto atribuido a un grupo de monjas entre los niños del popular barrio madrileño de Cuatro Caminos llevó, a los irreflexivos exaltados, a realizar graves acciones contra edificios y entidades religiosas, que, por fortuna, no pasaron a mayores, como habría sido la pérdida de vidas humanas, gracias a la decidida acción de las juventudes socialistas y comunistas, que lograron dominar la situación y aplacar a los revoltosos. Y por si todo ello fuese poco, la descapitalización mañosamente manejada, socavaba la economía y hacía más crítica la posición del Gobierno. En las filas del propio Frente Popular, surgieron las divergencias, que irracionalmente, no se detenían en enfrentamientos verbales, sino que, como había sucedido aquellos días en la cercana Écija, donde grupos de jóvenes del ala izquierda del partido socialista, habían interrumpido violentamente un acto encabezado por Indalecio Prieto, llegaban a extremos insospechados, ensombreciendo aún más el panorama social y político del país.

Al fin, la luz del día, filtrándose por las rendijas de la ventana, advirtió a Juan Equis, que había llegado la hora de iniciar una nueva jornada.

Minutos más tarde y como era costumbre durante el desayuno mientras hojeaba el periódico sevillano que diariamente, y con solicitud que agradecía, adquiría para él, el dueño de la fonda en que se hospedaba, un batallador sindicalista confederal, el cual sabía mucho de persecuciones, torturas y encarcelamientos, una víctima como otras tantísimas, del caciquismo imperante en la irredenta Andalucía, sintió el tironcillo de la tierra. Del taco del almanaque habían caído ya, las primeras hojas del mes de julio. En La Línea estarían en todo su apogeo los preparativos de la feria, que ese año encendería su atractiva iluminación y quemaría la traca anunciadora de las fiestas la noche del sábado dieciocho. Era la fecha que invitaba al reencuentro de todos los linenses ausentes de la patria chica. Y él, Juan Equis, no podía, no debía faltar. Aquella misma mañana se puso de acuerdo con el Alcalde; podría disfrutar, aunque solo fuese unos días, de las fiestas de su pueblo.

Próxima la fecha de la partida, un acontecimiento de graves consecuencias políticas, estuvo a punto de abortar sus planes. La muerte de Calvo Sotelo por un grupo de Guardias de Asalto, ponía en peligro la propia existencia del Gobierno. Un amigo de Madrid, con el que se puso en contacto por teléfono, le animó a hacer el viaje. El irresponsable acto de aquellos guardias, en nada cambiaría la situación. El poder estaba sólidamente en manos del Gobierno. La clase obrera organizada, los estudiantes y la juventud progresista, estaban vigilantes. Y Juan Equis continuó con los preparativos del viaje.

Al día siguiente, un hecho aparentemente sin importancia, dió

motivo a un incidente desagradable, entre el Alcalde y Juan Equis. El alcalde entró en el despacho de Juan con un puñado de hojas impresas. Habían sido introducidas, por debajo de las puertas de las viviendas y comercios de vecinos de izquierda. Se trataba de diversa propaganda antirepublicana, en buena parte utilizada en las recientes elecciones a Cortes. A juicio del Alcalde aquello era un acto de provocación, un aviso, un síntoma de que algo estaban preparando los “señoritos”. Era necesario cortar de raíz aquella maniobra y para ello estaba decidido a escarmentarlos. Por lo pronto, iba a ordenar la detención de los derechistas más destacados. Juan Equis, ingenuo, a pesar de sus convicciones marxistas, producto de una formación liberal de la que aún no se había curado y cuyo error comprobaría poco tiempo después, intento convencer a su jefe de lo inconveniente de tal medida, ya que legalmente no existía causa para esas detenciones. Y por primera vez, en los dos meses que llevaba ahí Juan Equis, las relaciones entre el Alcalde y él estuvieron a punto de resolverse en un enfrentamiento. El Alcalde, generalmente apacible y fácil a escuchar y seguir los consejos y observaciones del Secretario, en esta ocasión se dejó llevar por la pasión, hija de su fervor republicano, y creyendo ver en las palabras de Juan Equis, cierta solidaridad con la conducta de los “señoritos”, exclamó:

- ¡Cómo se conoce que usted usa corbata. Cuando en octubre del 24, casi un centenar de hombres de este pueblo, fuimos sacados violentamente de nuestros hogares, torturados y encarcelados, algunos hasta hace pocos días, ni una sola voz se alzó aquí, en esta casa, para advertir de la injusticia. Sin embargo, como ahora se trata de gente de corbata ...

Juan Equis, dolido pero sereno, le interrumpió.

- Uno que también la usa, pero no le estorba para estar al lado del pueblo, porque es parte de él y está siempre dispuesto a luchar por

su causa, cree cumplir con su deber de republicano de lealtad hacia usted, aconsejándole, precisamente, que no caiga en el error que reprocha a nuestros enemigos. Sin duda alguna, lo que se cometió con ustedes, fue una terrible injusticia, que merece la condena de todo hombre honrado, una terrible injusticia que sin embargo, no justifica que ahora se de pié a que se pueda decir de usted, de nosotros, de la República, lo mismo que decimos de quienes la cometieron con esos treinta mil españoles que el Frente Popular, con su triunfo, ha restituido al seno de sus hogares, a la vida ciudadana.

El Alcalde titubeó unos instantes y aparentando haberse dejado convencer, renunció a mantener su decisión ante los razonamientos de Juan Equis.

Llegó la hora de la partida. Olvidado el incidente del día anterior, el Alcalde acompañó a Juan Equis hasta el autobús que le llevaría a Sevilla, etapa obligada para proseguir su viaje a La Línea. La despedida fue cordial. El vehículo se puso en marcha.

- Buen Viaje y hasta el próximo viernes, gritó el Alcalde.
- Muchas gracias y hasta entonces.

El autobús enfiló hacia la carretera general. Juan Equis iba contento. Estaba seguro que el pueblo quedaba en paz. El Alcalde no pensaba lo mismo. Por desgracia, Juan Equis lo sabría unos días después. Los detalles los conocería en el noviembre heroico de Madrid, de boca del propio Alcalde, para entonces integrado en las milicias de Unión Republicana, su partido. El relato fue impactante. El Alcalde, -pueblo al fin, y por tanto con ese fino instinto, hijo y esencia de la sabiduría popular-, menos optimista que Juan Equis, cuando se alejó el autobús, se dirigió al Ayuntamiento y ordenó la inmediata detención de los señoritos que suponía implicados en el

reparto de la sintomática propaganda y por lo tanto, la sublevación del 18 de julio les sorprendió en la cárcel. Allí murieron en condiciones trágicas en los primeros días de agosto. Unos exaltados, pretendiendo vengar las “ejecuciones” que en las plazas públicas de pueblos y ciudades, realizaban, en su avance desde Sevilla, moros, falangistas y requetés, incendiaron la cárcel en la que perecieron la docena de presos a allí estaban reclusos, cuando se vieron obligados a abandonar el pueblo, impotentes para continuar su defensa frente a un enemigo, bien armado y mejor organizado. La “justicia” de los vencedores, no se hizo esperar. Indiscriminadamente, cerca de un centenar de hombre y mujeres, fueron inmolados aquella misma tarde en la plaza del pueblo, teniendo como mudo testigo, la vetusta mole de la Iglesia Parroquial.

## CAPÍTULO III

### EL ALZAMIENTO MILITAR



## C A P Í T U L O   I I I

### EL ALZAMIENTO MILITAR

Cuando desde la ventanilla del autobús que le acercaba a La Línea, cercana ya la silueta familiar del Peñón de Gibraltar y el corazón se le llenó de gozo disfrutando, anticipadamente, el feliz reencuentro con familiares y amigos, Juan Equis no podía imaginar la terrible tragedia que al otro lado del estrecho, se estaba gestando precisamente en esas horas. Y como él, La Línea vivía feliz y confiada, la antevíspera de su tradicional Velada, que ya olía a feria, animadas sus calles, concurridos los bares y cafés que hacían su “agosto” en el julio de la Semana Mayor de los linenses, que lo era tradicionalmente también de los centenares de feriantes que en su casi totalidad, estaban tan puntuales en esta cita anual como los numerosos linenses que, ausentes de la tierra que les vió nacer, a ella volvían, año tras año, para gozar de unas agradables vacaciones en el sugestivo marco de nuestras siempre atractivas fiestas de julio.

La alegría de encontrarse aunque sólo fuera pasajeramente, en el rincón amado, la satisfacción, el reencuentro con familiares y amigos, solo duraría unas horas. La noche del 17 de julio comenzaron a circular los primeros rumores. El ¡alerta!, llegaba a la cabecera de la cercana zona del protectorado español en Marruecos. Encabezadas por el General Franco, las guarniciones militares de Melilla, Ceuta y Tetuán, habían iniciado un levantamiento contra el Gobierno de la República. En la mañana del sábado, los rumores dejaron de serlo para convertirse en una dolorosa realidad, cuyas terribles consecuencias nadie o muy pocos, pudieron imaginar en esas horas. Lo

que muchos, tanto de un bando como del otro, estaban convencidos que se resolvería en sólo unos días, se convertiría en larga y cruenta Guerra Civil, con un coste terrible, trágico, para España.

Pero, lo que ni Juan Equis y sus paisanos, ni los optimistas feriantes, ni los alegres visitantes, que tan felices se prometían disfrutar del singular atractivo de la feria más bulliciosa y alegre de este rincón de España; en fin, lo que nadie en aquella tarde del viernes 17 de julio, podía imaginar sucedería, ocurrió. Primero, en forma de vagos rumores y desmentidos oficiales, mas tarde con la filtración de noticias concretas y alarmantes. El ejército del Marruecos español y de la zona del protectorado, después de haber dominado las poblaciones de Melilla y Ceuta, se disponía a apoyar con desembarcos en los puertos de Málaga y Algeciras, el triunfo de la insurrección en la parte española de la península. Al amanecer del sábado 18, ya no había duda. La alevosa acción se había confirmado. Las fuerzas militares tanto de las posesiones españolas en Marruecos, como de la zona del protectorado español estaban en manos de los militares sublevados, una vez reducidos, sin titubeos, de modo implacable, los reductos de la resistencia republicana. Juan Equis, no titubeó. Su deber como funcionario y sus convicciones políticas dirigieron sus pasos al Ayuntamiento para ponerse a disposición del Alcalde, donde junto a éste y a sus órdenes, empezó a colaborar en aquellos momentos difíciles para España y los españoles. Movilizados los partidos políticos y sus respectivas juventudes, así como los sindicatos, el despacho de la Alcaldía era un constante trasiego de gente deseosa de conocer noticias más o menos confirmadas sobre la situación real, al mismo tiempo que ofrecían su colaboración y lealtad a la causa republicana. El teléfono, no cesaba de funcionar en las dos direcciones. El contacto con el gobierno civil de la provincia ocupaba la mayor parte del tiempo, así como con las autoridades militares

y civiles de la comarca.

A medida que el tiempo transcurría, la confusión crecía. Cádiz capital continuaba, aunque precariamente, fiel al Gobierno de la República; en San Roque, las fuerzas del batallón de Pavía estaban acuarteladas y en Algeciras, la situación comenzaba a ser preocupante. Los reunidos en la Alcaldía de La Línea estimaron conveniente conocer de un modo personal y directo la verdadera situación en esta última ciudad, por muchas razones claves importantísimas, según se comprobó más tarde, en el desarrollo de los acontecimientos que terminarían, hundiendo a España, en la contienda que se prolongaría durante treinta y dos meses, con un enorme costo en vidas de españoles y años de represión brutal, dificultades económicas y carencias, que golpeaban cruelmente a las clases más débiles del país. Pronto se organizó la comisión que habría de trasladarse a Algeciras, de la que formó parte Juan Equis. En el automóvil de un médico adscrito al hospital municipal, partieron de inmediato para la ciudad vecina, sede del Gobierno militar del Campo de Gibraltar. En la popular Plaza Alta, dejaron el auto y marcharon hacia el Ayuntamiento, en cuyo despacho de la Alcaldía se encontraba ya el comandante Gutiérrez, designado por el Gobierno de Madrid, su delegado especial para hacer frente a la situación creada por los militares sublevados. Allí fueron testigos de una corta conversación telefónica entre el comandante Gutiérrez y el teniente coronel Coco, este ya sublevado y dueño absoluto de la situación en el cuartel que ocupaba el primer batallón del Regimiento de Infantería de Pavía número 7. El diálogo entre los dos jefes militares fue corto. En tanto el comandante Gutiérrez conminaba al teniente coronel Coco a desistir de su actitud y continuar fiel a la República, el jefe rebelde anunciaba el envío de una sección a hacerse cargo del Ayuntamiento y detener a quienes se opusieran a tal acto. Tras un breve cambio de impresiones, el comandante Gutiérrez pidió a los

comisionados linenses regresasen a La Línea, a fin de conseguir la organización de grupos que se trasladasen a Algeciras para ayudar a la reducción y sometimiento de los alzados. La amenaza de coco no se quedó en simples palabras; así lo pudieron comprobar los linenses de la comisión al cruzarse en la amplia escalera del histórico edificio municipal, con la sección militar, que con atuendo de combate y su jefe pistola en mano, llegaba a hacerse cargo del edificio capitular y detener al comandante Gutiérrez y a quienes le acompañaba en aquel despacho. Ya en la Plaza Alta, los comisionados linenses, pudieron observar, como otra sección militar ocupaba la plaza que presidía el popular obelisco algecireño y en ella emplazaban algunas ametralladoras.

Para los integrantes del grupo de republicanos que se disponían a regresar a La Línea, resultaba más que evidente que la situación, al menos en aquel rincón del Campo de Gibraltar, comenzaba a marchar mal para la causa de la República. Con discreto apresuramiento, el coche se puso en marcha en su obligado retorno a La Línea. Entre tanto, las guarniciones de San Roque y La Línea expectantes seguían acuarteladas y sus respectivos mandos indecisos, no acababan de tomar una clara posición ante el conflicto creado por la sublevación de las guarniciones de Marruecos. En esa tensa situación, llegó la noche. Fuerzas de carabineros leales a la República, acompañadas de grupos de las juventudes del Frente Popular, ocuparon algunos puntos estratégicos de la ciudad, en previsión de cualquier maniobra que intentasen los enemigos del régimen republicano. Y sucedió. Un automóvil con miembros del ejército, procedente de Algeciras intentaba llegar hasta el cuartel donde permanecían pasivas las tropas que guarnecían la ciudad. Se originó un corto pero nutrido tiroteo que ocasionó varios heridos, entre ellos el joven hijo del oficial de carabineros que mandaba las fuerzas de este cuerpo y

uno de los oficiales sublevados, que según se supo posteriormente, era portador de la orden exigida por los acuartelados de La Línea, para declarar el estado de guerra en nuestra ciudad, hecho que, no obstante la intersección del coche y sus ocupantes, se produjo momentos después. Con ello, sustituido el estruendo de la traca que tradicionalmente anunciaba la inauguración de la velada linense, por el menos ruidoso, pero sangriento de la fusilería que acababa de ensangrentar las cercanías de la calle Méndez Núñez en su confluencia con la Avenida de España, la Velada no pudo celebrarse en aquel trágico año de desgracia de 1936.

Esto, no fue sino el comienzo de la gran tragedia, no sólo para La Línea, sino para España y los que de verdad llevaban la Patria en el corazón. Aquella madrugada, las clases y soldados, y a su frente el subteniente Gabriel Sánchez, el sargento Sacramento, ambos linenses, y el sanroqueño Valenzuela, a los que horas más tarde se unió el joven oficial Antonio Herrera Corpas, por esos días en disfrute de licencia reglamentaria, redujeron a los jefes y oficiales sublevados que quedaron detenidos en una de las dependencias del propio cuartel, produciendo seguidamente al restablecimiento de la normalidad civil al retirar con las formalidades de rigor, el bando de declaración del estado de guerra en los lugares, en que horas antes, habían sido colocados por los sublevados.

Y en un acto generoso, ingenuo tal vez, pero normal, dada la benignidad con que siempre actuó la República con sus enemigos, con un grupo integrado por clases y soldados fieles a la legalidad republicana, condujeron a los jefes y oficiales desleales hasta la verja que marcaba la frontera con Gibraltar, dejándolos allí en libertad. Gesto generoso, humano, que sería criminalmente correspondido días después, cuando reducidas las fuerzas leales, el tabor de Regu-

lares desembarcado en Algeciras, detuvo, juzgó, condenó a muerte y ejecutó en Algeciras al teniente Herrera y al sargento Valenzuela.

Esta acción heroica de la parte popular del ejército, no iría más allá en lo decisivo y trascendental, que una más entre las muchas que tuvieron lugar en esos días de julio, en diversos lugares de la geografía hispana. Al amanecer de aquel domingo, los sublevados en Algeciras, reforzados por un tabor de Regulares procedentes de Ceuta, organizaron una expedición a San Roque, en apoyo de la guarnición sublevada, pero cercada por elementos leales al Gobierno del Frente Popular.

La rápida y casi sorpresiva acción de las fuerzas marroquíes al mando naturalmente de oficiales españoles, liberó a los acuartelados y sin mayores problemas quedó la ciudad de San Roque en manos de los sublevados. Sólo restaba pues, por parte de estos, resolver la situación en La Línea, donde “ablandada” ya la resistencia por la acción realizada por el cañonero Dato sumado a los rebeldes en el puerto de Algeciras, al disparar varios cañonazos como intimidación, contra el cuartel y el edificio principal del Palacio Municipal, se vieron forzados a deponer su resistencia a la sublevación, decisión que se consumó después de un sangriento enfrentamiento sucitado entre las fuerzas moras y los centenares de hombres y mujeres de la población civil linense, que frente al cuartel mostraban su repulsa a la acción de los enemigos de la República.

Este acto de protesta que comenzó manifestándose con gritos contra quienes imponían la arbitrariedad de su ley por la fuerza de las armas, tuvo un final trágico. Corrió en abundancia la sangre de gente inerte, fueron muchos los muertos y heridos de la población civil, en tanto, según un documento recibido en la jefatura del mo-

vimiento de Tetuán, los sublevados solo tuvieron un oficial muerto y tres soldados heridos.

Así, tan trágicamente, quedó cancelada la feria de La Línea aquel domingo de julio de 1936, que tan prometedora y feliz se anunciaba para tantos. Dolorosamente, aquello fue sólo el prólogo de la gran tragedia que llenó de desolación a España y, La Línea, continuó padeciendo en su propia carne a lo largo de los treinta y dos meses que duró la contienda y aún después de terminada ésta, la pérdida de muchos de sus hijos, víctimas de la represión inhumana realizada por los vencedores.



## CAPÍTULO IV

### GIBRALTAR PUENTE Y ASILO



## C A P Í T U L O   I V

### GIBRALTAR PUENTE Y ASILO

Eso fue el Gibraltar de aquellos días para muchos campogibraltareses, en su mayoría linenses: puente y asilo protector, salvador de muchas vidas de hombres y mujeres, de niños y ancianos, de gente honesta y trabajadora, de españoles todos que no habían cometido otro delito que desear para España, para todos sus hijos, un porvenir de paz y de justicia. Puente para la mayoría de los jóvenes que una vez definidos los campos, pasarían al territorio dominado por el Gobierno legítimo, para integrarse en las milicias populares; asilo aunque solo fuese provisional en muchos de los casos, para el resto de los españoles que gracias a ello, lograron salvarse de los improvisados piquetes de ejecución y en el menos fatal de los casos, de las torturas físicas y vejaciones, trágica diversión a la que se entregaron desde el primer momento, los “héros” de la retaguardia franquista.

Esa fue desde el atardecer del domingo diecinueve, la humanitaria misión que la historia de nuestra guerra, tenía reservada a Gibraltar. Misión cumplida solidaria y generosamente por la mayoría de la población gibraltareña en aquellos aciagos días.

Así lo juzgaba y agradecía íntimamente Juan Equis, cuando al abrigo del Peñón, comenzaba a vivir el providencial exilio que sería, lo era ya, punto de partida de una nueva vida pródiga en fecundas y aleccionadoras experiencias que el paso del tiempo le ayudarían a desenvolverse con más seguridad y convicción, en el campo de

las actividades político-sociales y en el absurdo, artificioso y ruín mundo de las intrigas internacionales. Y la primera lección, triste y dolorosa, mas que decepcionante para quien, como era su caso, había creído siempre en el frío razonamiento al actuar en política de los dirigentes de la Imperial Albión, no tardaría en producirse, solo a unas horas de iniciado el hecho criminal de la rebelión contra la República española, cuando parte de la escuadra republicana se vio forzada a fondear en el puerto gibraltareño para carbonear, entretenándose con diferentes pretextos varios días y obligándola finalmente a levar anclas y retirarse sin haber logrado sus propósitos.

Fueron tres o cuatro días los perdidos por nuestros marinos en su infructuosa pretensión. Tres o cuatro días que manejados con “diplomática” habilidad por el Almirantazgo británico, sino influyeron en el resultado final de la contienda, al menos sirvieron de aviso respecto a lo que el pueblo español podía esperar de “democrática” política del imperialismo inglés, en el desarrollo y prolongación de la guerra que, sostenida heroicamente por el pueblo español durante treinta y dos meses, conmovió al mundo y fue en realidad ensayo y preludeo de la gran conflagración mundial, que costaría a Inglaterra de Churchil y Eden y también de aquel almirante británico que se atrevió a sentenciar que la República española no valía la vida de un solo marino inglés, la pérdida de no solo un marino sino de muchos miles, de buena parte de su escuadra, de su imperio además de miles de víctimas inocentes en su retaguardia, de la “couventrización” de pueblos y ciudades del archipiélago y dejando de ser la gran potencia, para convertirse en un segundón que ahora vive a la sombra de sus antes menospreciados primos yanquis.

En evidente contraste con esta acción torpe y suicida, la población gibraltareña cumplió sin regateos, la misión que las circunstancias

le habían reservado. Decenas de lustros de fraternal convivencia entre Gibraltar y La Línea, entre los moradores de Gibraltar y los del Campo de Gibraltar, imponían deberes de solidaridad que los gibraltareños cumplieron sin otras limitaciones que las impuestas por razones elementales de carácter sanitario y de orden público que, por fortuna, siempre fueron respetados, jamás transgredidos. Y a los millares de fugitivos que aprovechando la confusión de los primeros momentos pasaron con la normalidad hasta entonces vigente, por las simbólicas Puertas de Mar y Tierra, se unieron después centenares de campogibraltareños que aprovechando la oscuridad de las noches sin luna, lograban con complicidades o sin ellas, burlar los servicios de vigilancia costera a cargo de carabineros y de inexpertos jóvenes de las Falanges franquistas. Uno o nada, otros en frágiles embarcaciones, lograban alcanzar las playas del Peñón o acogerse transitoriamente al refugio que les ofrecían los diversos pontones anclados en la bahía. Así, casi en un santiamén, la que de momento podía considerarse población flotante, convirtió la calle Real en un río humano de tal naturaleza, que las autoridades locales se vieron obligadas a integrar un Cuerpo de policía constituido por voluntarios, para organizar la circulación, tanto de personas como de vehículos.

Es en ese ambiente, donde Juan Equis desarrolla sus actividades durante los tres primeros meses de nuestra Guerra y lo hace en la justa medida de sus posibilidades, sirviendo como ayudante de un corresponsal de prensa norteamericano, activo y prestigioso colaborador de dos importantes periódicos, uno estadounidense y británico el otro; joven e inquieto periodista, que desde el primer momento del alzamiento militar, se convirtió en un entusiasta combatiente por la causa de la razón y de la justicia, es decir, por la República española.

En esos días y en esa labor, Juan Equis tuvo la oportunidad de presenciar desde las populares murallas de Gibraltar presidida por el monumento a los héroes de la primera Guerra Mundial, cómo, sin tapujos ni caretas, la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, prestaban el invaluable servicio de protección con escuadrillas de sus respectivas fuerzas aéreas, al transporte desde las costas norafricanas al puerto de Algeciras, de unidades moras y del Tercio reforzando así, al Ejército de Franco, refuerzo de tal importancia que sin duda alguna tuvo un papel decisivo en el resultado final de la contienda; ayuda que el cinco de agosto culminó con el tan cacareado “Convoy de la Victoria”, operaciones que sirvieron para reforzar con varios millares de combatientes disciplinados y aguerridos, al “Ejército Nacional”, tan necesitado de este refuerzo en aquellos días. Y también con sorpresa y decepción, cómo el “Hood”, el popular acorazado de la Royal Navy, hundido años después por submarinos hitlerianos, salía precipitadamente de la bahía en misión de ayuda a uno de los Gibel de la naviera Bland, a romper el bloque que unidades republicanas tenían puesto al puerto de Melilla. Del mismo modo y por esos días también, fue Juan Equis igualmente testigo de las acciones del “Jaime I” contra el puerto de Algeciras, donde estaba anclado el cañonero “Eduardo Dato”.

Entretanto, contrariamente a lo supuesto por muchos pronosticadores, no solo de los dos bandos en lucha, sino también de la opinión pública internacional, dando por seguro que el conflicto provocado por el alzamiento militar se resolvería en contados días, la lucha en el territorio español, adquiriría características de una verdadera guerra civil, dura, sangrienta, sin cuartel. Y a la guerra de los frentes se unían los actos vandálicos, las acciones criminales en ambas retaguardias; en una fría, calculada, organizadamente; en la

otra, espontánea, incontrolada, realizada por organismos creados al vapor, o por la acción personal de individuos aprovechándose del río revuelto.

Fue precisamente en esos días, cuando la tarascada del torpe servilismo de los partidarios gibraltareños de Franco, alcanzó a Juan Equis al ser invitado por el jefe inglés de la policía civil, auxiliado en aquel acto por un popular personaje de la sociedad calpense que actuó como intérprete, a abandonar Gibraltar en un plazo de tres días. ¿Motivos?, no ser grato a las vecinas autoridades españolas. La “amable invitación” dejó confuso a Juan Equis. La razón en que se fundaba su expulsión del territorio calpense, no podía ser más insólita. ¿A qué derechas españolas debían complacer?, ¿acaso se trataba de aquellas a quienes representaba un personaje de triste memoria, que por aquellos días hacía periódicas visitas al Peñón al volante de un automóvil requisado a una de sus más recientes víctimas? ¿se refería tal vez al grupo de enfervorizados “patriotas”, que cumplían la “honrosa” misión de liberar a España de sus supuestos enemigos judaico-masónicos-marxistas?. Tan ciegos y sordos estaban aquellos señores que representaban la máxima autoridad policíaca del Peñón, que desconocían los crímenes de toda índole que a diario se cometían al otro lado de la verja, contra hombres y mujeres dignos, estos sí auténticos patriotas, ciudadanos ejemplares, que no habían cometido otro delito que el de amar y servir a España, profunda y apasionadamente, luchando limpia, viril, cívicamente, para legar a sus hijos y a los hijos de sus hijos, una patria digna y progresista, laboriosa y feliz.

¿Cómo podían desconocer aquellos dignos representantes de la hasta entonces admirada, elogiada, por el propio Juan Equis, justicia británica, que tal vez en aquel preciso momento de su insultante

invitación, paseaba la calle Real de La Línea, desde la Plaza de la Iglesia a la Explanada, un gibraltareño, rapada la cabeza en la que hábil peluquero de turno, solo había respetado el cabello necesario para estigmatizar al rojillo calpense con la cruz?

En fin, nueva experiencia, nueva dolorosa lección, ingrata enseñanza, la que acababa de recibir Juan Equis en aquel despacho del Tribunal de Policía del bien amado Peñón. Entristecido pero no abrumado, Juan Equis salió aquel día del otoño andaluz, del edificio policíaco, dispuesto a dar la pelea, alzándose contra la injusta e impolítica invitación de que acababa de ser objeto. ¿Sería también un tiro por elevación contra el corresponsal norteamericano, aprovechando su ausencia en misión profesional en esos días en España?. En su lugar quedaba, siempre que esta ausencia se producía, un amable escritor inglés, hombre de grandes cualidades humanas. Con él comentó Juan Equis la invitación de que acababa de ser objeto. La reacción de su interlocutor no se hizo esperar. Juntos marcharon hacia el palacio del Gobernador de la plaza y tras una visita al Secretario colonial, el valedor de Juan Equis, obtuvo la anulación del perentorio plazo que se le había concedido para que abandonase el Peñón. Pero, la resolución estaba tomada. Obtenida la revocación de la injusta invitación hecha por los representantes de la policía inglesa en Gibraltar, Juan Equis, nada tenía que hacer ya allí. Ahora abandonaría el Peñón por propia decisión, sin verse obligado a cumplir la “invitación” de aquellos que a la larga, si les quedaba un mínimo de pudor, tendrían que avergonzarse de haber actuado como servidores de las derechas españolas.

La mañana del primero de noviembre, Gibraltar quedó atrás físicamente para Juan Equis; solo físicamente. Allí quedaban familiares y amigos entrañables y con ello el noble y solidario pueblo

gibraltareño, al que también llevaba con gratitud en el pensamiento y en el corazón. Horas más tarde empezaría para él una nueva vida. La suerte estaba echada; su suerte sería la de España, la de la España errante y peregrina, que por algunos lustros la historia tenía reservada nuevamente en este siglo a millares de españoles.



CAPÍTULO V

EN LA ZONA REPUBLICANA



## C A P Í T U L O V

### EN LA ZONA REPUBLICANA

La capital malagueña fue nuestro primer contacto físico, directo, con la guerra y sus dolorosos efectos. Atracado al muelle, cercano al lugar en que acabábamos de descender del destructor de la marina británica que nos trajo de Gibraltar, una pequeña unidad de la escuadra republicana, apuntaba, presta a funcionar si el caso lo requería, la ametralladora antiaérea emplazada sobre su cubierta. Mi tío Adolfo, el joven bancario Luís Romero Vázquez y yo, que nos constituímos en un grupo entre el centenar de españoles, en su mayoría linenses, que habíamos dejado nuestro temporal refugio en Gibraltar, solo unas horas antes, nos dirigíamos al centro de la bella capital malacitana. En Luís encontramos una eficaz ayuda, orientándonos en nuestros primeros pasos por la España en guerra. Para él, la situación de la zona republicana era suficientemente conocida ya que su reciente estancia en Gibraltar, había sido solo transitorio, procedente de la zona en lucha.

En esos días y por la cruel realidad de las circunstancias, Málaga había dejado de lucir las galas que le conquistaron, en justicia, el sobrenombre de la “bella”, para convertirse, como lo era de hecho, en retaguardia del cercano frente de guerra, cuyo punto neurálgico se hallaba en Estepona, y en el cual, encuadrada en las milicias populares una vez burlada la vigilancia de las falanges, buena parte de la juventud linense y al frente de ella el subteniente Gabriel Sánchez y el sargento Sacramento, daban fe de la arraigada e indeclinable convicción democrática progresista de nuestro pueblo, de la que en

esos días era insustituible abanderada la República del 14 de abril.

Para mi tío y para mí, el punto de destino era Madrid. Para Luís Romero, el frente granadino. Por tanto, continuaríamos juntos por vía marítima hasta Cartagena utilizando la embarcación que en travesía nocturna unía los diversos puertos españoles del litoral mediterráneo. A este efecto, una vez instalados transitoriamente en la capital malagueña, nos dedicamos a hacer las gestiones necesarias para continuar el viaje hacia los respectivos lugares de destino. Y empezaron los encuentros con paisanos, que desde ese día no habrían de faltar en mis recorridos por la zona republicana durante el resto de la guerra. En el Gobierno Civil, el jefe de la sección de milicias encargado de la guardia, era un linense y con él, prestaban aquel día esa guardia otros paisanos.

Aquella noche partimos hacia Almería en tránsito a Cartagena, y en la capital andaluza se repitió el encuentro con otros paisanos enrolados en servicios militares de obligada necesidad tanto en el frente como en la retaguardia.

No había lugar a dudas, la presencia de La Línea, era cada vez más patente. En aquellos días memorables, nuestro pueblo continuaba fiel a sus principios políticos sociales y ahora, no lo hacía por medio de la blanca papeleta del sufragio con lo que nada o poco se arriesgaba, sino con la exposición de la vida, con la ofrenda de la propia existencia, jugándose en aquella especie de ruleta trágica, que era el campo de batalla o el de los exterminios nazis, que también se dió, o en las prisiones del franquismo frente a sus pelotones de ejecución.

En Cartagena se dividió nuestro grupo. Luís Romero marchó a su destino en el frente de Granada; mi tío y yo salimos en tren, aque-

lla noche, hacia Alcázar de San Juan, desde donde al día siguiente, continuamos por carretera nuestro viaje a Madrid, en aquellos días estimados por el enemigo presa segura. Tan seguro de ello estaban que para celebrar su conquista ya habían colocado adornos verbeneros en muchas ciudades de la España sometida, utillaje de guardarropía teatral que el tiempo deslució y que, apenas en algunos casos, pudieron usarse veinte meses después, cuando agotada la resistencia y con la torpe colaboración de las divisiones internas en el campo republicano, el glorioso Madrid de aquel heróico siete de noviembre, vio mancilladas sus calles y plazas por falangistas, moros y unidades del ejército italiano, apoyados por combinaciones de las fuerzas aéreas del nazismo alemán y del fascismo italiano. ¡Ay, aquel Madrid admiración y orgullo del mundo, el Madrid del popular y emotivo romance de Alberti!.

Madrid nos recibió a oscuras, como consecuencia de las medidas adoptadas por el Gobierno en prevención de ataques nocturnos de la aviación nazi-fascista al servicio de Franco, ante el ataque de las cuatro columnas “nacionalistas” que avanzaba sobre la capital. A oscuras, pues, nos dirigimos hacia el centro de Madrid, para buscar hospedaje en la pensión de la calle Concepción Arenal, mi habitual resistencia en las cortas estancias que durante los últimos años tuve en la capital. Y, ¡oh, decepción!. Aquella pensión en la que siempre recibí una atención de carácter familiar, así como las otras instaladas en el mismo edificio, habían dejado de funcionar.

Ante la necesidad de resolver el problema, dadas las circunstancias, recordé que al frente de un colegio de la Junta de Protección de Menores, estaba el Maestro nacional José Rodríguez Vargas que acababa de hacer su año de prácticas en La Línea. Intenté pues, entrar en contacto con él telefónicamente. Atendió mi llamada Pilar,

también maestra con destino en nuestra ciudad y en aquel momento encargada del pabellón de niñas de la propia institución. Al conocer el objeto de la llamada, su reacción no se hizo esperar. “Pepe no está. Se halla en el frente cercano como voluntario, pero no te preocupes, voy para allá y veremos como resolvemos lo de tu alojamiento”.

En unos minutos el problema quedó resuelto y para mí fue el prólogo de una parte interesante, apasionada y fecunda de mi existencia.

El encuentro con Pilar y el de unos días después con Pepe, éste de regreso ya del cercano frente, propició mi ingreso a un puesto administrativo en el departamento de Evacuación de niños de la Junta de Protección de Menores, organismo en el que estuve colaborando unos meses hasta que, por un hecho casual tuve la suerte de un encuentro con Ramón Puyol que me proporcionó conseguir la oportunidad, vehementemente anhelada por mí, de trabajar como profesional del periodismo en la prensa madrileña. En efecto, gracias a su intervención, ofrecida espontáneamente, horas después quedaba adscrito como reportero de “MUNDO OBRERO”, iniciándose así, mi paso por la prensa madrileña, en cuya actividad permanecí totalmente integrado hasta el final de nuestra guerra. De esta forma, además de la satisfacción personal que para mí representó esta actividad, La Línea también estuvo presente en la prensa de la capital española, en esos días tan difíciles para nuestra patria, y no sólo lo fue por mí, sino también lo estuvo por Ángel María de Lera, que aunque no nacido en nuestro pueblo, a él llegó casi adolescente y en La Línea residía aquel funesto 18 de julio, de lo que es irrefutable testimonio su galardonada novela “LAS ÚLTIMAS BANDERAS”.

CAPÍTULO VI

A TRAVÉS DE LA ZONA  
REPUBLICANA



## C A P Í T U L O   V I

### A TRAVÉS DE LA ZONA REPUBLICANA

Aquellos días viví una maravillosa experiencia, como linense y como español. Como linense, porque tuve la oportunidad de comprobar la presencia viva entusiasta y heroica de la juventud de nuestro pueblo, en la desigual lucha que lo mejor de España, sostenía frente a la confabulación organizada sin caretas por el nazi-fascismo internacional, y de forma sinuosa, pérfida, por la llamada democracia occidental con sus Blum y sus Chamberlain y aquel prodigio de su diabólica invención que crearon con el mote de “Comité de No Intervención” . Y como español, por que tuve la dicha de sentirme parte de un pueblo maravilloso, lleno de defectos, pero poseedor de un admirable espíritu de heroísmo y sacrificio, capaz de transformar sobre la marcha y las diarias derrotas, un puñado de indisciplinados milicianos en un combativo Ejército Popular, que luchaba contra viento y marea, poco menos que inerme, comparado con el enemigo que tenía enfrente, con los bien organizados ejércitos de Franco y Mussolini, perfectamente pertrechados y apoyados por la potencia aérea de Hitler.

Ser hijo y parte de un pueblo creador , hermano de hombres y mujeres, que sabían soportar estóicos y abnegados, privaciones y bombardeos con firmeza inquebrantable, con admirable optimismo y conmovedora fe, en la victoria de una causa que solo tenía como meta y única aspiración, conquistar para todos los españoles, una nueva vida ausente de luchas fratricidas, donde todos, a lo largo y a lo ancho de esta piel de toro, unidos en un afán común y bajo el nombre de España, organizar un estado nuevo, capaz de asegurarnos a todos el pan, la paz y la justicia social.

En efecto; debo esa gran oportunidad al PCE, mi partido, al elegirme para una misión especial, que me haría recorrer, en un viaje de cuarenta días el ya, por entonces, reducido territorio de la zona centro-sur, en poder de la República. Se trataba de acompañar a Matilde, brillante universitaria y entusiasta camarada, para entrar en contacto personal, con los responsables del Servicio de Información Popular creado en todos los pueblos de la España Republicana, sin excepción de ninguna clase o consideración. La función de aquellos comités locales, era mantener vivo el entusiasmo y la fe en el triunfo de la causa popular.

La misión encomendada a Matilde era de carácter oficial; la mía exclusivamente política. Ella informaría en las asambleas provinciales previamente convocadas, sobre los fines perseguidos por el Gobierno al crear los Comités Locales de Información Popular, dándoles orientaciones sobre la forma de realizarlos con mayores posibilidades de éxito, teniendo en cuenta las peculiaridades de cada localidad, a cuyo se efecto se había documentado, documentación recogida en cientos de cuartillas, respecto a las características económico-sociales de las provincias a visitar, así como de sus problemas más apremiantes y posibles formas de ayudar a resolverlos por medio del trabajo encomendado a los citados Comités Locales de Información Popular. Por mi parte, la labor a realizar era, como queda dicho, puramente política. Mis contactos serían exclusivamente con los organismos del Partido y grupos afines para explicarles la importancia que el Gobierno y el propio Partido concedían a la labor encomendada a aquellos comités y exhortarles a que se ligaran con entusiasmo a esto, para asegurar su eficacia, como un efectivo servicio a la causa popular.

Impuestos de la misión que cada uno de nosotros debía cumplir,

decidimos emprender viaje a Valencia, en el coche que, a tal afecto, destinó a este servicio la Dirección de Prensa y Propaganda. Y para la bella capital levantina salimos en la obligada compañía del chófer y de un viejo experto fotógrafo. Así empezó nuestro peregrinar por los caminos de la España en guerra, en un recorrido de cientos de kilómetros que nos obligaría a la forzada intimidad de muchas horas de convivencia en el reducido espacio del vehículo que nos llevaría a las ciudades que debíamos visitar como finalidad de nuestro viaje. Y éramos cuatro personas, hasta sólo unas horas antes, completamente desconocidas entre sí. Generalmente, el fotógrafo viajaba junto al chófer y Matilde y yo en la parte posterior del coche. Si bien eran muchas las ocasiones en que las charlas se generalizaban, no eran pocas las que se entablaban exclusivamente entre el chófer y el fotógrafo o entre Matilde y yo, por separado. En estas circunstancias, cuando no se trataba de comentarios relacionados con la guerra o el trabajo que íbamos a realizar, la charla discurría sobre temas triviales. A medida que pasaban las horas de viaje, empecé a observar en Matilde cierta curiosidad por conocer, sin atreverse a plantearlo directamente, algo sobre mi personalidad. Naturalmente yo le hablaba entonces sobre aspectos de mi infancia y juventud, sin dar mayor importancia a aquella curiosidad, ya que no existía en mi vida ningún aspecto sobresaliente ni interesante. Por su parte, ella me hablaba de su juventud transcurrida en su ciudad extremeña, de las inquietudes políticas de su familia y de ella misma. En este último aspecto, noté que ponía un acento especial a lo que, de momento, no concedí mayor importancia si bien, pude constatar después, la tenía, ya que en su propósito estaba el descubrir en mí algo que la preocupaba. La razón la encontraría algunos días después. De momento la única importancia que le atribuí a aquella curiosidad era ese pecadillo femenino, muy explicable en nuestro caso, pues empezaba un largo viaje con alguien a quien le presentaron como

“un buen camarada”, hacía escasamente cuarenta y ocho horas.

Cumpliendo nuestro plan permanecemos dos días en Valencia, en los cuales tuve oportunidad de saludar a muchos paisanos, unos destinados en Valencia, algunos otros disfrutando de cortas licencias, procedentes de los frentes cercanos. Como es natural, nos saludábamos con efusión, cruzábamos unas palabras y apremiados por la presencia de Matilde y el trabajo que allí nos había llevado nos despedíamos con el mismo cálido afecto.

Estos encuentros, tan repetidos, llamaron la atención de Matilde, quién aún no se atrevía a formularme ninguna pregunta sobre ello.

Terminada nuestra misión en Valencia, reiniciamos el recorrido de acuerdo al programa previsto. Y celebramos las asambleas convocadas en Sagunto, en Ocaña, en Cuenca y en Guadalajara. Y en Sagunto, en Cuenca, y en Guadalajara además de comprobar que el Servicio de Información Popular funcionaba todo lo bien que podía esperarse, teniendo en cuenta las condiciones especiales en que se veían obligados a actuar los respectivos Comités Locales y de admirar la capacidad creadora de mucha gente de este desconcertante pueblo español, cuando se entrega con entusiasmo a una tarea que le apasiona; en todas esas ciudades, sin una sola excepción, se produjeron nuevos y efusivos encuentros con linenses. Matilde seguía callada, asombrada y expectante. Por fin, el velo misterioso que cubría para ella aquellos reiterados encuentros, en cuantos lugares íbamos visitando, se rasgó en Ciudad Real. Allí se repitió un nuevo encuentro con paisanos y la curiosidad de Matilde fue más fuerte que la voluntad de su discreción.

Al final de cada jornada, mientras a falta de un buen café, tomába-

mos una taza de malta después de la cena, acostumbrábamos a cambiar impresiones sobre las incidencias del día. Aquella noche, aprovechando que el chófer y el fotógrafo salieron a pasear por la ciudad, Matilde prefirió abordar, de una manera franca, la interrogante que le acuciaba. ¿Quién era yo? ¿Cuál mi verdadera personalidad?.

Sus preguntas me sorprendieron, por lo inesperadas. No obstante, reaccioné rápidamente y se entabló entre nosotros con vivo diálogo, que pronto despejó todas las incógnitas, las que eran para ella y también las que eran para mí.

En Matilde, una militante disciplinada y firme, el partido y sus dirigentes ejercían extraordinaria fascinación. Cuando le anunciaron que yo le acompañaría, se limitaron a informarle que se trataba de un buen camarada en el que debía de confiar y apoyarse en caso necesario. No le dieron más explicaciones, salvo que trabajaba en la prensa del partido.

Comenzó nuestro viaje y se produjeron mis encuentros con paisanos a lo largo de todo el recorrido desde Valencia a Ciudad Real. Parece que en esos encuentros, siempre accidentales, si había oportunidad de hacer las rutinarias presentaciones, me limitaba a dar los nombres de los presentados, sin hacer referencia alguna al paisanaje y como aquellos encuentros no faltaron en ninguna de las localidades de nuestro recorrido, Matilde empezó a creer que su compañero de viaje era uno de esos personajes con una extraña personalidad a los que le gusta pasar desapercibidos, para mejor servicio de la causa.

Aclarado el misterio de mi supuesta extraña personalidad, La Línea sería ya, en el resto del viaje, tema de muchas charlas, fuera de

los obligados comentarios sobre la misión política que nos había reunido. Y los encuentros con paisanos continuaron en Albacete y Murcia, en Jaén, en Villanueva de Córdoba, en Baza y en Alicante, y en esos encuentros constituían ya algo que ponía una nota pintoresca y alegre en nuestro deambular por la España republicana.

En Almería el encuentro funcionó como si se hubiese buscado en él un espectacular efecto teatral. Durante los dos días de permanencia en aquella capital andaluza, no tuve oportunidad de saludar a ningún paisano. Nos disponíamos a abandonar el hotel y Matilde reparó en que por primera vez en aquel largo viaje, que ya estaba a punto de terminar, me habían fallado los paisanos. El coche nos esperaba a la puerta del hotel, presto a dejar la ciudad que los árabes llamaron Espejo del Mar. Mientras acomodábamos nuestras maletas, Matilde bromeaba compadeciéndome por aquella ausencia y de pronto, como por arte de magia, dos guapas muchachas, no es necesario decir que linenses, se dirigieron hacía mí para saludarme, alegres por el inesperado encuentro. Orgulloso, triunfador, me dirigí a Matilde:

- Aquí las tienes. Dos lindas jóvenes de mi tierra. La Línea no me podía fallar.

Pero la historia no termina aquí. Nuestro peregrinar por aquellas provincias de la España republicana, llegó a su fin. Regresamos al heroico Madrid que en aquellos días asombraba al mundo, vivo ejemplo de un pueblo que resistía valiente, con abnegación los criminales embates del nazi-fascismo internacional. Al Madrid sitiado, al Madrid heroico, todavía en aquellos días baluarte inexpugnable de la libertad, cuyo valor y abnegado espíritu de sacrificio, como suma y esencia del corazón de España, era ejemplo para otros pueblos del mundo, que hacían suya la decisión del ¡NO PASARÁN!.

De aquel siete de noviembre, madrileño y español.

Ya en la capital, Matilde y yo nos repartimos el trabajo para la redacción de los respectivos informes que debíamos rendir sobre las experiencias obtenidas en nuestro viaje. Pero ella, con aquel enorme sentido de la responsabilidad que la caracterizaba, estimó que su trabajo quedaría incompleto si no se rubricaba con el fruto de la experiencia personal directa, realmente vivida, en un pueblo perdido, cercano a cualquiera de los frentes de lucha. No lo pensó mucho, escogió uno de la provincia de Cuenca y para allá partió, dispuesta a vivir entre sus moradores varios días. A su regreso, apenas llegada a Madrid, se puso en comunicación telefónica conmigo. Tenía muchas cosas que contarme. Su viaje había sido sumamente fructífero, pero había una anécdota cuyo relato no podía dejar de hacerme sin más dilación. Y aquí viene el final de esta historia.

El viaje resultó muy accidentado. El pueblo estaba en plena zona de guerra. Malas carreteras y peores caminos vecinales. Se acercaba la noche y todavía faltaban muchos kilómetros para llegar al punto de destino. Una patrulla de soldados le salió al paso, exigiéndole la presentación de los obligados salvoconductos. Se identificaron sin problemas y el jefe de la patrulla les condujo al puesto de guardia, donde podían cenar y pasar la noche, ya que no era recomendable seguir el viaje a esa hora. Los integrantes de la sección militar encargada de la vigilancia y la seguridad de la zona, acogieron a Matilde y a sus compañeros, -el fotógrafo y el chófer-, con cordialidad y camaradería. La conversación se generalizó enseguida. Matilde observó que entre aquella veintena de soldados abundaban los andaluces. Esto le trajo el recuerdo de las peripecias de nuestro viaje y humorísticamente, pregunto: veo que hay muchos andaluces, pero ¿a que no hay ninguno de La Línea?. Para su sorpresa y también

para su alegría, alguien, feliz y orgulloso, exclamó; ¡como no! ¡aquí estoy yo!.

La voz que se oyó, fue la del teniente Fernando González, practicante de profesión y el jefe de aquel destacamento del Ejército Popular. Un joven vinculado a una conocida familia linense, cuyo tío, Juan González Bautista, fue también practicante, muy popular en el primer tercio de nuestro siglo.

Y Matilde, aquella bondadosa y ejemplar camarada, sabiendo que con ello me daría una gran satisfacción, se apresuró a relatarme el episodio, que rubricaba su experiencia sobre la admirable presencia de La Línea en la batalla que el pueblo español libraba aquellos días, por la libertad y la República.

## CAPÍTULO VII

AQUELLA SEMANA DE MARZO



## C A P Í T U L O   V I I

### AQUELLA SEMANA DE MARZO

María Luisa Carnelli, poetisa y escritora argentina, autora de inspiradas letras de tangos famosos, mi compañera en EL SOL, como excelente reportera y corresponsal en el frente, al partir para su amada Argentina, nos cedió a Pilar y a mí un pequeño, pero coquetón departamento en la calle Porlier y, con el, nos entregó la autorización para retirar del servicio postal los envíos de ayuda que recibía periódicamente de familiares y amigos, procedentes de su país natal. Acabábamos de retirar el primer paquete, bastante bien surtido, con viandas y cuchерías, desaparecidas totalmente del comercio madrileño y, por tanto, un apetitoso manjar, que rompía la monotonía de nuestros limitados menús de guerra.

Para celebrar el acontecimiento y disfrutarlo con amigos con los cuales compartíamos alegrías y tristezas, ilusiones e inquietudes, dudas y esperanzas, nos reunimos tres matrimonios para hacer honor al obsequio de María Luisa. La cena transcurrió alegre, divertida. Como siempre, Ramón y Teo, nos regalaron con la salsa de su ingenio. Había llegado la hora del café, café casi olvidado por nuestros paladares, que se anunció inconfundible con su aromática fragancia y, cuando era mayor la animación, sonó una, dos, tres veces, el timbre del teléfono. Tomé el auricular y una voz conocida urgía nuestra presencia en el periódico

Ni siquiera intenté preguntar la causa; sabía que vivíamos momentos críticos y la discreción era obligada. Comunicqué a Teo y Ramón la convocatoria, que atendimos de inmediato. Al llegar a la calle de Alcalá empezamos a comprender. Una larga fila de ca-

miones del Ejército, transportando soldados con equipo de combate se dirigía hacia el centro. En la sala de Consejos de la redacción de “MUNDO OBRERO”, ya estaba reunidos la mayoría de nuestros compañeros, bajo la presidencia de Ramón Ormazábal, a la sazón director de nuestro periódico. Le comentamos el desfile de fuerzas que acabábamos de observar. Ormazábal se puso inmediatamente en contacto telefónico con la dirección del Partido, donde confirmaron la noticia. Aquello era el prólogo de grandes acontecimientos, cuyo final era imprescindible.

Existía en proceso una dolorosa conspiración contra el Gobierno y los fusiles tenían como principal objetivo al Partido Comunista, que apoyaba a Negrín en su decisión de continuar la lucha, hasta el final victorioso o una paz dignamente negociada.

Era pues evidente, que los acontecimientos se precipitaban. Una vez más en la historia de España, los mandos profesionales del Ejército, en esta ocasión con el apoyo de algunos dirigente republicanos, socialistas y confederales, así como unidades comandadas por antiguos jefes de milicias, encabezaban una sedición contra el Gobierno legalmente constituido.

Después de escuchar un conciso informe del camarada Ormazábal, sobre los problemas de la nueva situación planteaba a la causa popular y en particular a nuestro Partido y, estimándose, que uno de los posibles objetivos de los sediciosos podría ser la ocupación de la redacción y los talleres de MUNDO OBRERO, se organizó la defensa del edificio, tan cercano al Palacio de Comunicaciones.

Quedó a mi cargo la vigilancia de la azotea y allí establecí mi puesto de observación, en la caseta que servía de remate al cubo

del ascensor. La soledad invitaba a la meditación y ésta me llevó a intentar un análisis sereno de la situación por la que atravesábamos en esas horas inciertas en las cuales tantas cosas importantes estaban en juego, para el porvenir de la República y la suerte de millones de españoles.

Pasada la media noche, un compañero se apresuró a traerme la noticia. El levantamiento era un hecho. Radio Nacional había dado a conocer el manifiesto de los sublevados.

El Coronel Segismundo Casado acaudillaba el nuevo golpe militar. Este caudillaje no me sorprendió. Unas semanas antes tuve una desagradable experiencia personal. Fue en la posición “Jaca” en la legendaria Alameda del Duque de Osuna, con motivo de una reunión a la que fuimos convocados los directores de los diarios madrileños. En ella expuse a Casado mi extrañeza por la actitud del Gabinete de censura, que tachó totalmente dos editoriales de EL SOL, en los cuales y en la línea de resistencia del Gobierno, denunciaba la represión de que estaban siendo víctimas nuestros hermanos de Cataluña, a raíz de la caída de aquella región en manos de las tropas nazi-fascistas. Airadamente, Casado replicó que la censura se había limitado a cumplir órdenes, ya que no era cierto que se estuviese realizando por las tropas franquistas, ninguna clase de represión y mucho menos en el grado denunciado en los editoriales censurados. Aquella declaración sorprendió a muchos de los presentes. A mi me dejó confundido. ¿Cómo era posible una actitud de aquella naturaleza, cuando la experiencia demostraba lo contrario de lo que Casado afirmaba tan vehementemente?. Los sucesos de esta noche de marzo de 1936, lo aclaraban todo. La preparación de este levantamiento contra el Gobierno presidido por Negrín, ya se venía maquinando hacía tiempo.

A las cuatro de la mañana llegó mi relevo y con él una noticia, que, por lo inesperada, me sorprendió, justo es decirlo, gratamente, ya que se me tenía en cuenta en aquel momento crucial para nuestra causa. Había sido designado para hacerme cargo de la jefatura de prensa del Comisariado del Ejército, cargo del que debía tomar posesión inmediatamente. Las circunstancias por las que atravesaba Madrid en esos momentos aconsejaban la mayor discreción en nuestros desplazamientos. Una joven camarada, me aguardaría paseando ante la fachada principal del Palacio de Comunicaciones, sirviéndome de guía para conducirme al puesto de mando del Teniente Coronel Luís Barceló, en aquellos momentos jefe de las fuerzas leales al gobierno, en la zona Centro.

A la convenida me dirigí al encuentro de mi guía e identificados mutuamente a discreta distancia, por medio de la señal convenida, ella cruzó a la acera izquierda de la calle Alcalá en dirección a las Ventas. En el camino presencié un espectáculo deprimente. Por el centro de la calle, en forma ostentosa, pero ante la elocuente indiferencia de los transeúntes, caminaban en dirección a la Puerta de Alcalá los miembros del Consejo de Defensa con el General Miaja y el Coronel Casado al frente, tal vez pretendiendo dar la sensación del absoluto dominio de la situación.

Mañana soleada, la gente llenaba las aceras para disfrutar del grato calorcillo del invierno que languidecía. Fue una larga caminata, hasta llegar a las proximidades de Ciudad Lineal. Allí terminaba la misión de la joven guía. Pasamos a un edificio ocupado por la agrupación de guerrilleros. Una grata sorpresa me aguardaba. Encarnación, destacada activista del partido, con la que años más tarde me reencontraría en México, y Matilde, a quién no había vuelto a ver desde el final de nuestro recorrido por la zona republicana, serían

las encargadas de conducirme al hotelito donde Barceló tenía establecido su puesto de mando. Acompañaban a Barceló, el comisario Conesa e Isidro Diéguez, miembro del Buró político del Partido.

De momento, mi papel resultaba el de mero espectador, en espera de que el desarrollo de los acontecimientos me facilitara material para entrar en acción. Pendientes del teléfono y la radio, así como de las noticias que nos llegaban a través de los “enlaces” de las unidades que se mantenían leales al Gobierno, podíamos darnos cuenta de las dificultades del momento que estábamos viviendo.

Negrín, que la noche anterior había fracasado en su intento de convencer a Casado para que depusiera su actitud, realizaba nuevas gestiones, dispuesto a llegar a un entendimiento con la Junta, que permitiese una salida airosa a esa situación y con ello, hacer posible, el evitar la absurda división en el campo republicano, que sólo beneficiaría a nuestros enemigos. Ante la obstinación de Casado y sus seguidores, en la que destacaba la irreductible posición de Basteiro, la lucha se generalizó y las calles de Madrid se convirtieron en campo de batalla, con intervención de tanques y artillería.

A mediodía del martes pasé, por primera vez en mis treinta y tres años de existencia, una experiencia por fortuna fugaz y sin mayores consecuencias; la de mi detención por una patrulla de carabineros.

Mi carnet de director de EL SOL, podría facilitar mis movimientos en Madrid, donde la situación era confusa, pues tanto los locales como los puestos de vigilancia cambiaban de manos en cuestión de minutos. Y al centro de la capital me dirigí para cumplir una misión urgente cerca de la dirección del Partido. En las proximidades de la Puerta de Alcalá, una patrulla de carabineros me dio el alto. El

sargento que la mandaba, sin hacer caso del carnet que le mostraba, me detuvo, así como al chófer, mi compañero de expedición. Tuvi-  
mos suerte. Nos condujeron al local de la calle Serrano que ocupaba  
la delegación del Partido, precisamente mi punto de destino, toda-  
vía en “zona leal”. Y cumplida la misión que allí me llevó, regresa-  
mos sin novedad al hotelito de la Ciudad Lineal, donde se realizaban  
preparativos para trasladar el puesto de mando al Palacio del Pardo,  
hacia donde nos dirigimos, en varios tanques, aquella noche.

Dos compañeros de la prensa del partido se encontraban allí.  
Pronto dispusimos de una emisora de campaña, con la que Jaime,  
Juan José y yo, empezamos a emitir informaciones sobre la lucha  
en Madrid, explicando al mismo tiempo, cual era la posición del  
Gobierno. Esa fue la pobrísima labor que desde este nuevo puesto  
pude realizar aquellos días.

Fue para mí, aquella noche, febril y excitante. Estaba convencido  
de que los próximos días, quizás las próximas horas, serían decisivas  
para el porvenir de nuestro pueblo y, tal vez, para mi propia exis-  
tencia.

Las primeras claridades del amanecer del miércoles, me sorpren-  
dieron cerca del aparato emisor, sin haber intentado descabezar el  
sueño. Los combates continuaban dentro de la capital. A medida  
que avanzaba el día, las noticias que llegaban de la lucha en Madrid,  
apuntaban al próximo triunfo de nuestra causa.

Poco duró nuestro optimismo. Casado recibió refuerzos y pudo  
dominar aquella situación, resolviéndola a su favor. Este repentino  
cambio, vino a acabar con las últimas esperanzas. Ya no había duda.  
El final, triste, doloroso irremediable, estaba cercano. Se palpaba.

Sería totalmente inútil intentar modificar el curso de aquello que empezaba a ser historia. Rota en dos la fe republicana, el espíritu del Ejército Popular, nacido de las heroicas milicias de los primeros días de nuestra Guerra, toda lucha sería estéril. Estábamos sirviendo, de hecho ya lo habíamos servido en bandeja de plata, a nuestros enemigos, un hermoso final para ellos.

El jueves y el viernes transcurrieron en inútiles negociaciones. En realidad poco o nada quedaba por hacer. Ni siquiera la posibilidad de conseguir el último recurso: la evacuación organizada de quienes quisieran ponerse a salvo de la represión franquista. La torpe división de nuestro campo, aquella lucha fratricida a que estábamos entregados en esas horas, solo beneficiaba a nuestros enemigos. Las consecuencias de nuestras torpezas, no tardaríamos en pagarlas a un costo muy alto. Nos estábamos entregando, atados de pies y manos, a nuestros implacables vencedores, a sus campos de concentración, a sus prisiones, a sus pelotones de ejecución. Porque venciese quien venciese de los dos bandos republicanos, todos, absolutamente todos, seríamos los perdedores.

Avanzaba la madrugada del viernes al sábado. Desde que salí de casa en la noche del domingo, no había hecho un solo sueño normal. El cansancio me rendía. Salí a dar un paseo por el patio del Palacio. Allí sucedió algo providencial. Uno de los soldados que hacía guardia salió a mi encuentro. Era un paisano, que acudió a saludarme con la alegría del imprevisto encuentro. Ya éramos dos los linenses presentes en aquella fecha histórica en aquel lugar, en el último reducto de la lealtad republicana. Al notar mi cansancio, casi mi agotamiento, me ofreció un camastro para que descansara un rato. Acepté el ofrecimiento, me tendí en aquel duro lecho, colchón de plumas para mí, y el calorcillo del capote-manta con que me cubrí,

me sumió en un sueño profundo.

Cuando desperté todo había terminado. En el patio empedrado del Palacio todo era desorden. Un camión del Ejército, se disponía a partir para Madrid con un grupo de soldados y oficiales, unos deseosos de reintegrarse a sus hogares y los más, para evitar ser hechos prisioneros por nuestros circunstanciales adversarios. Decidido a integrarse en aquel “sálvese el que pueda”, hallé a mi amigo Juan José, al que también había rendido el sueño la noche anterior. Al despertar, su sorpresa fue idéntica a la mía, pero él, más madrugador, alcanzó a conocer algunos detalles de aquel final, no por esperado menos doloroso. La decisión no fue fácil, la amarga realidad se impuso. Sería demencial prolongar la lucha, que a nada positivo nos conduciría. Hecha pedazos la unidad política, debilitada por los enfrentamientos de aquellos días la moral de nuestros soldados, nada quedaba por hacer. En manos de la Junta de Casado y sus seguidores, quedaría la responsabilidad de la evacuación al extranjero de los patriotas que no desearan caer an las garras del franquismo.

Con la decisión de no prolongar más aquella situación, se tomo el acuerdo de abandonar el Palacio del Pardo, por los medios que cada uno tuviese a su alcance. Barceló y Conesa decidieron hacer frente a sus responsabilidades. Su gesto les costaría la vida días después. Un Consejo de Guerra les condenó a muerte y su ejecución fue inmediata.

El conductor del camión tomó su puesto frente al volante. No había tiempo que perder. Juan José y yo nos incorporamos a la expedición. Una avería fortuita, tal vez un hábil sabotaje, hicieron fracasar los intentos del chófer. Corría implacable el tiempo y empezamos a perder la esperanza de viajar en aquel camión. Pasaron diez, quince

minutos; el motor seguía resistiéndose a cumplir con su misión. Juan José y yo no aguardamos más. Dejamos el camión y a pié nos dirigimos por la arbolada carretera que unía el Palacio a la general de Madrid. A mitad del camino nos cruzamos con un batallón del Cuarto Cuerpo, que llegaba con la misión de ocupar el Palacio del Pardo. La suerte estaba echada; no podíamos, pues, retroceder. Cruzamos por entre las dos largas filas que marchaban por los laterales. Una voz, salida de las filas, me detuvo en seco. Alguien me había reconocido. Efectivamente, un paisano, viejo cenetista, se dirigía con gesto cordial hacia mí. Tras un breve saludo se limitó a darme un abrazo y a desearme suerte.

Seguimos nuestros respectivos caminos. Su gesto me emocionó. Callado, sin expresión exterior, una reflexión acudió a mi mente. Dos linenses hallé en aquellas horas cruciales. De los dos guardo el mejor de los recuerdos, aunque la esponja de la arterio-esclerosis haya borrado de mi memoria sus nombres. El primero, al cederme su camastro de soldado republicano, me libró de ser un testigo más de las horas amargas en las que se decidió poner fin a nuestra lucha; el otro, con su gesto comprensivo y generoso, al poner por encima de toda otra consideración, la de la amistad y el paisanaje. Y gracias a ellos, uno en mi propio bando, el otro en el de los adversarios, hoy puedo testimoniar que La Línea también estuvo presente, en aquellos días de marzo, en los que se escribieron las últimas líneas de un capítulo memorable de la historia de España, tan importante, no sólo para nuestro pueblo sino también para el mundo.

Tuvimos suerte. Al llegar al entronque de la carretera general, otro camión militar vino a nuestra ayuda. En la Glorieta de Bilbao, nos despedimos Juan José y yo.

En el departamento de la calle de Porlier, encontré firme, segura de mi regreso, a Pilar, a quién seguían acompañando, en un gesto solidario y de sincera amistad, Ramón y Asunción.

Quince días más tarde, José Rodríguez Vargas, mi cuñado, Inspector General de Milicias de la Cultura del Ejército de Levante, portador de documentación adecuada para los dos matrimonios, viajó desde Valencia, facilitando nuestra salida, sin problemas, de Madrid, rumbo a la capital levantina.

El telón del segundo acto de la tragedia -la última parte empezaría inmediatamente después, en el puerto de Alicante-, caía. El primero de abril del año mil novecientos treinta y nueve empezaba para España el amanecer franquista. ¡Tristes amaneceres!, para muchos miles de españoles, en los cuales, casi al unísono con las descargas de fusilería en los pelotones de ejecución, muchas gargantas de héroes, lanzarían al aire, viriles, sus últimos gritos de ¡Viva la República!.

## CAPÍTULO VIII

LA LÍNEA TAMBIÉN ESTUVO  
PRESENTE EN LAS PRISIONES  
DEL FRANQUISMO



## C A P Í T U L O   V I I I

### LA LÍNEA TAMBIÉN ESTUVO PRESENTE EN LAS PRISIONES DEL FRANQUISMO

Aquel amigo, amistad forjada en años de cautiverio en el “Departamento Especial” creado por la Dirección General de Prisiones para el aislamiento de los condenados por el Tribunal especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, tenía razón sí; la tuvo y sobrada, cuando paseando por el amplio patio de la Prisión Central de Burgos, con destino exclusivo para nosotros, me aseguró firmemente convencido de ello, que alcanzada la libertad y a medida que el tiempo transcurriese, iríamos olvidando las tragedias vividas entre los muros sombríos de las prisiones que nos había tocado conocer y padecer, nuestros sufrimientos físicos y morales, las vejaciones padecidas, los días de hambre y privaciones de todo tipo, para recordar, si no solo y exclusivamente, si de modo preferente, sin amargura, olvidado el rencor, los buenos ratos en los años de prisión, gracias a la convivencia fraternal con tantos compañeros admirables y a los extraordinarios recursos de autodefensa que, sin percatarnos de ello, tiene el hombre en su yo interno, para no dejarse vencer en las situaciones difíciles, singularmente en los largos días de prueba que nos tocó vivir.

Estas reflexiones vienen a cuento al hacerse presente en este preciso momento, en que me dispongo a rellenar unas cuartillas, sobre la presencia de La Línea, también, ¡como no!, en las prisiones del franquismo. Y son necesarias para hacer una advertencia a la que me creo obligado. Pretendo escribir mis recuerdos, porque aquellos días ya son lejanos, aunque pertenezcan a un pasado no tan lejano, y son muchos los testimonios de compañeros que con más autoridad

que yo, porque lo sufrieron en su propia carne y fueron al mismo tiempo testigos maniatados moralmente y por tanto desesperadamente impotentes, de acciones infamantes, de sádicas torturas, de refinadas crueldades por parte de los discípulos de la Gestapo franquista. Y si en este relato eludo ese tema, ello no significa en modo alguno que las prisiones del franquismo fueron casi el paraíso. Ellas tuvieron su cara y su cruz. De la cruz, de aquella terrible cruz, hablan con amargura y dolorosa elocuencia los testimonios a los que aludo anteriormente.

De la cara, el aspecto menos malo, que sin duda existió y fue posible, porque dígame lo que se quiera de los españoles, somos un pueblo -el pueblo, pueblo- que sabe sacar fuerzas de flaqueza y hacer de la tragedia, en un momento dado y como una terapia milagrosa, una situación, un espectáculo menos estrujante. Porque había que vivir y vivíamos. Y porque pasado el momento de la acción trágica, era necesario, forzoso, obligado, no caer abatidos, sin alzarnos verticales, fuertes de espíritu, frente a los verdugos, a los mercenarios del terror, de aquellos tan cacareados “años de paz”. Conste pues, que dando la razón a mi amigo y porque, además, solo es mi propósito hablar de la presencia de La Línea en las prisiones de Franco, olvidaré, en un gesto subconsciente, los malos recuerdos, para no hacer un relato cargado de tintas negras.

Y empiezo ...

En efecto; la presencia de La Línea también se hizo sentir en las prisiones de Franco. Fue trágicamente dolorosa, pues la brutal represión franquista llenó de luto, impiadosamente, muchos hogares de pacíficos y dignos linenses; de centenares de paisanos nuestros que desfilaron ante el inquisitorial tribunal para la represión de la

Masonería y el Comunismo, y de los millares que fueron juzgados en Consejos de Guerra y que, como consecuencia de la arbitrarias sentencias de éstos, pasaron por cárceles y prisiones. Y así, La Línea estuvo presente, en el triste episodio del puerto de Alicante, de donde decenas de linenses, prisioneros de las fuerzas italianas mandadas por el General Gambará, salimos para el que se hizo célebre “Campo de los Almendros”, y de allí repartidos entre la Plaza de Toros, de la bella y republicana capital levantina y el campo de Albatera. Y linenses, muchos linenses, decenas y centenares, en un magnífico plesbicitó de afirmación liberal y democrática, fueron a dar en aquellos días de abril de mil novecientos treinta y nueve, a los campos de concentración improvisados por el franquismo en las recién conquistadas tierras, hasta entonces, último reducto de la España republicana.

Del “Campo de los Almendros”, nos condujeron a la Plaza de Toros alicantina y de allí salí en libertad provisional para Sevilla a fines de junio.

Cerca de la Puerta de la Macarena, en el popularísimo barrio sevillano del mismo nombre, encontramos asilo en el limpio hogar proletario de Don Cristóbal y Doña Dolores, quienes nos brindaron generosa hospitalidad. Instalados allí, contando con la simpatía de los vecinos de aquel típico patio sevillano, de todos los cuales recibimos constantes pruebas de solidaridad, empezamos a movilizarnos para intentar nuestro apremiante objetivo; escapar a la represión del franquismo victorioso e insaciable en su afán aniquilador. Fueron días de prueba en los que frente a la solicitud y entrega total de quienes poco podían hacer para ayudarnos, encontramos la tibieza o la ingratitud de aquellos que en situaciones análogas encontraron en nosotros, en tiempos nada lejanos, protección y ayuda des-

interesada. Amarga lección que nos dolió y no olvidamos. Pasaban, infecundos para nuestros planes, los días que empezaban a sumar semanas. Alguien absolutamente desconocido para mí, pero no para los vecinos del barrio, se acercó a prevenirnos. Según él, la policía estaba sobre mi pista. Nadie le creyó, pues gozaba de mala fama en el barrio. En consecuencia me aconsejaron que no hiciese caso, estimando que era un ardid, al objeto de poder asegurar a la policía que yo era la presa que buscaban. Desoí la advertencia y la policía cayó sobre mí, unos días después. Fue quizás la tarde más calurosa de aquel verano. Completamente desnudos, agobiados por el sofocante calor, intentábamos dormir la siesta Pilar y yo, cuando percibimos una extraña discusión en la habitación contigua. Agucé el oído y pronto me percibí de que se trataba. Doña Dolores se esforzaba en impedir la entrada en la alcoba donde nos encontrábamos, a una pareja de policías que, pistolas en mano, intentaban allanar el dormitorio. Salí de la cama, cubrí rápidamente con una sábana a Pilar y me apresuré a identificarme ante los agentes como la persona a la que buscaban. Ante mi resolución, estos dudaron, seguramente temiendo se tratara de una estratagema para facilitar la huída del realmente buscado. Tomé el carnet que me identificaba como empleado de la Junta de Protección de Menores de Madrid y, a su vista, me ordenaron vestirme y que les acompañase. Así lo hice.

Al salir a la calle Escoberos, comprobé que se habían tomado muchas precauciones a fin de asegurar mi detención. Era evidente que me consideraban un sujeto peligroso. El jefe del grupo, se hizo cargo personalmente de mí, ordenando al resto de los agentes se retirasen.

En tranvía nos dirigimos a la Comisaría de Jesús. Aquel funcionario adoptó una actitud sospechosamente amistosa, expresándome

su extrañeza por mi espontánea entrega y no haber intentado huir, cosa que habría resultado inútil, pues la puerta trasera por donde podría haber intentado escapar estaba perfectamente vigilada por otros agentes. Y algo insólito, totalmente incomprensible, sucedió momentos después. Mi captor, al terminar las formalidades de mi entrega, al servicio de guardia de la Comisaría, rubricó su actitud amistosa y me estrechó la mano susurrando: “lamento haber sido yo quién le ha detenido”. Confesión que no logré explicarme nunca y cuya sinceridad tuve ocasión de comprobar tres días después. El interrogatorio formal corrió a cargo del propio funcionario. Sin palabras, con hechos, probó la sinceridad de sus sentimientos. Antes de empezar las preguntas de rigor, dio lectura al Oficio de la Dirección General de Seguridad, donde se ordenaba mi detención y se relacionaban mis antecedentes y los cargos que pesaban sobre mí.

Este comienzo me tranquilizó. Era evidente que mi interrogador quería advertirme, hasta donde debía llegar en mis respuestas. Y comenzó el interrogatorio. En el mismo, La Línea no podía estar ausente. Actuaba de secretario un jovencuelo que en el transcurso de la diligencia manifestó que había estado prestando servicios en nuestra ciudad. Infantil, rigorista, de estrecha mentalidad se asombraba cuando en el interrogatorio salían a relucir nombres de personalidades locales del régimen, y yo hablaba de mis relaciones personales con estas y, en algunos casos, incluso de mi amistad. El jovencito mostraba su confusión, expresando su asombro; para él era inexplicable que un individuo de mis antecedentes, hubiera tenido relaciones más o menos cordiales con los personajes locales del franquismo. Esa actitud del joven agente, dió pie a que yo hiciese la apología de nuestro pueblo y de peculiar idiosincracia. Un pueblo predominantemente liberal, donde antes del dieciocho de julio, la convivencia civilizada, normaba la relación de todos los linenses,

por encima de diferencias político-sociales y, donde esas diferencias, se discutían amigablemente en las tertulias de casinos, de los cafés o de las tabernas.

Terminó el interrogatorio y firmada por mí la declaración, llegó el momento de decidir mi suerte inmediata. A la estulta tozudez del secretario, empeñado en ponerme a disposición de la Dirección General de Seguridad, se opuso el criterio de su jefe y gracias a ello, pasé aquella noche a la prisión provincial, a disposición del Auditor Militar de la Región, providencial resolución que me evitó él, para tantos, trágico trance de los terroríficos calabozos e interrogatorios en el edificio del Gobernación. A aquel funcionario, cuyo nombre no logré conocer nunca, debo en buena parte, haberme liberado de sufrir en carne propia las torturas físicas a que allí eran sometidos los que tuvieron la desgracia de pasar por sus ergástulas y también, el moral de ser testigo o cercano perceptor de las que sufrieron mis hermanos en desgracia.

Y aquella noche, -nunca la he olvidado-, precisamente a la hora en la feria de La Línea luciría en todo su esplendor, yo ingresaba en la prisión sevillana y un viejo cascarrabias, evidentemente víctima ya, en grado peligroso de debilidad senil, que se constituyó desde ese momento, en perseguidor de este “rojillo peligroso”, ordenó se me encerrase en una celda de período, donde tuve por compañía, aparte de numerosas e insaciables chinches, la de un pobre compañero enfermo, que escupía continuamente en el piso que nos servía de lecho, esputos sanguinolentos y, un borracho sucio y deprimente.

Transcurrido el obligado periodo de observación, la animosidad contra mí del viejo carcelero, se hizo de nuevo patente. Contra los deseos de un buen amigo, teniente de alcalde de La Campana, que

por su condición de “destino” tenía trato especial en la prisión, que quiso llevarme a su celda, mi fortuito enemigo me envió a la brigada que tenía de dormitorio uno de los patios de la prisión, lo que me obligaría a permanecer las veinticuatro horas de cada día a la interperie, en aquellos días caliginosos del verano sevillano, con sus noche, en los que la cercanía del Guadalquivir, nos obsequiaba con una molesta humedad que calaba hasta los huesos. A pesar de todo, tuve suerte. Caí en un grupo de campaneros que al identificarme como Secretario de su Ayuntamiento, me hicieron objeto de su solicitud y amistad. A ellos y a la compañía, en las horas en que se nos conducía al llamado patio de deportes, y al encuentro ahí con tres linenses, Pedro Moreno Calvo, el popular camarero del Bar Belmonte y Juan Rovira Luque, hermano de Enrique, el Médico que en esos días se encontraba exiliado en Francia, debo el que me resultase más llevadera la estancia entre los muros de la primera prisión que pisé en mi vida.

La sangrante historia de la detención de Juan Rovira, en aquellos días vistiendo todavía el uniforme, ya sin emblemas, de alférez provisional y su irritante experiencia carcelaria, es signo de un relato especial que alguna vez me gustaría escribir. Doloroso episodio, uno más entre tantos, digno de figurar en la verdadera historia de nuestra Guerra Civil, aún por escribirse.

Los días de mi prisión en Sevilla, coincidieron con acontecimientos que conmovieron al mundo. Sobre los grupos de presos políticos que paseaban por los asoleados patios de la prisión sevillana, cayó como una bomba el pacto Molotov-Ribentrop y las apaciguadas divergencias que en el campo republicano hicieron posible los tristes días de marzo, volvieron a tomar cuerpo y a sembrar la discordia entre las distintas posiciones políticas. Y el primero de septiembre,

con la ocupación por las tropas de Hitler del pasillo de Dantzing, que sumergió al mundo en la tragedia de una nueva guerra que alcanzaría proporciones insospechadas, distrajo a muchos de los ya condenados o por juzgar, de sus más urgentes preocupaciones personales, para entregarse a la pasión a especular sobre el porvenir que aguardaba a la humanidad y sus repercusiones en la situación política de España.

En esos días se produjo mi traslado a la cárcel de La Línea. Casi doce horas de tren, en las que, por deferencia del jefe de pareja para dejarme libres las manos, fui atado por los piés a la pata del asiento de madera del vagón de tercera que nos dejó en Algeciras. Su prisión, frente al histórico edificio del Ayuntamiento, que fuera sede de la célebre Conferencia que lleva el nombre de la ciudad algecireña, fue para mí, lugar de apacible tránsito donde pernocté dos noches.

La entrada en el Depósito Municipal de presos de La Línea, calle Granada, me tenía reservada una desagradable sorpresa; allí estaba también, pendiente de juicio, mi hermano Guillermo. Por fortuna estaría poco tiempo. Le sobreseyeron la causa y salió en libertad unos días después. En esos días, había en La Línea dos locales destinados a depósitos de presos, vecino uno del otro. Fui recluido en el que ocupó en tiempos de la Dictadura y la República, el Asilo de Niños, en la calle Buenos Aires. Pronto fui rodeado por amigos y conocidos; todos desde ese momento, compañeros de suerte, hermanos en la adversidad.

Allí estaban, entre otros muchos, Fernando Moreno, Rafael Lebrón, Antonio Cruz, Jesús Alcañiz, Manolo Gómez, Rafael Moreno, Juan Fajardo, Carlos Jiménez, Francisco Medina, Francisco Villanueva, Pedro Campoy, Andrés Traverso, Rafael Germinal González,

Eduardo Vichino y Armando Ramírez.

Y allí en el edificio vecino, estuvieron también a lo largo de los meses que siguieron el final de nuestra Guerra, Juan Martínez, Eduardo Palma, Antonio Casquero, Juan Beaumont, José Gutiérrez Mena, Francisco Sánchez, Alfonso (El Terry), Emilio Ramos, Manuel Moreno, Oscar Dorado, Manuel Rodríguez, José Orce, Manuel y Francisco Corral, Julio Romo, Manuel Carrión, Juan Abreu, Antonio Blanco, Enrique Brotón, Emilio Alcoba, Fernando González, Manuel Segura, Antonio Cañamaque, Francisco González Perujo, Francisco Oliva, Cristóbal Carrasco y su hijo, José Arenas, Racundo Guerrero, Francisco y José Gómez Florín, Pedro Durán, Antonio Florín, Manuel Aranegas, Bartolomé Fernández. Entre las abnegadas linenses que siguieron a sus esposos a la zona republicana o se distinguieron por sus convicciones democráticas, recuerdo a las esposas de Romo y Podadera y a Victoria Funes, cuyo mi compañero, Joaquín Rey, fue ultimado en la calle, al intentar escapar del piquete encargado de su ejecución, un amanecer de aquel otoño.

Francisco Almagro se apresuró a darme una noticia, que estimaba importantísima para mí. El Juez Militar N° 3, encargado de mi expediente, había sido destituido y me explicó las causas de su destitución, cuyos detalles, prefiero callármelos, por deprimentes.

¡Qué degradación de la Justicia!. ¡En que manos cayó en muchos casos y qué uso tan bajo se hizo de ella!, por jueces y denunciantes.

Más adelante comprobaría que Paco Almagro tenía razón, al estimar aquel hecho como una buena noticia para mí. Por lo menos me libré de la actuación de un sujeto, que hizo de sus interrogatorios mortificantes, todo un espectáculo tragicómico, pues llegó a ser-

vir de burla a algún otro procesado con humor y sangre fría. Tuve suerte, el nuevo titular del Juzgado Militar número 3, Don Ricardo Muñoz, tuvo conmigo un trato correcto. Cumplió estrictamente con su función de juez. Como no era en aquellos días muy común, le debo gratitud por ello.

Y conste que a la vista de sus actuaciones, la calificación que hizo la Auditoría Militar, del supuesto delito cometido por mí por haber estado al servicio del Gobierno legal de mi patria, fue calificado de “rebelión militar” y merecido ante el Consejo de Guerra, la petición fiscal de pena muerte.

El régimen carcelario era soportable, tratándose de un depósito municipal de presos, atendido exclusivamente por empleados municipales, no existía la rigidez de los regímenes penitenciarios comunes. Cada preso tenía asignado una peseta cincuenta céntimos para manutención, cuya cantidad, por tácito acuerdo de los propios presos, se repartían casi en su totalidad los encargados de nuestra custodia. A cambio de ello recibíamos un trato tolerante, pues aparte de que con aquella cantidad, mal podríamos alimentarnos, de nuestra manutención se encargaban, amorosamente nuestras respectivas familias, muchas de ellas con incalculable esfuerzo y sacrificio.

Naturalmente y dadas las circunstancias, adversas para tantas familias linenses, se daban casos de insuficiencia o carencia absoluta de medios para el familiar detenido, que suplía el espíritu de solidaridad tan común en nuestro pueblo, y nadie, absolutamente nadie, dejaba de hacer las tres comidas diarias. Hubo un caso pintoresco. El de un joven checo, indocumentado, que según contaba, le robaron la documentación en la playa, mientras se bañaba. Aunque hablaba muy poco el español, nos entendíamos bien con él. Innecesario decir que

no recibía ayuda exterior de ninguna clase. Esto le convirtió en el foco de atención de todos. Desde que llegaba el primer desayuno hasta que entraba la última cena, el checo era objeto de invitación de muchos.

Y el buen checo, gentil, apenas rechazaba alguna invitación. Ingería todos los alimentos que se le ofrecían y las consecuencias no tardaban en presentarse, manifestándose por fortuna, por medio de fáciles vomitonas. Alguien se creyó obligado a hacerle una reflexión sobre el particular. La explicación que el simpático checo dió, en su peculiar español, no dejaba de ser razonable. Si se limitaba a tomar un solo desayuno, una sola comida y una sola cena, corría el riesgo de que sus benefactores se acostumbrasen a estas y terminaran por despreocuparse de él. El problema terminó por arreglarse. Al checo se le aseguró que no le faltaría ni un día las tres comidas, y las vomitonas de nuestro simpático compañero, dejaron de ser un espectáculo diario. Por cierto, logró evadirse una noche del invierno, pero fue detenido por la Guardia Civil horas más tarde. Cuando reintegrado a prisión, el encargado de turno, le reclamaba enfurecido su conducta, el checo alegaba, muy convencido de su razón, que a todas y cada una de las peticiones que hacía a las autoridades correspondientes, solicitando se aclarase su situación, se le respondía invariablemente, “checo sale mañana, checo sale mañana y ¿checo no sale?, ¡pues checo sale!. Y el buen humor que por fortuna nunca faltó en las prisiones franquistas, en momentos trágicos, convirtió en estribillo aquella contestación del checo, cuya libertad no tardó en llegar. Su frustrada evasión actuó de acicate. A falta de posibles pruebas su expediente fue sobreseído. Su marcha registró ese curioso fenómeno que se daba en las prisiones por aquellos días, nos alegró a la vez que nos entristecía. Así ocurría siempre. Alegría por el compañero que marchaba y por la familia que le recibía; tristeza por el hueco dejado entre nosotros por el amigo, compañero, el hermano que se

aleja y con el que posiblemente no tendríamos nueva oportunidad de cambiar impresiones, de hacernos confidencias o comunicarnos nuestras inquietudes, fantasear sobre el futuro, compartir nuestros sueños y esperanzas.

En el caso concreto del checo, se iba un magnífico compañero, animoso, siempre de buen humor y elemento indispensable de aquella retreta, que remedando la que cada jueves se celebraba en Gibraltar, organizaba un grupo de nuestros compañeros, checo al frente tocando la armónica, que cada atardecer recorría los salones que nos servían de dormitorios y el pequeño patio de la prisión.

De alguna forma había que matar el tiempo, en las largas horas de nuestro cautiverio y de incierta suerte para muchos. La retreta nos divertía, como también nos distraía cada tarde otro espectáculo que muchos esperaban como un acontecimiento: las partidas de “tablita” en que participaban el que fuera popular portero de la Balompédica, Armando Ramírez, Francisco Medina, mi hermano Guillermo y Pedro Campoy. Los incidentes de las jugadas, las ingeniosas gracejadas de los jugadores y las intervenciones y comentarios francamente jocosos de los espectadores, animaban el ambiente y contribuían a hacer menos penosa nuestra situación en aquellos días animosos de la historia de nuestra España. Y en la noche, se completaba el programa de las diversiones diarias, gracias a la competencia de “pich”, capitaneados los grupos respectivos por Fernando Moreno y Rafael Lebrón, maestros en el arte de depositar, con absoluto dominio del disimulo, entre las manos de sus compañeros, la ficha cuya exacta localización debían acertar los del bando contrario, lo que requería, generalmente, intuición o dominio psicológico. La “retreta”, la “tablita”, el “pich”, la lectura, o los animados diálogos, contribuían a hacer menos penoso tanto nuestro encierro, como el dudoso porve-

nir de todos nosotros, unos juzgados ya pero pendientes de conocer la sentencia recaída; otros, y era el mío, en vísperas de comparecer ante el juez en turno y el posterior fallo del Consejo de Guerra.

## EL JUICIO Y LA SENTENCIA.

Transcurrieron sin notorias variantes los días y, al fin, pasé por la prueba del interrogatorio y llegó el de la comparecencia ante el Consejo de Guerra.

Junto con más de una veintena de compañeros, fui conducido al salón de sesiones de nuestra Corporación municipal, donde se celebró el Consejo de Guerra el día treinta y uno de octubre. Volví a aquel recinto tan familiar para mí después de tres años y medio de haberlo pisado anteriormente, entonces, actuando como Secretario del Ayuntamiento, para ocupar el lugar reservado al fedatario de la Corporación; ahora, esposado, para sentarme en un banco de madera y ser juzgado por “rebelión militar”, por un Tribunal castrense. Mi emoción por el recuerdo, fue pasajera. Se sobrepuso la cruda realidad del momento. En aquel salón se iba a decidir, en unas horas más, mi futuro y el de mi propia familia. Y también el futuro de los que me acompañaban en el banquillo de los acusados. Dos de aquellos compañeros, no volverían a reunirse con las suyas. Un pelotón pondría punto y final a sus vidas, en cualquier triste amanecer gaditano. Como para ellos y para Medina, el fiscal, ironías del destino, se levantó del sillón que yo había ocupado casi dos años, para pedir para mí pena de muerte. Por razones especialísimas e ilógicas, yo fuí el objeto principal de aquel Consejo de Guerra. El defensor, “de oficio” naturalmente, y al que todos los procesados vimos allí por primera vez y sin cruzar una sola palabra con nosotros, por tanto, ni antes

ni ahora, dedicó todo el tiempo reservado a la defensa, a ocuparse exclusivamente de mi caso, a pesar de que entre los enjuiciados había dos sobre los que pesaban gravísimas acusaciones que fueron precisamente las que les condujeron ante el pelotón. Y terminó su defensa, con muchas palabras amables para mí, solicitando “para todos los acusados la libertad y para el procesado Sánchez Earle, como máximo, seis meses y un día”.

Vueltos a la prisión, siguieron transcurriendo los días con la rutina normal, pero empezaron para mí y para los que estaban en mi situación, las largas noches interminables. En nuestro dormitorio éramos cinco sobre los que se cernía la sombra de la pena de muerte, Antonio Cruz, Rafael Germinal, Francisco Medina, Rafael López y yo. En aquellos días, la confirmación de la pena de muerte era conocida por el condenado unos momentos antes de ingresar en capilla. Por tanto, sólo virtualmente, nuestra situación era la de un condenado a la última pena. Y todas, absolutamente todas las noches que siguieron al día de nuestra comparecencia ante el Consejo de Guerra, vivíamos horas de tensión ante la posibilidad de que cualquiera de ellas sonase para nosotros la última vez. Yo tenía un punto de referencia que señalaba el principio y el fin de la tensión aguda. El depósito de agua del sanitario era de descarga automática intermitente y el servicio público se cortaba a las doce de la noche y volvía a reanudarse a las seis de la mañana. En esas horas podía producirse la “saca”. La aproximación de un camión, el movimiento de coches fuera de lo habitual, o el de grupos de personas que presu- míamos inusitado, eran señales de inquietante alarma. Pero, volvía a funcionar la descarga del agua del sanitario y era para nosotros, la señal de que por esta vez, podíamos entregarnos tranquilos al sueño relativamente reparador. Y así, un día y otro día, hasta sumar cincuenta en mi caso.

El veinte de diciembre llegó, la hora de conocer nuestra situación. El juez con su secretario estaba en la oficina, dispuesto a comunicarnos las respectivas sentencias. Y desfilaron, uno a uno, todos mis compañeros, entre ellos Germinal González, Antonio Cruz, Francisco Medina y Rafael López con general emoción y sincera alegría, se recibieron y festejaron las de estos magníficos compañeros. Para ellos, condenados a penas de prisión, terminaron las largas noches de incertidumbre y el funcionamiento automático del depósito de agua del sanitario dejaría de ser tan importante en las siguientes noches de su vida carcelaria. Seguía el desfile de compañeros ante el juez y mi nombre no acababa de pronunciarse. Pasaron todos los encartados en mi Consejo de Guerra; continuaron desfilando los que figuraron en consejos posteriores. El silencio respecto a mí, empezaba a ser inquietante.

El desfile de presuntos condenados, llegó a su fin. Sólo quedaba yo. Y sonó mi nombre. Un angustioso interrogante se abrió para todos y especialmente para mí. Eran casi las doce de la noche.

Entré a la oficina del juez, me senté frente a él y empezó la lectura de la sentencia, pausada, lentamente, que yo escuchaba con todo interés y llegó la parte sustancial.

**RESULTANDO.**- “Que Enrique Sánchez Earle de 28 años, soltero, Secretario de Ayuntamiento, afiliado a Socorro Rojo Internacional y perteneciente a la masonería con el grado tercero y nombre simbólico LINENSE en la lógica de Resurrección, desde casi su adolescencia, desarrolló una intensísima propaganda de los ideales contrarios a los de Religión y Patria.- Nombrado Secretario de Ayuntamiento de La Campana (Sevilla). Allí continuó desarrollando la misma labor de propaganda siendo el asesor y verdadero inspirador de toda

la labor del Ayuntamiento del Frente Popular en dicha ciudad. En uso de permiso vino a ésta a pasar la feria anunciada para el 19 de julio. Al conocer nuestro movimiento huyó a Gibraltar donde permaneció unos tres meses aproximadamente y por encargo de un periodista norteamericano, al que debía facilitar en extracto noticias de nuestra Guerra dadas por la radio Nacional y Roja. A fin de octubre marchó a Madrid, donde por sus concomitancias masónicas fue colocado en la Junta de Protección de Menores de Madrid y desde allí se le dió el puesto de redactor y reportero del MUNDO OBRERO, en el que escribió muchos reportajes simulando interviús con obreros de la retaguardia roja. Después fue designado redactor jefe de EL SOL, cuyo periódico estaba incautado, o mejor dicho, colectivizado por los obreros del mismo, los que nombraron director del mismo al procesado. Tanto en EL MUNDO OBRERO como en EL SOL, el procesado desarrolló una intensa propaganda contra nuestro movimiento, algunos de cuyos artículos fueron reproducidos por el periódico republicano de Tánger DEMOCRACIA. Durante su estancia en Madrid favoreció a algunas personas de derechas presentándose como testigo ante el Tribunal Popular.”

PRIMERO CONSIDERANDO.- “Que los hechos que se relatan en el resultado tercero, son constitutivos de un delito de adhesión a la rebelión del que es responsable en concepto de autor el procesado ENRIQUE SÁNCHEZ EARLE, por lo que procede imponerle la pena señalada en el párrafo segundo del artículo 238 del Código de Justicia Militar”

Y tras la lectura del tercer “considerado”, inflado con la rutinaria cita de preceptos legales aplicables al caso, llegó el gran suspenso. Me convertí todo en oídos.

FALLAMOS.- “Que debemos condenar y condenamos como autor de un delito de adhesión a la rebelión al procesado ENRIQUE SÁNCHEZ EARLE, a la pena de TREINTA AÑOS DE RECLUSIÓN MAYOR, con las accesorias”.

La gran interrogante quedó resuelta. De momento, había salvado la vida. Firmé de enterado de la notificación de la sentencia. El encargado de nuestra custodia me reintegró al dormitorio. Los compañeros me abrazaron emocionados. Por fortuna, en nuestro local había terminado la tensión de las noches inciertas. No ocurría lo mismo en la prisión vecina. Allí estaban dos hombres, dos compañeros nuestros, pesando sobre ellos la gran incógnita. Días después, la resolvería un pelotón, presumiblemente en los fosos del gaditano Castillo de Santa Catalina.

Semanas más tardes, los dos locales carcelarios quedaron semivacíos. Los aproximadamente doscientos reclusos sobre los que ya pesaban condenas firmes, fuimos conducidos en camiones de carga, a pié firme, apretados unos con otros, fuertemente vigilados por la Guardia Civil, a la Prisión Central del Puerto de Santa María, llegando allá una tarde de aquel mes de enero de 1940.

## EN LA PRISION DEL PUERTO.

Aquí empezaría para nosotros la auténtica vida penitenciaria. Despertar y levantarse a toque de corneta, formar para desayunar, comer y cenar; la humillante obligación reglamentaria de cantar, diariamente, brazo en alto, el Cara al Sol y la de nuestra presencia inexcusable a las misas de preceptos y a los rosarios que con diversos pretextos se le ocurría organizar al provincial de los jesuitas, cape-

llán de la prisión.

Para cuatro de los linenses recién llegados, la estancia en las celdas y galerías del penal propiamente dicho, sería transitoria. Sorpresivamente, una mañana fuimos llamados a la oficina de régimen, Juan Fajardo Collado, Eduardo Vichino Correa, Antonio González Vega y yo.

Debíamos prepararnos para un traslado. Por fortuna, sólo tendríamos que cruzar el recinto, zona de bloqueo y vigilancia externa de la prisión. Nuestro nuevo destino era una dependencia del Manicomio penal, anexo de la prisión central. Y allí fuimos conducidos con nuestras pertenencias. La misma orden afectó a un grupo de compañeros malagueños, melillenses, ceutíes, asturianos y de algunas otras poblaciones de nuestra provincia. A todos nos identificaba una condición común: la afiliación a la masonería.

## **EL “DEPARTAMENTO ESPECIAL”.**

En efecto, las autoridades penitenciarias considerando nuestra “extrema peligrosidad”, había acordado aislar del resto de la población penal, a los condenados que tuviesen antecedentes masónicos y el lugar escogido para ello no pudo ser más elocuente; el edificio del manicomio penitenciario. En la inauguración de este Departamento Especial que tres años más tarde se concentraría en la prisión de Burgos, La Línea estuvo representada por Fajardo, Vichino, Antonio González y yo.

En realidad, salvo que las posibilidades de comunicación con nuestros familiares eran más limitadas y no teníamos derecho a la redención de penas por el trabajo, aquel aislamiento, aunque temporalmente, nos favoreció. Fuimos liberados de la asistencia reglamentaria

a misas y demás actos religiosos, disponíamos de celdas y galerías donde podía desenvolverse nuestra existencia, con relativa normalidad y de un amplio patio en el que pasear a nuestras anchas. Los recuentos, las formalidades y demás obligaciones, no implicaban las molestias que originaban en el interior del penal; se hacían como una rutina más, impuestas y no significaban molestias ni vejaciones. A ello contribuyó un hecho fortuito ya que de nuestra vigilancia fueron encargados tres funcionarios que cumplían, cada uno de ellos, turnos de veinticuatro horas; los tres, funcionarios con antigüedad en el Cuerpo de Prisiones, colmilludos, estaban más allá del bien y del mal, conscientes de que en cada preso político existe la posibilidad de un futuro gobernante, axioma cuya veracidad habían podido comprobar unos años antes pues de la propia Prisión Central del Puerto de Santa María, salieron para ocupar cargos de la máxima responsabilidad en la gobernación del país, significados personajes de la política española. El cambio, pues, nos favoreció, pero no por mucho tiempo. En el interior del penal, existía un numeroso grupo de reclusos afectados de tracoma. Estimaron necesario su aislamiento y como entre nosotros había un oftalmólogo, Honesto Suárez Álvarez, prestigioso especialista gijonés, se resolvió el problema, reduciendo nuestro espacio vital para alojar en parte de la dependencia del manicomio, que nosotros ocupábamos, a aquel grupo de enfermos. Semanas después, la avitaminosis empezó a diezmar a los alojados en celdas y galerías del penal. Las muertes de reclusos, días de tres y cuatro, alarmó a los funcionarios penitenciarios y una de las medidas que adoptaron fue, concentrar en el edificio del manicomio a los condenados de más edad y mejorar, aunque sólo quedase, en la práctica, en buena intención, su régimen alimenticio. Entretanto, nuestro departamento crecía en número de internos con la llegada de nuevos compañeros trasladados de otras prisiones. El patio, que disfrutábamos solos, empezaba a ser insuficiente y una nueva medida de la dirección del penal, nos pro-

porcionó a los masones una inesperada y singular experiencia; la de la convivencia, al principio discreta, luego sin trabas, discrecional, con los locos. Y masones y locos, disfrutábamos, en amable camaradería, de la amplia huerta cuyos muros nos hacían cercanos vecinos de la vida exterior de la ciudad porteña. Locos y masones nos hicimos amigos. La peligrosidad de aquella pobre gente era escasa y relativa. Algunos de ellos se daban cuenta con varios días de anticipación de que se acercaba el momento de pasar por una crisis aguda y procuraban aislarse, en los rincones de la huerta y, si algunos de nosotros intentaba acercarse al enfermo, este mismo le advertía: `retírese, retírese, me va a dar la “burra”`. Así llamaban al estado agudo, con pérdida absoluta de su control, debido a su desdichada enfermedad.

Esa convivencia nos sirvió para que un linense, Antonio González, maestro de obras, artesano enamorado de su oficio, se diese a la tarea de convertir aquel abandonado lugar que de huerta no tenía más que el nombre, en un embrión de jardín, dividiéndolo en cuadros separados por paseillos rústicamente pavimentados. En eso empleó sus horas de esparcimiento; en eso, y en dar ocupación productiva, esbozo de terapia ocupacional, a un grupo de internos del manicomio, los que convinieron en percibir como “salarios”, las colillas de cigarrillos, equitativamente repartidas, que el propio Antonio González, con la cooperación de otros compañeros, se encargaba de recoger cada día en el “Departamento Especial”.

De esos días conservo un recuerdo imborrable. En aquella huerta, tuve oportunidad de tener en brazos a mi hija por primera vez, después de muchos meses nacida, allí me hizo el regalo de sus primeras caricias. Y la posibilidad fue gracias al “aislamiento” a que estábamos condenados. Un preso que disfrutaba de ciertos privilegios por ser ordenanza del director de la prisión, con la complicidad de vigilantes

y monjas, se jugó el “tipo” arriesgándose a perder su posición privilegiada. Así se entendía por muchos el sentimiento de solidaridad, y la puso en mis brazos. Por fortuna todo salió sin problemas; yo tuve aquella enorme satisfacción; para mis compañeros constituyó también unos minutos de alegría, y para el que lo hizo posible, mi imborrable gratitud, de la que son testimonio estas líneas.

Pasaron unos meses. Empezaron a unirse a nosotros nuevos compañeros, estos ya juzgados y condenados por el Tribunal especial del que dependíamos por nuestra cualidad de masones. Y comenzó también, lento, espaciado, el desfile hacía Madrid de los reclamados por aquel Tribunal, para comparecer ante el mismo. Llegó mi turno en febrero de 1942. Fui divertido un mediodía y aquella noche, rodeado de unas medidas absurdamente ridículas, la pasé separado por las dos rejas paralelas del locutorio, de otros dos penados, no masones, que iban a ser compañeros míos en la conducción preparada para aquel amanecer. La orden de aislamiento que pesaba sobre los masones, se llevaban hasta extremos tan irrisorios. Nuestros carceleros olvidaban, que apenas transpuesta la reja del penal, los dos compañeros y yo, formaríamos un grupo y juntos viajaríamos por lo menos durante la primera etapa de nuestro viaje. Pero mi “peligrosidad” seguiría vigente durante la conducción. La pareja de la Guardia Civil que se hizo cargo de nosotros, me hizo objeto de especial distinción. Sin tener en cuenta que debía cargar petate y maleta me esposaron ambas manos. En una nueva prueba de solidaridad, tan corriente entre nosotros, los dos compañeros de viaje, se hicieron cargo de mi equipaje. Y sin otra novedad, llegamos a Sevilla. No hubo suerte. La pareja de relevo no estaba en la estación y en consecuencia fuimos conducidos a aquella prisión provincial. En ella pernoctamos y tuve la oportunidad de conversar con un grupo de paisanos, entre los cuales recuerdo a los hermanos de Pepe y

Rafael Marmolejo Bianchi, quienes también esperaban su próximo traslado a Madrid, para comparecer, igualmente, ante el Tribunal especial de la Masonería.

Otra vez en marcha, la pareja que se encargó de nosotros no fue tan rigurosa conmigo. Esto hizo menos molesto el viaje. Por fortuna, en Córdoba esperaba el relevo y seguimos viaje hacia Linares. En aquella prisión, no había muchos detenidos, pero, la presencia de La Línea, no podía faltar. Estaba, como principal detenido, moviéndose con absoluta libertad por toda la prisión, el popular “madruga”, el excelente camarero linense, que a través de la radio malagueña se daba el gran gusto de replicar adecuadamente, en su peculiar manera, a las charlas diarias de Queipo de Llano en la radio de Sevilla. Huelga decir que la estancia de esa noche en la prisión de Linares, fue una velada de nostalgias linenses.

Continuamos el viaje hacia Madrid. En Alcázar de San Juan nos esperaba la pareja de relevo. De esta etapa teníamos malos informes, que no tardé en comprobar eran lamentablemente fundados. Al hacerse cargo de mí y esposarme, el guardia que lo hizo me preguntó si me molestaban los grilletes; ingenuo respondí que estaban muy apretados. La respuesta fue edificante. Los cerró un punto más. Llegué a Madrid con las muñecas doloridas y profundamente marcadas las huellas de las esposas.

## VEINTE AÑOS MAS DE CONDENA.

En la prisión madrileña de Porlier, nos reuniríamos muchos linenses. Estaban cuando llegué o vendrían a sumarse con nosotros después de condenados por el Tribunal, Francisco Chacón Martorell,

Antonio Valero Hassan, José Torrealba Ordóñez y Miguel Carrasco Vázquez, entre otros cuyos nombres no recuerdo.

Todos ellos habían comparecido ante un juez especial de La Línea y acudido voluntariamente, atendiendo una simple citación telegráfica, al Paseo del Prado 6, domicilio del Tribunal, de donde salieron ya condenados, para ser conducidos por una pareja de la Policía Armada a la prisión de Porlier. Yo no tardaría en correr la misma suerte que ellos, con la diferencia que mi presentación no sería voluntaria. E hice un viaje de ida y vuelta al Paseo del Prado, conducido por dos guardias. Para mí el hecho era menos trascendente. La comparecencia ante el Tribunal no cambiaría en nada mi situación. Echarían unos años más de prisión sobre los que ya pesaban sobre mí. Y así sucedió. Regresé a Porlier con una nueva condena, ahora de veinte años de reclusión menor. Lamento que la copia de sentencia se extraviase en la maraña de un despacho, cuando gestionaba mi ingreso a México, como asilado político. De no haberse producido ese extravío, reproduciría aquí, algunos de los curiosos “Resultandos”, en los que entre otras cosas pintorescas e inocentes, se hacía referencia a la pérdida de las colonias, cuyo hecho más reciente se produjo siete años antes de mi nacimiento.

La estancia de Porlier, al correr del tiempo, se fue haciendo cada vez más penosa. Llegaban sin cesar más condenados. Periódicamente, se nos obligaba a reducir el ancho de los colchones, hasta quedar limitados a cuarenta centímetros. De noche, la inmensa quinta galería de Porlier, era una gran alfombra humana. Llegó el momento en que se suprimieron los estrechos pasillos, que entre las hileras de lechos, habíamos dejado para acceder a los sanitarios que se hallaban al fondo de la galería. Aquello era ya insoportable. Y lo irritante es que entre nosotros se encontraba condenado a treinta años de prisión

el que fuera director de la de Barcelona durante la Guerra, acusado de trato inhumano a los presos franquistas, “por haber mantenido en celdas individuales a grupos de tres o cuatro internos”.

De aquella tortura física y moral nos libraría la orden de traslado a la prisión Central de Burgos. La tarde del diez de enero de 1943, abandonamos la prisión de Porlier, debidamente escoltados por fuerzas de la Guardia Civil, camino de la estación del Norte, donde, en una vía muerta, nos esperaban sendos vagones de carga, en los que pasamos aquella fría noche del invierno madrileño. Camino de Burgos, el tren se puso en marcha a la mañana siguiente. Fueron muchas las expresiones de solidaridad que recibíamos en las estaciones en las que el tren se detenía. Los vendedores de agua y productos de la tierra, esos hombres y mujeres del pueblo, que salen al paso de los trenes en todas las estaciones de España, para vender su escasa mercancía, nos mostraban su simpatía y solidaridad, de forma espontánea y generosa, obsequiándonos su mercancía. Por su parte los ferroviarios, en la medida de sus posibilidades, también daban muestras de los mismos sentimientos de solidaridad. De ello estaban conscientes y lo toleraban de mejor o peor gana, los propios guardias de nuestra escolta. Esta actitud que la gente del pueblo observaba en todas las ocasiones que entrábamos en contacto con ella, nos fortalecía moralmente. El pueblo, atenazado, impotente para expresarse de otra manera, expresaba de esa forma sutil, su disconformidad con el régimen que le oprimía, y había llenado de dolor y de luto, a muchos millares de hogares españoles.

Entrada la medianoche llegamos a Burgos. En su Prisión Central, el amplio pabellón de celdas, de dos plantas, con sus galerías en cruz, nos aguardaba con una mala noticia. Nuestras pertenencias, embarcadas en un vagón especial (incluidos colchones y mantas),

no se nos entregaría hasta la mañana siguiente. El lecho que nos esperaba, sería el frío cemento de los pisos de las celdas que, proyectadas para albergar a un solo recluso, acogería desde esa noche a ocho rojillos masones. Gracias a muchos previsores que conservaron sus mantas para protegerse del frío, durante el viaje tuvimos lecho y cobijo. Y vestidos y arrimados unos a otros para transmitirnos el calor de nuestros cuerpos, esperamos el toque de diana y la posterior llegada del desayuno que, ¡oh, maravilloso prodigio del hambre!, todavía, pasados más de treinta años, recuerdo y he recordado aquí en México, con un compañero de aquella noche, como un auténtico manjar de dioses, la sobria sopa de ajos, eso sí, bien caliente, que nos sirvieron aquella mañana.

En aquel pabellón convertido en “Departamento Especial”, a partir de aquella noche del invierno burgalés, discurrieron algunos meses para los menos, dos o tres años para lo más. Y así fueron pasando, eternos, interminables los días y las reparadoras, cuando no sombrías noches, de cerca de un millar de españoles y algún que otro extranjero, condenados por el gravísimo delito de pertenecer o haber pertenecido a la masonería. En ese millar, nuestro pueblo estaba representado por el grupo local más numeroso. Los linenses allí internados pasaban largamente del centenar.

Además de los enumerados a lo largo de estas páginas, entre otros muchos figuraban, Antonio Martínez Fuentes, José Leopoldo Jiménez Muñíz, José Benítez Camacho, Diego Ruano Blanco, Rafael Lebrón Sís, Fernando Moreno, Eduardo Calva Vargas, Manuel Abad, José Losada, Eleuterio González, Miguel Rocha, Antonio Losada, Antonio Ahumada, José Vázquez, Federico Ortiz, Manuel Paredes, José Florín, Manuel Borrego, Francisco de Cózar, Bernardo García, Antonio Guerrero, Isidro Rodríguez, Santiago Marín, José Vázquez

Rojas, José Ruiz, Cristóbal Carrasco, Ricardo Vázquez, Modesto Rodríguez Pérez, Antonio Pérez Ventanilla, Jaime Earle Saccone, Juan García Campomanes, Guillermo Fernández, Antonio Caravante, Gregorio Morales, Juan Bao, Miguel López, Francisco Crespo, José Alfageme López, Fernando Martín Macías, Antonio Ramos, Francisco Navarro, Antonio Torres, Juan Corbacho, Rafael Vallejo, Juan Podadera, Antonio Roy, Antonio Ginzález Zumaquero, Sebastián Espinosa, Juan Soriano, Antonio Lobo, Fernando Rueda, Francisco Guzmán, Antonio Serrano, Juan González Moya, Andrés Rocha, padre e hijo y Manuel Jiménez.

Y en el cementerio de Burgos, quedaron para siempre Diego Ruano Blanco y otro paisano cuyo nombre lamento no recordar.

Conscientes de que Burgos sería nuestro destino final como presos, procuramos organizar nuestra existencia allí lo mejor posible, adecuándola a las circunstancias. La Segunda Guerra Mundial seguía curso, ya francamente favorable para los aliados. Aunque prohibida y severamente castigada la introducción de prensa de toda clase, a excepción de REDENCIÓN, semanario órgano del Patronato para la Redención de penas por el trabajo, los servicios de información organizados por los presos políticos del propio penal, funcionaba con admirable perfección estábamos, por tanto, al corriente de los acontecimientos bélicos y de las novedades políticas derivadas de aquellos. Seguros de la victoria final sobre el nazi-fascismo, nuestro espíritu se mantenía firme, vertical. Por fortuna, fueron pocos, contadísimos, los que se hundieron moralmente. Desde el instante mismo de nuestra derrota en los campos de batalla, desde aquellos días aciagos que siguieron al primero de abril, del parte triunfal de Franco, arrojados en campos de concentración o en prisiones provisionales, los antifascistas españoles nos negamos a arrojar el

guante, dándonos por vencidos. Y lo mismo en las calles que en las prisiones, estuvimos y estamos en pié de lucha. Con ese espíritu sobrevivimos en las prisiones, en la calle, en libertad vigilada o en el exilio. Y aunque luego llegaran tiempos de frustraciones y desganos, la fe en nuestros ideales, se mantuvo y se mantiene incólume. Nos sentíamos orgullosos de nuestro pasado y seguros del porvenir. Con esa moral pudimos soportar, sin abatirnos, años de cárcel,. Con esa moral, aunque defraudados por aquellos a los que en el exterior considerábamos nuestros aliados, vimos llegar en mayo de 1945, el final de la Gran Guerra y el hundimiento del nazifascismo. El disfrute de esa victoria se nos negó a los españoles. No obstante, alcanzamos algunas migajas. Franco estimó que convenía a sus intereses cambiar un poco la imagen de su régimen. Se prodigaron las disposiciones que permitían ir abriendo paulatinamente las puertas de las prisiones. Los masones nos vimos favorecidos con el “humanitario” subterfugio de las causas de “enfermedades”. Y empezó el desfile hacia la vida familiar. El “Departamento Especial” comenzó lentamente a despoblarse.

Y Burgos fue el final de nuestra odisea carcelaria. En la mañana del 5 de marzo de 1946, se abrieron para mí, para el último linense que allí estuvo hasta ese día, las puertas y rastrillos de la Prisión Central de la milenaria Ciudad del Cid, hacia una libertad solamente “vigilada”, pero libertad al fin.

La mañana era fría. El autobús que prestaba servicio entre la Prisión y la ciudad, tardaría en llegar más de una hora. Me refugié en el reconfortante calor de un cafetín vecino al edificio en el habían transcurrido treinta y ocho meses de mi vida. Era, en casi siete años, mi primer contacto con el mundo exterior. El café que tomé con especial deleite, lo pagué con dinero “de la calle”. Atrás quedaron los

cuponcitos carcelarios en que se transformaba reglamentariamente nuestro peculio.

Dos horas después cumplí con mi presentación en la Comisaría policíaca de Burgos, la primera de las obligaciones que imponía mi condición de liberado. Trás este trámite, podría continuar mi viaje hacia Madrid. ¿Cuándo?. Todo dependía de la suerte. En esos días no era fácil conseguir normalmente billete para viajar en los servicios de la Renfe. Advertido, entré en contacto con el empleado de un hotel que desinteresadamente, solo por admirable solidaridad, venía prestando ese servicio a otros compañeros que me precedieron en el disfrute de la libertad. Fue otra experiencia estimulante, una prueba más de que no todo estaba podrido en España, pues después de siete años de la victoria del franquismo, gran parte de nuestro pueblo no ocultaba su simpatía y solidaridad con los derrotados. Mi nuevo amigo y yo formamos en la larga cola que se movía lentamente hacia la ventanilla expendedora de los billetes de ferrocarril. Llegado nuestro turno, mi acompañante, mostrando al empleado mi documentación, le interrogó: “¿Hay una plaza para Madrid?. La respuesta del funcionario ferroviario fue tajante: “Para este amigo y sus compañeros, aunque no haya, se inventa”. Un cálido apretón de manos rubricó aquel gesto de solidaridad.

En la madrileña estación del Norte, me esperaba, impaciente, Pilar. Nos abrazamos emocionados y mis primeras palabras fueron para preguntar por nuestra hija. Esperaba en casa de tía Aniana, y allá nos dirigimos. En la calle de Juan Pantoja, alguien, con asustada sorpresa de mi parte, me saludó desde la otra acera con un “¡Salud, camarada!” y el puño en alto. Pilar se apresuró a aclararme: “Es Paco, un taxista que vive en Garellano”

El encuentro fue emocionante, aunque sin sensiblería. Por primera vez desde que nació seis años y medio antes, podía abrazar a mi hija, libre de gruesas rejas, de pesados cerrojos y de vigilantes miradas de fríos carceleros. En ese momento comenzaba para ella y para mí, una nueva prueba. Estaba consciente de que, a pesar de la labor diaria de Pilar que con asombroso celo e inteligente tacto, había ido preparando este encuentro durante seis años y medio, para mi hija yo resultaría, desde ese preciso instante, un extraño con el que su madre repartiría las atenciones que, hasta ese día, le pertenecieron por entero. Penosa situación que no era de mi exclusividad. Se habían presentado antes en miles de hogares españoles; se seguirían presentando en muchos otros después, en tanto el franquismo persistiera en su fría, calculada, política de represión que le permitía ir preparando cuidadosamente sus goebelianos slogan de los también manipulados “veinticinco años de paz”. La alegría del encuentro, el firme propósito que mentalmente me hacía en esos instantes, de ganarme día a día, hora a hora, minuto a minuto, el cariño de mi hija, las caricias que me habían sido regateadas, no impidieron que en mi pensamiento hubiese un conmovido recuerdo para la legión de compañeros y sus familias a quienes los piquetes de ejecución o las enfermedades contraídas en las prisiones, privaron de un reencontro análogo al que yo estaba disfrutando en aquella hora.

Por primera vez desde que se hizo carne y hueso, llanto y sonrisa, bella realidad mi sueño de paternidad, pude dormir junto a Pilar y el fruto de nuestro cariño, bajo el mismo techo, aquella noche en ya se anunciaba la primavera sin guerras, de mil novecientos cuarenta y seis.



CAPÍTULO IX

LA HAZAÑA DEL  
“JOSÉ LUIS DIEZ”



## C A P I T U L O I X

### LA HAZAÑA DEL “JOSE LUIS DIEZ”

En la hazaña del JOSE LUIS DIEZ, también estuvo presente La Línea. De ello tuve noticia aquella tarde del Madrid asediado, en la redacción del MUNDO OBRERO, en el despacho que hasta el 18 de julio del 36, lo fue del director de EL DEBATE, en aquel despacho en el que, -¡oh, barbarie comunista!-, todavía colgaban de sus paredes, retratos con dedicatoria autografiadas, de monarcas y dignidades religiosas. Allí nos reunimos con el joven Juan Castro Izaguirre, comandante del JOSE LUIS DIEZ, y nueve más de sus tripulantes, recién llegados de Gibraltar, después de escribir un episodio doloroso y heroico de nuestra guerra. Doloroso, porque una vez más sufrimos en nuestra carne, en el ser de la España incomprendida, la puñalada de la injusticia, el golpe insensato de la quijada carnesca. Heroico, porque una vez más un reducido grupo de auténticos patriotas, no dudaron en arriesgar su vida, para poner en alto el nombre de la España auténtica, la España de la cultura y el trabajo, la España ilusionada, que veía destrozados sus pueblos, arrasados sus campos, asesinados sus mejores hijos, en una sangrienta lucha fratricida.

Y aquel despacho de la calle Alfonso XI del Madrid vertical e imbatible entre el grupo de héroes anónimos, actores recientes de una hazaña más en la que un puñado de españoles había dado fe, con decisión heroica, de la ferviente y abnegada lealtad del pueblo español a la causa republicana, también La Línea estuvo presente, en la persona de un modesto marinero, cuyo nombre me duele no recordar para dejarlo inscrito en estas páginas. Era un muchacho sencillo, un típico hijo de nuestro amado rincón, que tímidamente, sin

rebuscamientos, con maravillosa sencillez, me haría un emocionado relato de la hazaña del destructor republicano y de sus experiencias de aquellos días. Lo recordaba perfectamente. Unos días antes, cumpliendo órdenes del Alto Mando de la Escuadra republicana, el JOSE LUIS DIEZ había abandonado el puerto de Havre, para unirse en el Mediterráneo al resto de la flota leal. En la noche del 27 de agosto de 1938, afrontando todos los riesgos que ello representaba, intentó la hazaña de cruzar el estrecho donde sabían, le aguardaban una fuerte concentración de buques enemigos. En efecto, allí estaban vigilantes, en la sombra, los cruceros CANARIAS, NAVARRA y CERVERA y los cañoneros HUESCA, MELILLA y CEUTA. Advertido por uno de los cañoneros el CANARIAS localizó con el poder de sus reflectores al destructor republicano, el cual, no obstante su manifiesta inferioridad, intentó dar la pelea, pero fue alcanzado por una andanada del crucero franquista y obligado, a entrar de arribada por averías en el puerto de Gibraltar, donde fue reparado bajo la dirección de un experto de la Armada republicana, enviado por el Gobierno español. Las reparaciones duraron cuatro meses. En este tiempo nuestros marineros recibieron un trato frío de parte de las autoridades navales inglesas, pero cálido y fraterno de la mayoría del pueblo calpense y muy especialmente de los compatriotas asilados en el Peñón. En esos días también, La Línea se hizo presente. Un grupo de entusiastas mujeres de nuestro pueblo, confeccionaron con destino al JOSE LUIS DIEZ, una magnífica bandera tricolor, que en una emocionante ceremonia pusieron en manos del comandante del destructor republicano. Con esa bandera, confeccionada por manos linenses, el JOSE LUIS DIEZ intentó, costeando, abandonar la base naval inglesa, y cumplir su misión de incorporarse definitivamente a la escuadra republicana. Ya había doblado Punta Europa y esquivando al cañonero CALVO SOTELO y al minador JUPITER; sólo restaba burlar la vigilancia de otros dos minadores, el MARTE y el

VULCANO. Fue este último el que le interceptó el paso, cuando se disponía a adentrarse, a toda máquina, a mar abierto. El combate fue duro y cruento y llegó prácticamente al cuerpo a cuerpo entre las dos tripulaciones. Allí se manifestó, una vez más, la característica furia española; eran españoles los que integraban los dos bandos. Los marineros que no tenían otra misión importante y específica, atacaban al contrario con los objetos que encontraban a mano. El comandante del JOSE LUIS DIEZ, consciente de lo desigual de la lucha, pues estaba prácticamente cercado por las cuatro unidades avistadas, decidió vararlo en la playa de la Bahía de los Catalanes, en la parte oriental del Peñón.

Allí acabó la historia guerrera del JOSE LUIS DIEZ. Siguiendo la suerte de su barco, la tripulación fue internada en Gibraltar. Para ella comenzó un nuevo calvario; en de la resistencia de las autoridades navales del Imperio, para facilitar la incorporación en masa de los heroicos marinos republicanos a las filas del Gobierno legal de España, con el cual todavía, hipócritamente mantenía relaciones diplomáticas el de S. M. Británica. Y aquellos hombres que habían dado numerosas y heroicas pruebas de la firmeza de sus convicciones republicanas, fueron sometidos, varias veces, por representantes de las autoridades inglesas, a interrogatorios para conocer a que bando en lucha querían ser enviados. La respuesta unánime, aislada y colectivamente, fue la misma siempre. Seguir luchando por la República. Llegó la hora de las decisiones formales. Se formó a la tripulación del JOSE LUIS DIEZ, invitando a quienes desearan integrarse a las fuerzas franquistas, a que diesen un paso hacia al frente. Ni uno sólo de aquellos valientes se movió del lugar en que permanecía firme, vertical física e ideológicamente. La turbación de los interrogadores fue evidente. Repuestos de su sorpresa, esta vez hicieron la invitación contraria. Aquellos que quisieran marchar a

la zona republicana, que diesen un paso al frente. Esta vez, también unánimemente, todos los tripulantes del JOSE LUIS DIEZ, como movidos por un resorte, dieron con rigidez castrense, el paso al frente. Pero esto no convenció a los encuestadores. Podía existir un fenómeno de coacción colectiva, en consecuencia, se creyó que lo más justo y acertado, sería aplazar la encuesta para realizarla por separado e individualmente. El procedimiento, para asombro y tal vez vergüenza de los inquisidores, no obtuvo el menor resultado. Sus esfuerzos por prestar un nuevo servicio a la causa franquista, fracasaron esta vez.

Días después, el teniente de navío, Juan Castro, comandante del JOSE LUIS DIEZ, se reintegraba con todos sus hombre, a la armada republicana. Con todos no. Sólo con los sobrevivientes. En Gibraltar quedaban, de momento, tal vez para siempre, los que cayeron en la desigual lucha, víctimas de la metralla fascista.

La parte final del relato de nuestro paisano, no me sorprendió nada. Conocía por experiencia propia, directa, la simpatía nada disimulada de ciertas autoridades inglesas, por la causa franquista. En octubre de 1936, mi tío Adolfo Sánchez Cabeza y yo, fuimos “invitados” por el jefe de la policía civil de Gibraltar, un antiguo capitán de un Batallón de Cazadores del Ejército Británico, al que servía de intérprete Lili Imossi, jefe de la policía voluntaria creada por aquellos días, a salir de Gibraltar “por ser personas non gratas”, declaración ingenua e incorrectamente traducida, a las derechas españolas. Y fui testigo también, de cómo en los primeros días del movimiento aviésamente, de modo calculado, se hizo perder tres o cuatro días, tan preciosos en aquellos momentos, a los buques de nuestra escuadra que entraron al puerto de Gibraltar a carbonear y tuvieron que abandonarlo al no conseguir este servicio, negado

con sutileza, por los representantes de un Gobierno “amigo” a los buques de la Escuadra Republicana, víctima en aquellos momentos de los enemigos potenciales del propio Imperio Británico. Y días después, como el cañonero HOOD abandonaba a toda marcha el puerto de Gibraltar para, su pretexto de proteger a uno de los Giber de Bland, cargado de mercancías para Melilla, rompía el bloqueo que nuestros barcos mantenían contra aquel territorio de soberanía española. Y mientras escuchaba a nuestro paisano, tampoco olvidaba la lapidaria frase de una alta jerarquía del Imperio, ya mencionada en algún capítulo anterior.

Y no sólo fue el pueblo español, sino el inglés y los de Europa entera los que pagarían con su sangre, con sus sufrimientos y sus lágrimas, por la torpeza, el egoísmo, y la estupidez de sus clases dirigentes, al desinteresarse del problema español, no quisieron o no supieron prever la catástrofe que amenazaba al mundo.

Pero todo eso quedó atrás. Ya solo es historia, que sigue siendo lección vigente que no debe olvidarse.

El encuentro con nuestro paisano no se cerró en la redacción del MUNDO OBRERO. Pilar y Asunción, la compañera de Ramón Puyol, nos prepararon una cena de circunstancias, todo lo presentable que permitía las limitaciones impuestas al Madrid asediado, que compartimos con nuestro paisano. Y en aquella velada, no podía ser de otra manera, La Línea estuvo viva, presente, como tema de conversación, en nuestros recuerdos y en nuestros corazones.



## CAPÍTULO X

### DOS EXPERIENCIAS ALECCIONADORAS



## C A P I T U L O X

### DOS EXPERIENCIAS ALECCIONADORAS

Fueron dos, singulares y profundamente aleccionadoras. Y las dos en Sevilla. La primera de ellas cuando, en libertad provisional gestionaba la salida de España hacia el exilio, y la otra ya en aquella prisión provisional, en los primeros días de mi enfrentamiento con el sistema carcelario del franquismo. Esas experiencias me enseñaron a ser cautos en los juicios que a veces, con singular ligereza, nos formamos respecto al comportamiento de la gente que nos rodea.

En el primero de los casos, se trató de una persona, que gozaba de mala fama en el barrio sevillano, en el que encontré generosa hospitalidad a mi salida del campo de concentración en que, al final de nuestra guerra, convirtieron los vencedores, la Plaza de Toros allicantina. Ese hombre, “casero” del patio vecino a mi refugio, estaba considerado en el barrio como un peligroso chivato, al servicio de la policía. Mal visto, la gente le rehuía. Cierta mañana se presentó en la casa de la familia que con absoluto desinterés, en una actitud generosa, solidaria, nos había acogido a Pilar y a mí. Un tanto despiestado respecto a mi verdadera personalidad, creía se trataba del hijo de mis protectores, por fortuna a salvo en el extranjero, vino a prevenirles que la policía andaba tras sus pasos. Nadie le creyó. Se pensó en una actitud habilidosa a fin de ganarse la confianza de todos y poder actuar sobre seguro, en sus informaciones a la policía. Nuestra decisión fue unánime. Continuamos haciendo vida normal dando la impresión de que el aviso había hecho el menor impacto sobre mí. Esto desalentaría al soplón. Y así lo hice; seguí recorriendo Sevilla en busca de contactos eficaces que pudieran facilitar mi salida del país y mis paseos por el barrio demostrando una preocupación que en realidad no sentía.

Tres días después, con un impresionante aparato de intimidación, la policía terminó nuestra apacible siesta.

Aquella noche dormí junto con tres detenidos más, en una celda recién encalada, de la Comisaría de Jesús. Mi verdadera vida carcelaria empezaba allí y con ello un gran interrogante.

La primera noche de mi estancia en el calabozo policíaco, apenas pude conciliar el sueño. Consciente de la situación, seguro de que mi vida estaba en juego, las horas de aquella noche desde que se marcó el obligado silencio, hasta que las primeras claridades del nuevo día pusieron en movimiento a mis compañeros de reclusión, trascurrieron lentas, interminables. Sin atropellamientos, despaciosamente, desfilaron por mi pensamiento, cosas, casos, hechos, lejanos y próximos, de verdadera trascendencia en mi vida. De pronto, el presunto soplón, exigió un lugar, un espacio especial, en aquel desfile. ¿Su advertencia fue leal, honesta?, ¿le movió efectivamente, el propósito de ayudarme?. La duda estaba ahí, inquietante. ¿Se trataba en realidad de un soplón, de un despreciable chivato al servicio de la policía?, ¿o tal vez sería un pobre hombre que caído en las garras del aparato represivo del franquismo, por falta de formación moral, debilidad o por otras razones, que más fuertes que él, pesaban considerablemente en su vida, se prestó a aquel juego sucio y peligroso en el cual participaba con una doble personalidad?. Todo era posible. En la guerra que acababa de terminar, nadie estaba realmente seguro del vecino, del compañero de trabajo, del camarada que junto a él, luchaba, o aparentaba que lo hacía por el bando en que estaba inserto. Aquella misma tarde, el policía que mandaba el grupo que me detuvo, me dejó confuso. Terminadas las formalidades de entrega en la comisaría, se acercó a mí saludándome de mano, musitó estas palabras: “siento mucho haber sido yo, quien lo detuviera”. Y sus palabras sonaban a sinceras. Las dudas, las sorpresas no dejaban de acuciarme. Y continuarían. Ya en la prisión provincial,

en una de sus visitas y a través de las rejas del locutorio, Pilar me contaría sorprendida, que aquel día le salió al paso el soplón y le entregó para mí una docena de huevos obsequio muy apreciable en aquellos tiempos de carencias.

La prisión de Sevilla me tendría preparada otra sorpresa, ésta de distinta índole, pero igualmente aleccionadora. Cumplido el reglamentario período de observación, fui destinado a uno de los patios convertidos en inmenso dormitorio, sin más techo que el espectáculo de las estrellas. Allí encontré la generosa solidaridad de un grupo de vecinos de La Campana, que me ofrecieron un lugar entre ellos. Nos consideramos amigos desde el primer momento, aunque en ninguna ocasión habíamos tenido oportunidad de tratarnos, en el pueblo en que fui Secretario de Ayuntamiento apenas setenta días.

Junto a ellos se inició mi vida normal de presidiario, que ellos también procuraban hacerme menos penosa. El patio que nos servía de dormitorio no era mas que eso, dormitorio. Durante el día se nos llevaba al amplio patio de deportes, totalmente descubierto, sin la menor protección contra la lluvia y el sol, éste inclemente, en plena potencia, aquellos días caniculares, en el que hizo su aparición una mañana, un sujeto extraño, preso también, que paseaba solitario, pantalón de uniforme militar y camisa azul de Falanje, que era mirado con animadversión por unos y absoluto desprecio por otros. Mis amigos me advirtieron: “Es un oficial franquista, que quién sabe que cosas habrá hecho cuando lo tienen aquí”. Y otro apostilló: “A lo mejor es un espía que se quiere hacer pasar por uno de los nuestros, a ver que nos saca”. Naturalmente, me dejé influenciar por ellos, porque todo era posible en aquellos días. Entretanto, siempre sólo, el “falanjista” pasaba una y otra vez frente a nosotros, recorriendo de un extremo a otro el amplio patio. Pronto observé con sorpresa que aquel sospechoso individuo me hacía objeto especial de sus miradas. Y en uno de sus paseos su decisión me sorprendió. No

había duda. Decidido, se dirigió a mí.

-¡Tú eres Sánchez Cabeza! ¿No me reconoces?. Soy Juan Rovira.

Efectivamente, era él. Juan Rovira Luque. No lo dudé y ante la sorpresa de mis amigos ya sin titubeos, Juan y yo nos abrazamos fraternalmente.

No fueron fáciles para él, los años de Guerra; mucho menos el final de ésta. El dieciocho de julio le sorprendió en Algeciras, donde residía con sus padres. Considerado elemento de izquierda, fue detenido y torturado más que física, moralmente. Eran los días terribles de las trágicas “sacas”, de los funestos “paseos”. Con saña infrahumana, con sadismo refinado, complaciéndose en la tortura, una y otra y muchas madrugadas, los “héroes” de la retaguardia, ejecutores de los asesinatos “mañaneros”, se divertían, deslumbrándole con el concentrado rayo de luz de sus lámparas de mano, al tiempo que le gritaban: ¡Eh, tú, levántate! ¡Ya llegó tu turno!, para reaccionar después, de producido el daño perseguido, rectificar con un “no eres tú, puedes volver a tu lugar”. Y a esperar a la mañana siguiente que podría ser la última, la definitiva. Y así hasta que un día, la oportuna intervención de un gibraltareño a quién el franquismo debía bastantes complacencias en el Peñón, consiguió cambiar su situación de detenido por la de “voluntario en las milicias nacionales”.

En ellas terminó la guerra como oficial provisional, en uno de los numerosos campos de trabajo creados por el régimen triunfante, para concentrar a los soldados del ejército republicano. Y en esa situación, recibe la noticia de la detención de su padre, supuestamente implicado en un complot contra el nuevo régimen. No lo dudó; sin titubeos, se presentó en Los Barrios, para ayudarle en la medida de sus posibilidades. Su intento fue en vano. Don Enrique Rovira, abrumado, sin fuerzas para resistir su torturante situación,

eligió el camino del suicidio. Para su hijo Juan; comenzó un nuevo Via Crucis. Fue inmediatamente detenido y conducido a la prisión de Sevilla, donde le esperaban varios meses de absoluto aislamiento, totalmente incomunicado, como si se tratara del más peligroso de los delincuentes.

Los meses transcurridos en la enajenante soledad de la celda, con el lento desfile de días vacíos y noches interminables, seguían siendo, libre ya de esa terrible pesadilla, una estrujante experiencia para Juan Rovira, que le puso al borde de la locura.

Totalmente aislado del mundo exterior, sin la posibilidad de acudir al recurso de la lectura, que le estaba totalmente prohibida, sin poder cruzar aunque fueran unas palabras con los gabeteros portadores del rancho, vigilados siempre por un guardián, para no caer en el enajenamiento mental, acudía a los más variados entretenimientos.

Por todo equipaje había podido llevar consigo, aparte de alguna ropa interior y del uniforme que aportaba de oficial del ejército, un traje de paisano. Éste le servía de distracción, al cambiarse de ropa varias veces al día, a ratos se dedicaba a recorrer en cuclillas el reducido espacio de la celda en todas las direcciones y, no pocas veces, se tendía en el petate y mataba el aburrimiento, intentando contar el enjambre de moscas, que por centenares, se movían en el ennegrecido techo. Y así, buscando los más insólitos escapes, lograba huir por horas, uno y otro día, una y otra noche, a la tortura de negros presagios y peligrosos pensamientos.

Sólo así, gracias a su fortaleza de ánimo, a su decisión de no dejarse abatir por la cruda existencia que se obligó a llevar en aquellos meses de prueba, pudo llegar, hacía solo unos días, al final de la severa incomunicación en que se le mantuvo y estar ahora haciendo

la vida normal de los demás presos.

Por fortuna, el juez encargado de la causa, llegó a concluir que no existía motivo que justificase la severidad del régimen carcelario a que se le sometió y ordenó el levantamiento de la incomunicación. Aquello, era también un buen síntoma. Su libertad, podría dictarse en cualquier momento.

Esta era, sencilla, llanamente, la verdadera historia de aquel “peligroso falangista”, tan mal visto por los presos políticos que constituían el hormiguero humano que poblaba bajo el castigo del sol del verano andaluz, el patio de deportes de la prisión de Sevilla.

Llegada la noche, tendidas las mantas que nos servirían de lecho y descansando sobre ellas, mientras esperábamos que el “corneta” de servicio, lanzase al aire el toque de silencio, expliqué a mis compañeros, todos ellos honrados campesinos, la verdadera historia de aquel “oficial de Franco”, que hasta ese día había sido tan injustamente tratado, con el desprecio de todos nosotros.

Horas más tarde, cuando para el preso se impone el silencio, y el sueño se niega a acudir a la deseada cita, y el pensamiento vuela hacia el pasado o se impone el análisis de los hechos que nos acosan y angustian, no pude sustraerme a la meditación.

El inesperado encuentro de hoy con Juan Rovira y el recuerdo del caso del “soplón”, me llevaron a un sereno y a la vez severo examen de nuestras actitudes frente a los demás, de modo especial al enjuiciar conductas de los otros. Resulta peligroso juzgar al amigo, sólo por las apariencias.

Y lamentablemente, no siempre tenemos oportunidades para conocer la verdad que se oculta detrás de actitudes aparentemente

condenables, cuando la realidad, si alcanzamos a conocerla, es muy distinta. Un juicio ligero puede acabar con la reputación de una persona y, a veces, hasta con su propia vida. Afortunadamente, el caso de Juan Rovira, de aquel “despreciable falangista”, de aquel preso que paseaba solo, bajo la mirada hostil de los demás presos, por el patio de deportes de la prisión sevillana, quedó aclarado satisfactoriamente, para mí y mis amigos. Pero ¿y del supuesto soplón?, ¿será de verdad un chivato de la policía como le catalogaban los vecinos de la Macarena?, o sólo una víctima más de las engañosas apariencias.

Flotando en el aire sutil de la duda, quedó aquella noche y en un silencio carcelario, la angustiada interrogante.



CAPÍTULO XI

GABRIEL EL BUENO



## C A P Í T U L O   X I

### GABRIEL EL BUENO

Le conocí en el Manicomio Penal del Puerto de Santa María. Allí estaba Gabriel con su tez aceitunada, musculoso, concentrado en sí mismo, mientras de forma mecánica labraba una piedra que iría a servir después para perfilar los arriates de aquella huerta que hasta entonces abandonada, empezaba a remozarse gracias a la llegada de otros presos que, sin ser enfermos mentales, allá los mandaba la “justicia” del Generalísimo, para que no contagiasen con sus ideas sectarias al resto de la población reclusa.

Desde el primer momento sentí una especial simpatía por aquel pobre paranoico. Me llamó la atención la forma en que se entregaba al trabajo, con aire distraído, ajeno a todo lo que le rodeaba, pero sin dejar de sincelar la tosca piedra que sostenía en sus piernas cruzadas sobre el piso arenoso.

De fuera nos llegaba el airecillo marino con fragancias salineras. Al otro lado del muro el paseo de la Victoria, ¡la calle! que era tanto como gritar ¡la libertad!. De esta otra parte, un puñado de ex-hombres, convertidos por su enfermedad en desechos de la sociedad, y mezclados con ellos, nosotros los “sectarios”, los que no habíamos cometido otro delito que el de anhelar que algún día triunfase nuestra patria, tomando carta de naturaleza en ella, siendo como carne de nuestra misma carne, sangre de la propia sangre de todos y cada uno de los hijos de España, la bella trilogía que habla de libertad, de igualdad y de fraternidad.

La historia de Gabriel, verídica y emocionante historia, la causa de su encierro entre aquellos muros casi insalvables, hizo extraordinaria mella en mí. Porque aquella historia, sencilla y sublime, era

como un girón de la que escribían a diario, con sangre y lágrimas, los hombres y mujeres de la España mártir de la patria encadenada.

Gabriel, hombre del pueblo, campesino de la Andalucía mediterránea, iletrado, pero con esa sensibilidad que tan aguda se manifiesta en el pueblo andaluz, tenía una memoria de cinta magnetofónica. Los años de prisión, el impacto que en todo su ser había hecho la terrible conmoción que flageló a España durante sus tres años de Guerra Civil, habían trastornado su cerebro, enfermo ya de antes. Pero una cosa quedó viva en él; el hecho de su prisión. Y junto a éste, el texto literal de dos o tres discursos de dirigentes republicanos exaltando, las razones de la lucha, y un disco fonográfico en el que se describía el fusilamiento de los gloriosos precursores de la República del 31; los capitanes Galán y García Hernández.

No era necesario pedírselo. Bastaba pasar por su lado, indiferente, como si ni cuenta se diese uno de su cercana presencia, para hacerlo declamar de un tirón, el tema de su repertorio que se deseaba escuchar. No había más que “darle la entrada”.

- “El camión patinaba ...”

Y estas tres palabras eran suficientes para que nuestro Gabriel, poniendo toda la emoción que era capaz aquel corazón generoso y sensible, repitiera, palabra a palabra, todas aquellas, sin faltar una, con las que el disco narraba los últimos momentos de la vida heroica de Fermín Galán y su compañero García Hernández.

Y había que verle como hinchaba los pulmones cuando se acercaba al final del relato, para poder gritar con todo el entusiasmo de sus convicciones ideológicas, el VIVA LA REPÚBLICA, con que, reproduciendo el gesto de Galán, terminaba aquel homenaje al he-

roísmo de los mártires del Ideal.

Aquel día había pasado uno de los nuestros junto a él y deslizando las palabras iniciales de uno de los discursos mas constructivos de los días de lucha:

- “Camaradas obreros antifascistas ...”

Y Gabriel, como siempre, empezó a desgranar el cúmulo de encendidas palabras con las que el orador, echando leña al fuego de los entusiasmos populares enardecía, aún más, a la multitud que lo escuchaba, exponiendo de un modo claro, lo que en aquellos momentos, se estaba jugando el pueblo español en su lucha contra el fascismo, en aquella batalla crucial en que quizás se estuviese librando también el porvenir de “toda la humanidad avanzada y progresista”.

Fue al final de “su” discurso, cuando me senté a su lado. Le ofrecí un cigarro que el tomó con ansias. Quería oír de sus labios, de primera mano, el relato de la historia de su encarcelamiento. Al principio cambiamos unas palabras intrascendentes; las necesarias por mi parte para entrar en el tema que me interesaba.

Cuando me pareció oportuno le hice, sin más rodeos, la pregunta que rondaba mi cerebro:

-Vamos a ver Gabriel, ¿cómo explicas que tú, tan antifascista, desertases de nuestras filas para pasarte a las de Franco?

Me miró displicentemente, en una mezcla de desprecio y de lástima. Titubeó antes de contestarme, pero al fin se decidió a hablar.

-¿Qué querías que hiciera? ¿Qué me dejase matar por los nuestros?. ¡No, eso si que no!

- ¿Y por qué te habrían de matar?

Gabriel volvió a mirarme con aquel su gesto de hombre que no se explica la ignorancia de los demás.

- Te lo explicaré. Cuando nos enteramos en mi pueblo de la sublevación fascista, fuí de los primeros en apuntarse en las milicias. No me importó en aquellos momentos, ni la mujer ni los hijos que quedaban en casa. Sabía que iba a luchar por ellos y estaba seguro que si me pasaba algo, la República no los abandonaría. Pero, lo primero es lo primero. Y entonces, lo primero era defender la República, impedir que nos la robaran; dar la vida si llegaba el momento, porque no volviesen a mangonear más, para esclavizarnos y humillarnos aquella jauría de señoritos acostumbrados a vivir del sudor de los pobres. Y me fui al frente, a pegar tiros contra aquellos que querían volver a otras épocas.

Antes de tirarlo, dio la última chupada al cigarrillo que ya se le extinguía entre los dedos, dejó escapar una bocanada de humo y siguió con la vista el espiral blanquecino en que se desvanecía, elevándose, para perderse en el radiante azul del cielo gaditano.

Interesado en el relato, le insté a que continuara. Gabriel no se hizo rogar. Aquello era como otro disco de su vida.

- Un día, en las trincheras, empezaron las murmuraciones. Y a mí no hacían nada más que decirme algunos compañeros que yo era un espía. Que yo era de los de Franco. Aquello me encendía la rabia. Me entraban ganas de agarrar el fusil y terminar con los que así me trataban. Pero había algo que me hacía contenerme. Aquel fusil me lo entregaron para defender a la República, para matar fascistas. Y aquellos que estaban conmigo no eran fascistas. Eran republicanos como yo. Y como yo, camaradas que habían dejado a sus padres, a sus esposas, a sus novias, a sus hijos, para luchar también como yo,

porque no nos quitaran la República. Allí estamos para eso. No eran justos conmigo. No se portaban bien. Pero ...

Le ofrecí otro cigarrillo. Se lo llevó a los labios, mientras yo le acercaba la lumbre de un cerillo. Dió una primera chupada, honda, con fruición. Y continuó:

- Los perdonaba; los disculpaba. Ellos seguían con sus dichos. Tal vez fuesen bromas; pero estábamos en guerra y aquellas bromas podrían convertirse en cosas serias. Empecé a aislarme. Me dolía aquello. Me dolía y me preguntaba cada día más, ¿por qué me hacían blanco de aquellas cosas a mí?, ¡a mí!, que quería a la República como si fuese la niña de mis ojos ...

Y se exaltaba. Y esta exaltación ponía una elocuencia singular en las palabras de aquel hombre casi analfabeto, al que la emoción republicana, su fervor antifascista, le hacía elevarse sobre su propia ignorancia y poner en énfasis particular en aquel su relato biográfico.

- Y una noche, lo había meditado bien. Estaba de guardia en el parapeto. Esperé que se acercara la hora de mi relevo para que mi puesto no quedase abandonado por mucho tiempo; dejé mi fusil bien colocado a fin de que otras manos republicanas como las mías, -y al decir esto se exaltaba poniendo mayor vehemencia a sus palabras-, pudiesen recogerlo para seguir siendo útil a la causa; salté y me entregué al enemigo.

Le expresé mi extrañeza. El irguió la cabeza, y como retándome, gritó:

- ¿Qué otra cosa podía hacer?. Había llegado a la conclusión de que cualquier día me acusarían de fascista, de espía. Y ya sabes lo que esto representaba; el paredón. ¡Y eso si que no lo soportaría!. No por mí,

porque morir no se muere más que una vez. Ni por lo que se pudiera pensar de mí después, que poca cosa soy para que nadie se hubiese preocupado de mí después de muerto pero en el pueblo había dejado a mi mujer y a mis hijos, y yo no quería que sobre ellos pudiese caer la vergüenza de que me hubiesen fusilado por traidor.

- Perdóname camarada, -esta palabra ejercía cierta especie de sortilegio en él, pero nada de esto justifica el que te pasaras con Franco. Por el contrario, era darles la razón a quienes te llamaban fascista.

- Ya te he dicho que lo había pensado bien. Mi plan estaba hecho. Y de este modo, cuando me echaron mano los de enfrente, mis primeras palabras fueron para gritar: ¡VIVA LA REPÚBLICA!, ¡MUERA FRANCO!.

- Eso era tanto como un suicidio.

- Desde luego, esa era mi intención. Allá fui buscando que me fusilaran. Así los míos, mi mujer y mis hijos, tendrían más motivos para odiar a Franco y al fascismo. Con mi muerte les enseñaría su camino, el único que yo concibo, el de la lucha por la libertad. Y ya ves; no me mataron. Ellos sabrán porqué. Pero aquí estoy, preso por antifranquista y gritando cada vez que me viene en gana ¡VIVA LA REPÚBLICA!.

Y esto dicho con un grito estentóreo, se levantó, dejó a un lado la piedra que labraba y la rústica herramienta de que se servía, y con paso firme se dirigió hacia el comedor, en el momento en que una improvisada campana convocaba a aquellos pobres enfermos para servirles, por toda comida, la bazofia que nos daban como rancho, en aquellos días del año de Gracia de 1941.

*México, D.F., a 27 de noviembre de 1985.*

Edición gratuita en conmemoración del decimo aniversario de la asociación LINENSE PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO y el medio ambiente (ALDEPAMA), La Línea 29 de Mayo de 2008.

